

A top-down photograph of a person sitting on a bed with white linens. The person is wearing a light-colored sweater and white socks. They are holding a white smartphone in their left hand and a red mug of coffee with a heart-shaped latte art in their right hand. A book is visible on the bed to the right.

**SMS**

*Sigo  
Muy Soltera*

**BECCA  
DEVEREUX**

# SMS: Sigo Muy Soltera

## Becca Devereux

**¡¡Atención!! Esta historia es la segunda parte de SMS: soltera muy selectiva. Si quieres leer la primera parte, [pulsa aquí](#).**

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

© Por la portada: Alexia Jorques.

## Índice

[Cuando todo era bonito... hasta que rompimos](#)  
[Haciéndome a mi nueva vida](#)  
[¿Y esta quién es?](#)  
[Con mi perro no te metas](#)  
[Lo vas a perder](#)  
[¿Por qué tienes que ser así?](#)  
[Tal vez sea mejor que...](#)  
[En el paro](#)  
[Lo consulto con la almohada y...](#)  
[Jaime](#)  
[Una mentirijilla sin importancia...](#)  
[¿Qué hacen esos dos juntos?](#)  
[¿Tlato hecho?](#)  
[¡Mi primer día!](#)  
[¡Mi primer día! II Parte](#)  
[¿Te apetece tomar algo?](#)  
[Una mudanza con demasiados zapatos](#)  
[Mi plimel día](#)  
[¿Y si tiene corazón?](#)  
[Sígueme la corriente](#)  
[La mala de la película](#)  
[Un mal día](#)  
[¿Y a este quien lo ha invitado?](#)  
[¿Por qué eres tan bueno conmigo?](#)  
[Aquel verano en el campamento...](#)  
[Hecha un lío](#)  
[Cansada de luchar contra lo que siento](#)  
[De la frialdad a la rabia](#)  
[Luci](#)  
[La carta](#)  
[Tana la detective](#)  
[¿Me he equivocado?](#)  
[Una respuesta inesperada](#)  
[Como si no hubiera pasado nada](#)  
[Valerie](#)  
[Una promesa](#)  
[Un error](#)  
[Ups, me han pillado](#)  
[Tenemos que hablar](#)  
[Ha funcionado](#)  
[Malena](#)  
[El pinganillo...](#)  
[Hay algo que tengo que decirte...](#)  
[¡Es una impostora!](#)  
[Toda la verdad](#)  
[Epílogo](#)  
[Sobre mí](#)  
[Y si te ha gustado este libro...](#)

## Cuando todo era bonito... hasta que rompimos

Qué bonita me pareció la vida durante aquellos once meses y medio. Había vuelto de Rusia después de matricularme con honores en el curso de Publicidad y Relaciones públicas. Regresé con un dominio absoluto de la lengua de Tolstoi y un subidón de autoestima porque Sergei quiso hacerme fija en su empresa. Pero lo tenía muy claro: mi lugar estaba en España, con Max. Durante un año mantuvimos una relación a distancia que no estuvo exenta de visitas sorpresas —sobre todo por su parte—, llamadas por Skype a las tantas de la madrugada y escapadas románticas siempre que nuestra agenda nos lo permitía.

Lo había echado tanto de menos que tener una relación con él pudiendo besarlo y abrazarlo cuando me diera la gana se convirtió en un cuento de hadas. Y, durante aquellos once meses y medio, para qué mentir, lo fue. Al principio creí que trabajar juntos y vivir bajo el mismo techo desgastaría nuestra relación, pero todo lo contrario. En Máxima estábamos hasta arriba de trabajo, así que durante el día no parábamos quietos. Era por las noches cuando dábamos rienda suelta a nuestra pasión, te puedes hacer una idea.

Durante ese año, Malena, a la que a veces seguía llamando Maléfica cuando sacaba su carácter, se convirtió en mi mejor amiga. Nati estaba a punto de dar a luz, Tessa llamó a mi sobrina Manuela porque le encanta verme sufrir, y Javi encontró a la mujer de su vida gracias a mí. ¿Mi talento? Probablemente desaprovechado. ¿Mi adicción a la moda? Definitivamente incurable.

Pasaba mis días haciendo uso de mi ingenio para crear campañas publicitarias que fueran todo un éxito. Me gustaba arriesgar y ser políticamente incorrecta, lo que en más de una ocasión me granjeaba alguna que otra pelea con Max y Malena. Mi recién adquirida independencia económica la gastaba en bolsos caros, zapatos de marca y ropita para Gucci, para no perder la costumbre. Y el amor... ay, el amor... qué bonita era la vida cuando llegabas a casa y tenías a un hombre como Max, que te abrazaba por las noches y olía tan bien. No voy a negar que le encantaba tomarme el pelo —como siempre—, pero nuestros piques eran sanos y los acabábamos con una sesión de sexo desenfadado.

¿Podía ser mi vida más maravillosa? No.

¿Podía mi vida irse al garete? Evidentemente.

Ni siquiera lo vi venir. Es lo que tiene ser una cría ingenua y soñadora, que te toman por tonta. Era demasiado feliz para imaginar que la traición podía venir de quien menos te lo esperas.

Todo sucedió un día a finales de junio. Max y yo estábamos preparando las maletas para irnos de crucero a las Islas Griegas. Iban a ser nuestras primeras vacaciones juntos y los dos estábamos emocionados. Mi plan era ponerme morena y hacerme fotitos de postureo para subir a Instagram. Había recibido una mala noticia en el trabajo y Max me aconsejó que me olvidara de todo y adelantásemos las vacaciones para que desconectara.

*Eres demasiado dura contigo. ¿Por qué no lo dejas estar? No siempre puedes ganar.*

Me molestaba aquella condescendencia porque él no me comprendía. Él, que tenía su propia empresa y se había graduado con honores en Yale. Por mi parte, atesoraba un título de un curso de un año en Rusia, y sentía que debía dar las gracias por trabajar en la empresa de mi novio. Sobre todo, cuando me relacionaba con gente mucho más preparada y con más estudios que yo. A veces

sentía que no me respetaban del todo, y que debía demostrar mi valía más que los demás. Para colmo, aquella noticia de última hora me dejó hecha un fiasco.

—¿Todavía no has terminado de hacer la maleta? —me preguntó Max.

Puse cara de pena y él enarcó una ceja. Cogió mi maleta y sacudió la cabeza. Ya sabía lo que iba a decirme antes de que abriera la boca.

—Te recuerdo que son máximo veinte kilos. ¿Qué llevas ahí dentro? ¿No llevarás a Gucci? —se temió.

—Dejando a un lado la injusticia de que no dejen subir a bordo a un perrito tan adorable, lo cual me parece un despropósito... dentro llevo ropa y el resto de mis pertenencias.

—¿Cuántos zapatos has metido? —se temió, porque me conocía de sobra.

—Ocho pares —ante su expresión desencajada, añadí con tono serio—: te podría proporcionar una lista de situaciones en las que necesitaría todos y cada uno de esos zapatos, pero no pretendo abrumarte con los detalles. Nunca subestimes la maleta de una mujer. La mía está hecha a prueba de todo tipo de infortunios y cambios climáticos. Nací preparada.

Intentó no reírse y quiso ponerse serio, pero no le salió del todo. Sus ojos verdes brillaban con una mezcla de humor y ternura cuando me miraba de esa manera. Y a mí, por supuestísimo, me desarmaba su forma de mirarme.

—¿Sabías que un veinte por ciento de viajeros se estresan haciendo la maleta? Sufren episodios de estrés y agobio, por eso yo me lo tomo tan en serio. Viajar preparada y a la moda me genera una gran responsabilidad.

—Siempre he querido preguntártelo... ¿de dónde te sacas esos datos?

Ignoré su pregunta porque entonces debía admitir que unos los sacaba de internet y otros me los inventaba cuando quería llevar razón. No es culpa mía que la gente sea tan complicada de convencer, por cierto. Pero según un estudio que leí en alguna parte, las personas son más propensas a cambiar de opinión cuando incluyes datos científicos.

—Podría contratar otra maleta, por si acaso...

—Te dejaré algo de espacio en la mía.

—Eres un sol.

Me puse de puntillas para darle un beso. Me gustaba que fuera más alto que yo. Entrelacé mis manos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí. Él sonrió contra mis labios y me aferró por la cintura. Cinco segundos después me empujó contra la pared y su boca buscó mi cuello. Él sabía que aquella era mi debilidad. Me arrancó una carcajada nerviosa y me dio besitos por el cuello hasta llegar a la garganta.

—Aitana... ¿qué me haces? —gruñó contra mi piel.

—Eres el único que me llama así —jadeé.

Echó la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Y no te gusta?

—Haces que sea especial —le dije, y lo agarré de la camisa—. Como todo.

Íbamos a besarnos cuando llamaron a la puerta. Los dos resoplamos y Max se apartó. Estaba esperando un pedido para la empresa que se había retrasado, así que había dado la dirección de casa.

—Cinco minutos. No te muevas —me ordenó, y luego me guiñó un ojo.

Sonreí como una boba y suspiré. Cuando miré hacia abajo, Gucci me miraba con resentimiento desde el sofá. Era un pelín celoso y se interponía entre nosotros cuando nos poníamos cariñosos. Poco a poco lo iba sobrellevando, pero todavía no me libraba de sus miradas acusadoras. Max

bromeaba diciendo: “te quiere solo para él”.

Me sonó el móvil y fui hacia la encimera de la cocina, pero cuando lo cogí descubrí que era el teléfono de Max. Me había equivocado porque teníamos el mismo modelo. Aunque entre nosotros no hubiera secretos, fui a dejarlo donde lo había encontrado porque no me gustaba tocar sus cosas. Pero entonces leí de forma involuntaria un mensaje y fruncí el ceño. Pensé que debía ser un malentendido. Y, sin poder evitarlo, leí la conversación. Un minuto después, mi mundo se resquebrajó por completo.

—Es increíble. Los de la empresa de mensajería han vuelto a lucirse. ¿Te puedes creer que se han olvidado de lo más importante? —la voz de Max sonó distorsionada a mi espalda.

Me volví hacia él completamente pálida y con su móvil en la mano.

—Cielo, ¿qué te pasa? Tienes mala cara —de repente se percató de lo que sostenía y frunció el ceño—. ¿Por qué tienes mi móvil? Deberíamos ponerle fundas diferentes, siempre nos equivocamos.

Sin poder encontrar mi voz, le enseñé la conversación de WhatsApp y su expresión se ensombreció. Me miró con una mezcla de estupor y vergüenza. No me hizo falta que dijera nada, porque si la conversación me había abierto los ojos, su actitud me lo confirmaba. Destrozada por la verdad, sacudí la cabeza cuando él se frotó la cara.

—Aitana... —dio un paso hacia mí.

—¡No me toques! —le grité, encontrando mi voz. Le tiré el móvil y él lo esquivó de puro milagro—. ¿Cómo has podido?

—Lo puedo explicar. Te lo juro... solo déjame que...

Me aparté de él cuando intentó tocarme y corrí a encerrarme en el baño. Estaba completamente destrozada. ¿Cómo había sido capaz de engañarme? ¿Cómo había podido mirarme a los ojos después de aquello?

Llamó a la puerta mientras yo lloraba a lágrima viva.

—Aitana, por favor... ábreme y déjame hablar contigo.

—¡Qué te vayas! —chillé, completamente histérica—. Eres un mentiroso y un traidor.

—Por lo menos déjame que te explique...

Escuché a Gucci ladrar completamente fuera de sí y a Max intentando calmarlo. De vez en cuando volvía a llamar a la puerta y lo intentaba, pero no quería ni verlo. Acababa de romperme el corazón. Peor aún, me sentía humillada y ninguneada. Me sentía... ay... Dios... me sentía traicionada por la persona en la que más confiaba.

No sé cuánto tiempo pasé allí dentro, pero conforme pasaron los minutos, lo vi todo con más claridad. Porque, si no te valora, no es para ti. Y Max había demostrado cualquier cosa menos valorarme. Cuando abrí la puerta, me lo encontré de frente y completamente deshecho. Me limpié las lágrimas y lo miré a los ojos.

—Voy a dormir en casa de Javi.

—Cielo... no es necesario que... —dejó caer los brazos cuando intentó tocarme y se encontró con mi mirada furiosa—. Dormiré en el sofá. No quiero que pases la noche fuera.

—¿La noche? —me reí con la rabia que no pude contener y lo aparté con el hombro—. Mañana hago las maletas, y te agradecería que no estuvieras aquí para evitarnos a los dos el mal trago.

Cuando fui a coger a Gucci, Max se interpuso en mi camino y me miró con expresión dura.

—¿A qué te refieres?

—Se acabó, Max.

A él se le cayó el alma a los pies y me miró como si le estuviera gastando una broma pesada. Justo como lo había mirado yo cuando descubrí aquella conversación en su móvil.

—Aitana... ¿qué dices?

—Hemos roto.

Max se quedó tan impactado por mis palabras que durante una fracción de segundo no reaccionó. Aproveché aquel instante para coger en brazos a Gucci y dirigirme hacia la puerta. Entonces, él recobró la conciencia y me alcanzó antes de que llegase a la puerta.

—No rompemos. Eso sería cosa de dos. Yo jamás renunciaría al amor de mi vida... —buscó mi mirada con desesperación, pero fui incapaz de devolvérsela porque sabía que no me podría marchar si lo miraba.

—Renunciaste a mí cuando me traicionaste. Apártate de mi camino —dije, y se me quebró la voz. Gucci le enseñó los dientes cuando él no se apartó del sitio, así que insistí con voz firme y a la vez llorosa—. No me lo pongas más difícil, quiero irme ahora mismo.

De mala gana, Max se echó a un lado, pero me agarró la mano cuando estaba a punto de irme. Me acarició la mejilla con la otra y me estremecí por completo. Cerré los ojos y una lágrima traicionera rodó por mi pómulo.

—Aitana, te quiero. Que te vayas por esa puerta no va a cambiarlo.

—Cállate, por favor —le pedí, y me aparté de golpe.

No sé dónde encontré el valor suficiente para abrir la puerta y dejar allí plantado al hombre del que estaba perdidamente enamorada. Quizá el dolor y la traición me pesó más en aquel momento. Lo único que sé fue que, en cuanto puse un pie en la calle, me sentí completamente lejos de Max.

## Haciéndome a mi nueva vida

Había aprovechado mis dos semanas de vacaciones para tomar distancia con Max. Eso incluyó no cogerle el teléfono y fingir que no estaba en casa el día que se plantó delante de la puerta de Javi porque estaba decidido a que lo escuchase. Pero ¿escuchar qué? La conversación me lo había dejado muy claro, y me sentía demasiado traicionada y dolida como para abrir las puertas de una futura reconciliación.

Me había mentido. No había tenido en cuenta mis sentimientos. Y, pese a que lo echaba muchísimo de menos, el rencor ganaba a todo lo demás y no quería ni verlo. Así que hice lo único que podía hacer en aquella situación: me planté en casa de Javi con las maletas y lo obligué a que me acogiese. Ahora vivía con él y Andrea, que seguía instalada en su otro piso mientras dormía con Javi porque a él se le acababa el contrato de alquiler dentro de un par de meses. Javi me había dicho que podía quedarme con él todo el tiempo que necesitara, pero sabía de sobra que tres son multitud y no quería entrometerme en su relación ahora que estaban empezando.

Y... aquí estamos. Andrea tiene turno de noche y los dos estamos viendo Chicas Malas, un placer culpable y comercial que siempre me pone de buen humor. Pero hoy no puede animarme ni Regina George y sus miércoles rosas. Me tumbo en el regazo de Javi y él me acaricia el pelo. Sé de sobra que tiene una paciencia infinita conmigo y pienso aprovecharme de ello.

—¿Por qué soy tan desgraciada? —me quejo en plan melodramático—. En las películas románticas los protagonistas acaban felices y comiendo perdices. Nadie te cuenta que en la segunda parte él se convierte en un traidor. Después de los créditos no hay un continuará... no es justo.

—La vida no es una película.

—Debería serlo. Una de Disney. Con su príncipe azul, sus animalitos que hablan, su final de cuento de hadas...

—Para serte sincero... como sigas quejándote, hasta Gucci aprenderá a hablar para pedirte que te calles.

—Qué malo eres, Javi. Pensé que el amor te cambiaría, pero sigues siendo el mismo borde de siempre. Los rubios no sois de fiar.

—¿Por qué no me cuentas de una vez eso tan horrible que te ha hecho Max?

—No quiero hablar del tema —digo irritada.

—Seguro que es algo imperdonable y terrorífico. Debe serlo para que no quieras hablar con él ni verlo.

Su sarcasmo no me pasa desapercibido. Es lo peor.

—Jolines, ¡es el colmo! Como te cae bien, ahora la mala soy yo —me pongo de pie y le dedico una mirada resentida.

Javi suspira y se pone serio.

—Lo único que digo es que no puedes pretender que me ponga de tu parte cuando no sé lo que ha pasado.

—Pues deberías —le digo indignada—. Soy tu mejor amiga. Él... es un actor secundario. El complemento que aceptas cuando tu amiga te presenta a su novio.

—A ver si te estoy entendiendo... ¿sugieres que deje de hablar con Max porque habéis cortado?

—No estoy sugiriendo nada... —digo entre dientes, y voy directa a la cocina—. Eso debería

salir de ti.

Javi me sigue porque en el fondo le encanta llevarme la contraria. Es rubio, perseverante y un maniático de la limpieza. Qué sopor.

—Max también es mi amigo.

—Pues corre a hacer cositas de amigos con él —le digo en plan quinceañera con un berrinche monumental—. Estoy acostumbrada a que todos me abandonen. Primero mi hermana me despide, luego Nati me deja tirada para mudarse con su novio, ahora tú te pones de su parte... ¡qué bonito! Él único que me quiere es Gucci, menos mal que lo tengo a él.

—Te juro que no te tomo en serio porque te encanta exagerar —responde agotado—. ¿Por qué no utilizas todo ese dramatismo para inventar una de las tuyas?

—No te entiendo...

—Eres la única persona que conozco que se crece ante las adversidades. Conseguiste aprender ruso en menos de un mes... podrías usar esa cabecita tuya para hacer algo de provecho en lugar de lloriquear por las esquinas. Así de paso dejas de darme la brasa.

Ignoro su último comentario porque es un mezuquino de mucho cuidado. Quizá tiene razón. ¿Y si aprovecho esta situación para reinventarme y sacar algo positivo de mi ruptura?

Mis neuronas trabajan a toda velocidad para buscar una idea. En realidad, es perfecto. No paro de pensar en Max, y me conozco lo suficiente para saber que en un momento de flaqueza lo llamaré para hacer las paces. Pero, si mantengo la mente ocupada, me olvidaré de él.

—Tienes razón —digo repentinamente ilusionada, en cuanto tengo la idea más brillante del mundo—. Ya lo tengo, ¡voy a aprender chino!

A Javi se le descompone la expresión.

—No quería decir eso... me refería a volcarte en el trabajo, tener buenas ideas... ¿para qué quieres aprender chino?

—Porque es un idioma muy difícil. El inglés lo habla cualquiera. Seguro que me abre las puertas de un mercado cada vez más emergente. ¿Qué pone en las etiquetas de todas las cosas que tenemos? Made in China. ¿Lo ves? Es el idioma del futuro.

Javi me mira como si le estuviera vacilando, pero hablo totalmente en serio. Quiero aprender chino. Ante su expresión atónita, cojo el portátil y me conecto a internet. Diez minutos después, estoy inscrita en varios portales de intercambio de idiomas y busco a mi primer interlocutor.

Takeshi Li.

Me he apuntado varias palabras básicas en una libreta, y después de mi periplo con el ruso, considero que esto estará chupado. A mi espalda, Javi me observa con cara de escepticismo. Pobrecito, hombre de poca fe...

Takeshi Li aparece en la pantalla con el flequillo decolorado de rubio pollo y una forma de vestir un tanto excéntrica. En cuanto maneje el idioma, le aconsejaré que cambie de peinado. Me saluda y dice algo que me deja fuera de combate. A mi lado, Javi se ríe por lo bajini.

—No te has enterado de nada.

—Me ha dicho: *hola*, ¿qué tal estás? Y alguna cosilla más, pero no quiero abrumarte con los detalles —le miento, porque me fastidia admitir que tiene razón—. Nǐ hǎo.

Acabo de decirle *hola* en chino y me siento completamente orgullosa. Lo que yo diga, esto es coser y cantar. Seguro que me sobran días para aprender chino. Si es que... donde se ponga una políglota...

—Hāi ài tā nà nǐ zhù zài nǎlǐ wǒ láizì xiānggǎng.

Me lo quedó mirando como si me hubiera hablado, pues eso, en chino. Casi estoy tentada de

bajar al bazar de la esquina para que el vendedor me haga de traductor.

—Eh... uhm... esto... —intento encontrar una palabra en chino que me saque del apuro, pero en mi libreta no hay nada con lo que pueda contratar—. Hěn hǎo, xièxiè

Acabo de decirle: *muy bien, gracias*.

Takeshi se ríe y sacude la cabeza.

— Xiānggǎng —repite muy despacio, como si estuviera hablando con una imbécil—. Hong Kong. Xiānggǎng jiùshì Hong Kong.

—¿Qué? I love Jackie Chang —le grito, como si así pudiera entenderme.

Takeshi pone cara rara y sospecho que está a punto de abandonar la videollamada. Me empiezo a agobiar.

—Creo que te está diciendo que vive en Hong Kong... —me explica Javi, que está llorando de la risa.

Lo aparto de un empujón y vuelvo a la pantalla.

—Cádiz, Andalucía, España —le explico a Takeshi.

Javi ha dado en el clavo, porque Takeshi asiente y dice:

—Sai Kung, Hong Kong, China —dice a su vez.

Vale, puedo hacerlo.

—A mí gusta... toquilla española —dice Takeshi, que por lo visto sabe decir más cosas en español que yo en chino.

—Uhm... ¡sushi! —exclamo triunfal.

—El sushi es japonés —me chiva Javi.

Pongo mala cara y pienso en otra cosa.

—Lollito de plimavela y aloz tles delicias —le cuento lo que más me gusta del restaurante chino de debajo de casa.

Javi se tapa la cara con los manos y se parte de risa. Takeshi, de repente, desaparece de la pantalla. Después leo un mensaje: *su interlocutor ha abandonado la conversación*. Se me cae el alma a los pies. ¡Qué chino tan maleducado! No lo entiendo, ¿qué le he dicho para que se vaya sin ni siquiera despedirse?

—Con suerte aprenderás chino para... el próximo milenio —bromea Javi, disfrutando de lo lindo ante mi derrota.

—Se ha ido por tu culpa. Habrá pensado que te estabas riendo de él.

—¿No selá polque cleo que le has vacilado?

—Javi —ignoro su comentario malicioso—. Si no entiendes de idiomas, será mejor que te quedes aparte. No todos podemos tener facilidad para dominar una lengua extranjera.

—Qué sí, Jackie Chang. Lo que tú digas. A ver cuánto te dura el próximo chino.

—Hay más de mil millones de chinos en China... seguro que lo consigo —le digo, totalmente convencida. Ante su falta de confianza en mí, le tiro un cojín.

—Yo llamo Aitana y hablo chino. Me gusta el aloz y la polcelana.

Estoy a punto de perseguirlo por toda la casa para hacer que se trague sus palabras cuando me suena el teléfono. Es Malena, alias Maléfica. Y por mucho que sea una de mis mejores amigas, sigue siendo mi jefa.

—Tana, ¿qué tal estás?

—Bien... —respondo, al saber por qué me llama.

—Oye... no quería llamarte cuando estabas de vacaciones... pero necesito saber si contamos contigo a partir de mañana. Tenemos mucho trabajo atrasado y nos vendría bien que aparecieras por aquí. Aunque si lo tuyo con Max todavía está demasiado reciente y necesitas más tiempo...

—¡No! —la interrumpo, porque no quiero quedar como una incompetente en la empresa de mi ex. Ya es lo que faltaba—. Mañana estoy allí.

—¿Estás segura? Puedes tomarte el tiempo que necesites.

—Segurísima. Además, tengo muchas ganas de verte.

De ver a Max, por el contrario, ninguna.

—Yo también tengo ganas de verte. Tenemos una conversación pendiente, ¿vale?

Respiro profundamente. Pues claro, ella tampoco va a dejarlo estar. Malena es socia de Max y una de mis mejores amigas. ¿Qué puede salir mal trabajando para mi ex? Definitivamente, todo...

## ¿Y esta quién es?

Llevo más de una hora y media buscando el conjunto perfecto. La blusa escotada negra es demasiado atrevida y parece decir: quiero tema. El vestido azul marino da a entender que estoy deprimida y llorando por las esquinas, lo cual no es del todo mentira, pero tampoco hace falta decirlo en voz alta. Me miro al espejo cuando por fin me decido por un estilo que nunca falla: conjunto de blazer y pantalón negro, blusa azul marengo de cuello halter y botines de tacón de Chanel.

—¡Ideal! —le digo a Gucci, antes de meterlo en el bolso.

Pasamos por la tienda que hay de camino hacia la parada de autobús y hago un gran esfuerzo para no pararme delante. Qué culpa tengo yo de que esos zapatos color lavanda me griten que me los lleve a casa. Entonces caigo en la cuenta de que antes solo necesitaba mirar embobada algún trapito para que Max llegase al día siguiente con una sorpresita para mí: un día era la cartera de mano con la que fantaseé cuando salimos de cenar de aquel restaurante que me encantaba, y otro llegaba con unos tacones a los que le había echado el ojo cuando pasé por delante del escaparate. A Max le gustaba hacerme feliz y no paraba de sorprenderme con detalles que me sacaban una sonrisa. Hasta que me traicionó.

—Y me quitó la venda de los ojos —digo en voz alta, antes de mirar de reojo los zapatos de mis sueños.

Consigo llegar a la parada de autobús sin aniquilar mi tarjeta de crédito. Las paradas se me hacen eternas y me siento cada vez más nerviosa. Ahora que voy a volver a verlo ya no me siento tan segura. Es mi talón de Aquiles y lo sabe. Seguro que babeo en cuanto nos veamos las caras y me arrastro a sus pies.

—¡No! —grito en voz alta, y algunos pasajeros me miran extrañados. Echo la vista hacia atrás para fingir que no he sido yo la que acababa de gritar como una loca.

Cuando planto un pie en la oficina, noto el ambiente más enrarecido de lo normal. Mis compañeros me dedican miradas con una mezcla de curiosidad y lástima. Ya está, lo saben. Saben que Max y yo hemos roto.

Me planto delante del escritorio de Cristina con la intención de fingir que no sucede nada raro.

—Hola, ¿cómo estás? —me coge las manos y me dedica una sonrisa amable.

—¿Yo? Estupendamente. ¿Por qué iba a estar mal? —me hago la digna. Seguro que nadie le ha preguntado lo mismo a Max. Claaaaro, como él es el jefe —. ¿Tengo algún mensaje?

—Tenías unos cuantos.

Ante mi mirada de extrañeza, ella añade con voz incómoda:

—Max ya los ha respondido por ti. Como no sabíamos cuando volverías, pensó que era mejor no dejar trabajo atrasa...

No la dejo acabar porque me dirijo hacia la oficina de Max con cara de que me han quitado el último par de zapatos de mi talla de las rebajas. Oh, El gran Max me va a oír. ¿Cómo se atreve a entrometerse en mi trabajo? Típico de él, tomar decisiones por mí. Grrr...

—Disculpa, el Señor Ortiz no quiere recibir visitas esta mañana —me informa una voz, en cuanto toco el pomo de la puerta.

Me quedo tan desconcertada que dejo caer la mano. Pero ¿qué diantres? Me vuelvo hacia la extraña que hay sentada delante de la puerta de Max. Hace dos semanas no había ningún escritorio allí. La miro con cara de póker mientras ella me dedica una sonrisa educada. Es rubia teñida, más

alta que yo y decido que me cae mal en ese mismo instante.

—Hola, ¿quién eres?

Ella se atusa el pelo sin dejar de sonreír.

—Cristina, la secretaria de El señor Ortiz.

La miro como si acabaran de gastarme una broma pesada. Vamos a ver... ¿desde cuándo Max tiene secretaria? Y una tan mona, por cierto. Independientemente de que su gusto para la moda sea un quiero y no puedo.

—¿Quiere que le pase su recado a El Señor Ortiz?

Me estoy empezando a poner colorada. Lo sé porque siento mucho calor y unas ganas enormes de estrangular a Max. Respiro profundamente y cuento hasta tres. Seguro que lo ha hecho para sacarme de mis casillas. ¡Típico de él! Pero no va a conseguirlo. Él espera que entre en su despacho y le monte un numerito, pero la nueva Aitana, la misma que se ha propuesto aprender chino y no sufre por los hombres, no tiene celos de la secretaria de su ex y es demasiado madura para hacer una escena en su trabajo. Así que me doy media vuelta y camino directa al despacho de Malena.

—Buenos días —ladro, en cuanto entro por la puerta.

Por la cara que pone, parece que ya me estaba esperando.

—Así que ya has conocido a Cristina...

—¿A la barbie de plástico? —me hago la indiferente, porque sé diferenciar entre una nariz natural y una operada, y la suya ha pasado por un cirujano fijo—. Entiendo que te refieres a la secretaria de Max. Por cierto, ¿desde cuándo tiene secretaria? Una se toma dos semanas de vacaciones y se hacen cambios en la empresa. Si llego a tardar un par de semanas más podría haberme encontrado que habéis mudado la oficina de sitio...

Malena pone los ojos en blanco.

—También es mi secretaria —me informa—. No hay presupuesto para dos, así que la compartimos.

—Sigo sin entender por qué de repente necesitáis una secretaria... —digo con retintín, y me siento delante de su escritorio—. Por cierto, deberías dejarle claro que también trabaja para ti. A ella le gusta presumir de que trabaja para El Señor Ortiz.

—Ay... —Malena se masajea las sienes—. Le dije a Max que te cabrearías.

—No estoy enfadada —me tenso, porque se me está yendo de las manos—. Me siento un tanto confundida, eso es todo.

—No la tomes con Cristina —me advierte, y se pone más seria—. Ella no tiene la culpa de que estéis enfadados. De hecho, nadie de esta empresa la tiene.

—¿Por quién me tomas? —digo de manera inocente—. Las dos semanas de vacaciones me han servido para reflexionar. Vengo en modo zen.

Malena me mira como si no me creyese en absoluto, pero lo deja estar.

—Y ahora... cambiando el chip de jefa a amiga... ¿cómo estás?

—Bien —le miento.

Malena entrecierra los ojos.

—Lo digo en serio.

—Mejor —vuelvo a mentirle.

—No entiendo por qué no podéis solucionar las cosas. Hacéis una pareja estupenda, os queréis... ¿por qué demonios lo habéis dejado? Max no suelta ni prenda.

Ja, no me extraña. Cómo sabe que él tiene la culpa...

—Porque me ha traicionado.

—¿Te ha puesto los cuernos? ¿Qué ha hecho? Max no es así, está coladito por ti...

—No quiero hablar de ello —le digo, malhumorada por abordar el tema—. ¿Dónde está todo mi trabajo? Ojalá tuviera un despacho propio. Incluso vuestra nueva secretaria tiene escritorio.

—Tú no lo tenías porque pasabas todo el día encerrada en el despacho de Max... —me recuerda.

—Sí, pero eso va a cambiar. Me instalo aquí hasta que busque otro sitio —le digo, porque no estoy dispuesta a encerrarme en el mismo espacio que mi ex—. ¿Dónde están mis cosas?

—Las tiene Max. Como no sabíamos cuando volverías, él insistió en adelantar parte de tu trabajo.

—Qué cortés por su parte —ironizo, y me dirijo hacia la puerta—. Ahora vuelvo.

—Tana, haz el favor de no discutir con él. El ambiente está un pelín crispado en este momento. Aquí somos una familia y es imposible que la gente... ya sabes... no se ponga del lado de uno u otro.

—De verdad, qué poca confianza tienes en mí —le digo, porque es la pura verdad—. Soy más profesional que todo esto.

Cruzo el pasillo y voy hacia el despacho de Max. Barbie Malibú me recibe con la misma sonrisa prefabricada de antes. Si es la secretaria de los dos, ¿por qué su escritorio está delante de la puerta de Max?

—Buenos días, cómo ya le he dicho, El Señor Ortiz no recibe visitas esta mañana —me dice, esta vez con tono agrio, cuando vuelvo a tocar el pomo.

—Entiendo que no estés al tanto de todo el personal de esta empresa. Acabo de regresar de vacaciones y te aseguro que no es necesario que me anuncies —le digo, con la voz más amable que puedo.

Ella no pierde ni un ápice de su sonrisa, a pesar de que su mirada se endurece.

—De acuerdo, señorita. Pero, como ya le he dicho, El Señor Ortiz está muy ocupado y no quiere recibir visitas esta mañana... sea quien sea.

La fulmino con la mirada. ¡Eso es el colmo! Pero ¿esta quién se cree que es?

—Te aseguro que la mía sí la va a recibir —le digo, y acto seguido abro la puerta.

Ella corre detrás de mí, pero soy más rápida y le cierro la puerta en las narices. Max tiene la cabeza enterrada detrás de un montón de papeles. Mis papeles. Lleva las mangas de la camisa remangadas. La camisa que yo le regalé. Me estremezco por completo y se me hace un nudo en la garganta. ¿Lo habrá hecho a propósito?

—Cristina, ¿puedes ayudarme con una cosa? —pregunta él.

Aprieto los dientes.

—No soy Cristina.

Max tarda unos segundos en apartarse de la pila de papeles y mirarme a los ojos. Cuando lo hace, se me escapa un suspiro traicionero. Se ha dejado crecer la barba y lo noto... diferente. Sus ojos verdes me miran con una mezcla de frialdad y furia. Es evidente que está cabreado por no haberle cogido el teléfono, pero es lo mínimo que se merece después de haberme traicionado. Ay... cielos... la barba le da un punto tan sexy que...

—Hola, Aitana.

—Hola, Maximiliano.

Él frunce el ceño.

—¿Ahora me llamas así? —replica con tono huraño.

No me da tiempo a contestar, porque Cristina abre la puerta y habla de manera atropellada.

—Disculpe, Señor Ortiz. La señorita ha entrado a pesar de que le he pedido educadamente que no lo hiciera...

La miro de reojo y pongo mala cara. No vamos a llevarnos bien, eso seguro.

—Tranquila, Cristina. Puedes dejarnos solos —le dice él.

Cristina asiente, no sin antes lanzarme una mirada indignada, y cierra la puerta. Me cruzo de brazos y miro a Max. ¿Con qué cosa quiere que ella lo ayude?

—¿Ahora tienes secretaria? —es una pregunta, pero suena como una recriminación.

Max apenas se inmuta.

—¿Por qué lo preguntas si ya sabes la respuesta?

Intento no explotar, pero me está resultando muy difícil.

—Porque estoy sorprendida.

Max no responde. Solo... me mira. Intensamente, hasta que me pone nerviosa y aparto la mirada.

—¿Por qué tienes secretaria?

—Aitana... —dice con voz cansada—. Soy tu jefe, no tengo que darte explicaciones.

Tengo ganas de tirarle el pisapapeles a la cara. Vale, es cierto. Como también es cierto que acabamos de romper y él nunca mencionó que quisiera una secretaria. Empiezo a sospechar que la ha contratado para molestarme. Maldito Maximiliano. Le encanta jugar sucio.

—No te estaba pidiendo explicaciones, simple curiosidad.

—Muy bien, ya la has zanjado —responde con frialdad.

No me lo puedo creer. ¿Se está haciendo el digno? Es increíble. Él no tiene derecho a estar enfadado, ¿cómo se atreve? La que está enfadada soy yo.

—¿Algo más? —pregunta, dejándome claro que no me quiere allí.

—Sí. Te has llevado todo mi trabajo, mis mensajes... —le digo en plan recriminatorio.

—No sabía cuándo volverías y no quería dejar trabajo atrasado.

—Sabías que volvería después de mis vacaciones.

—No lo sabía. No hemos hablado del tema, como no cogías el teléfono...

Nos batimos con la mirada. Aprieto los puños. Qué cara más dura. Pero no va a vencerme.

—¿Cuándo te he fallado para que pienses que iba a dejar colgada a la empresa? —exijo saber.

—Profesionalmente, nunca.

Profesionalmente. Por todos los dioses, se está luciendo.

—Exacto —respondo, como si no me importara lo que acaba de dejar caer—. Me gusta acabar lo que empiezo.

—Muy bien. Llévate todo lo que te dé la gana.

—No me hables así.

—No te estoy hablando de ninguna forma, Aitana —responde agotado—. ¿Algo más?

Voy hacia su escritorio y evito mirarlo cuando recojo todos los documentos. Noto que él sí lo hace. Me mira de reojo sin decir nada y siento calor en la nuca.

—¿Dónde te vas a poner?

Lo miro como si me estuviera gastando una broma. Debe de serlo. ¿En serio cree que voy a seguir trabajando en su despacho?

—Me instalo en el despacho de Malena.

Max me mira muy serio. Soy consciente de sus ojeras. Me duele verlo así. Me duele que estemos así. Pero es lo que hay. Él tiene la culpa.

—Increíble... —murmura algo que no llego a entender—. ¿Me tienes alguna sorpresa más preparada para hoy?

Camino hacia la puerta con la intención de no entrar en su juego, pero soy incapaz de mantener la boca cerrada.

—El que me ha dado la sorpresita de la secretaria has sido tú.

—La que se cree que lo he hecho para molestarte eres tú. Tranquila, no eres tan importante. Me vuelvo hecha una furia. El rostro de Max es una máscara de frialdad.

—Pues claro que lo has hecho para molestarme. Típico de ti, Maximiliano.

—Típico de ti pensar eso de mí.

—Lo que tú digas.

—Exacto.

Me doy la vuelta con ademán digno y abro la puerta. Paso por delante de Cristina sin dedicarle una mirada. Estoy completamente furiosa. Una secretaria, ¿en serio, Max? No me puedo creer que encima se haga el digno... ¡el dolido! Es increíble. Una secretaria rubia y mona para darme celos. Lo que faltaba.

## Con mi perro no te metas

Paso el resto del día de un humor de perros. Ni siquiera me anima encontrar una ganga en internet, comprar maquillaje o cotillear el Instagram de Kendall Jenner. Toda la culpa la tiene Max. ¿Por qué tiene que ser así? En cuanto lo hemos dejado ha vuelto a ser el mismo Maximiliano estirado e insoportable de siempre. Típico de él.

Tecleo con furia en el teclado de mi iPad y me doy cuenta de que necesito un respiro. Sabía que volver al trabajo sería duro, pero no me imaginaba un panorama tan hostil. Me encanta mi trabajo y él lo sabe, ¿por qué ha tenido que meter sus manazas en mis cosas? Uf... y solo son las doce y media de la mañana. Ojalá tuviera dinero para comprarme un bolso nuevo. Ojalá Max no me hubiera traicionado y siguiéramos juntos.

—La vida debería ser como una película Disney con un final feliz para siempre —digo en plan filosófico.

Malena me mira de reojo, pero no dice nada. Me conoce lo suficiente para saber que he discutido con Max. Intento centrarme en el trabajo y me pongo manos a la obra. No es justo que Max me haya quitado el proyecto que más ilusión me hacía. Seguro que lo ha hecho para fastidiarme. Se le da de lujo, por cierto.

—¡Joder! —exclama furiosa Malena.

—¿Qué pasa?

—Los de Anthony & James, que han vuelto a arrebatarlos otro proyecto.

Anthony & James es una de las compañías de publicidad más importantes del país. Opera a nivel internacional, cotiza en bolsa, y se encarga de destruir a pequeñas empresas como la nuestra. Primero intenta captar a los clientes de las pymes con ofertas demasiado jugosas con las que una empresa como Máxima no puede competir, y después, cuando las deja sin clientes y en bancarrota, las absorbe por un precio irrisorio. Así elimina la competencia y consigue operar en el noventa por ciento del mercado. Sobra decir que Malena los odia y que despótica de ellos siempre que puede. Últimamente nos quitan la mitad de los proyectos y conseguimos sobrevivir a base de pequeños encargos y clientes que siguen siéndonos fieles.

—¿Cuál?

—El de la urbanización de las afueras.

No digo nada. Ese proyecto hubiera inyectado a Máxima una gran liquidez. Estoy cansada de decirles a Max y Malena que debemos ser más agresivos para captar a nuevos clientes, pero ellos no me hacen ni caso. Tienen un concepto del trato con el cliente de lo más arcaico. Pero... como he sido el último mono en llegar, pues...

—No te alarmes —intento tranquilizarla—. Todavía nos queda lo de la empresa de autocaravanas, lo de la red de clínicas odontológicas, los anuncios de radio para esa tienda de artículos frikis y varios encargos menores.

—Querrás decir mientras no nos los arrebaten —comenta de manera apagada.

—Si me dejases hacer un par de llamadas y algunas visitas... —sugiero, intentando tomar el toro por los cuernos.

—Tana, no vamos a presentarnos en esas empresas con una bandeja de pastelitos y nuestra mejor sonrisa —se pone hecha una furia.

De todos modos, no me dejo amedrentar. En Rusia aprendí que ganas mucho más compartiendo una botella de vodka y unas risas con tus futuros clientes, que en una aburrida reunión de negocios.

Sergei me lo enseñó y la experiencia me demostró que él llevaba razón.

—¿Por qué no?

—Porque así no se hacen los negocios. Que a ti te funcionara una vez no significa que sea la manera de hacer las cosas.

—La mayoría de los negocios se cierran después de una buena comida o fiesta. Se trata de crear buena impresión, y sobre todo caer bien a nuestros clientes. ¿Qué tiene de malo?

—Aquí no funcionamos así. Nos contratan porque somos una empresa seria y que ofrece un servicio de calidad. No porque los invitemos a un restaurante ni los obsequiemos con un puñado de halagos baratos.

—Yo no he dicho eso —me molesto—. Adivinar qué es lo que interesa a tus clientes es más difícil de lo que tú crees. Al final todo se basa en propiciar una relación de confianza y lealtad. Cuando caes bien es más difícil que te abandonen por una gran compañía, incluso si esta última ofrece precios más competitivos que los tuyos.

—He dicho que no —me espeta, y da la discusión por zanjada.

¡Qué mujer! No me extraña que ella y Max sean socios, porque son igual de anticuados para ciertos temas. A veces tengo la sensación de que hablamos idiomas diferentes. O, peor aún, de que no me tienen en cuenta porque no he ido a la universidad.

A la una y media, salgo a estirar las piernas y aprovecho para darle un paseo a Gucci. Lo último que espero encontrarme es a Max, apoyado en su coche y fumando. Se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y su vello castaño dorado asoma por arriba. Noto que se me acelera el pulso y aparto la mirada, pero él me pilla mirándolo y sonrío con suficiencia. Cretino.

—Hola.

—¿Has vuelto a fumar? —pregunto mosqueada.

—¿Por qué preguntas cosas evidentes?

—No te entiendo. Lo dejaste hace un año.

Se encoge de hombros y da otra calada. Pongo mala cara. Casi diría que lo hace para llevarme la contraria, pero en el fondo sé que hay algo más. Lo veo en sus ojos cansados y en su barba sin afeitarse. Está pasando un mal momento y no solo se debe a mí. Por un instante, siento ganas de cortar la distancia que nos separa y abrazarlo muy fuerte. Él enterraría la cabeza en mi pelo y me besaría la frente. Pero no me muevo del sitio.

—Me quita el estrés —dice con desgana.

—Y también es malo para tu salud.

—¿Ahora te preocupas por mí?

Pongo los ojos en blanco y me entran ganas de darle un guantazo.

—Por supuesto. Algunas cosas no cambian nunca.

—Me sigues queriendo —dice muy seguro.

—Cállate ya.

Ignoro su mirada intensa y me fijo en Gucci, que levanta la patita para mear en una farola. Finjo que no sé que me está mirando y me cruzo de brazos. Evidentemente lo quiero. No puedo cambiar mis sentimientos en un par de semanas.

Max da otra calada al cigarro sin dejar de mirarme. Se mete la otra mano en el bolsillo y se apoya en su coche. Recuerdo la de veces que lo hemos hecho en su deportivo y se me encienden las mejillas.

—Deberías dejar de fumar.

—No puedo —admite de mala gana—. Es lo único que me relaja en este momento. Ya sabes

cómo está la empresa.

—Lo sé, pero...

—Y también te echo de menos.

Su confesión me deja sin aliento. Max me mira... supongo que en busca de mi respuesta. No sé qué decir. Yo también lo echo de menos, muchísimo. Pero el orgullo me impide perdonarlo. Al encontrarse con mi silencio, me mira decepcionado y tira el cigarro al suelo.

—Al menos podrías haberme cogido el teléfono —dice irritado, y pasa por mi lado para entrar en la oficina.

Se me corta la respiración cuando me roza el hombro. Una parte de mí se muere de ganas de seguirlo, pero la otra se queda justo donde está. Me doy cuenta de que alguien me está observando y me vuelvo hacia él pensando que es Max, pero me encuentro con su secretaria y esa sonrisa superficial.

—¿Qué quieres? —pregunto con sequedad.

—Quería hablar contigo de una cosa... si no te pilló en mal momento.

Miro a nuestro alrededor. Estamos solas, no sé a qué se refiere.

—Adelante.

—Verás... me da un poquito de corte decirte esto, pero te agradecería que no trajeses a tu perro al trabajo.

La petición me deja completamente anonadada. Gucci va conmigo a todas partes. De hecho, en la oficina es uno más. Se pasea por todas partes y a veces se duerme en los pies de Max. Incluso Malena le ha cogido cariño. Es como la mascota oficial de Máxima. Hasta hay una foto suya en el pasillo con un gorrito de Papá Noel. Todo el mundo lo adora.

—¿Disculpa? —inquiero furiosa.

—Soy alérgica al pelo de perro. Mi salud está en riesgo.

Sé que me está mintiendo. Lo sé en cuanto las palabras salen de su boca. Por la forma tan sibilina que tiene de mirarme y porque no tiene ninguno de los síntomas: ojos rojos, congestión nasal, estornudos... Pero sobre todo lo sé porque, en cuestión de horas, la tengo más que calada.

—Tu salud no está en riesgo —le digo, siguiéndole el juego—. Solo tienes que mantener la distancia con Gucci. De hecho, mi perro no se acerca a cierto tipo de persona, así que puedes estar tranquila.

Los ojos de Barbie Malibú brillan de rabia. Lo sabía, se lo acaba de inventar. Se cree que puede manejarlo todo como le venga en gana. Ja, conmigo la lleva clara. Soy un duro adversario, y en lo que respecta a proteger a mi bebé, estoy dispuesta a ir a la guerra si es necesario.

—No me gustaría tener que trasladarle mi preocupación al Señor Ortiz, por eso he venido a hablar contigo primero —dice, en un falso tono conciliador que es una advertencia.

Oh, ya está metiendo a Max en esto. Lo sabía. ¡Nunca me equivoco! Es una mosquita muerta. ¿Por qué no nombra también a Malena?

—Hay tratamientos para la alergia. Antiestamínicos, vacunas... supongo que lo que me estás diciendo está corroborado por un médico.

A ella le tiembla la barbilla y balbucea algo. Lo sabía. Lo hace para fastidiarme.

—Puedo acompañarte a un alergólogo que es un buen amigo mío. ¿Lo llamo para que te cuele en la consulta mañana?

Ella se queda pálida como una estatua.

—Actualmente la inmunoterapia está muy adelantada, espero que no te den miedo las agujas... —saco el teléfono ante su cara de estupefacción—. Entonces, ¿lo llamo?

—No, déjalo —me dedica una sonrisa fría como el hielo—. Me mantendré alejada de tu chucho.

Doy un respingo cuando escucho cómo lo llama. ¡Será posible! Estoy a punto de responderle, pero ella se da la vuelta y entra en la oficina. Acaba de cumplir todos los requisitos para convertirse en mi enemigo: llamar chucho a mi perro e intentar tocarme las narices.

\*\*\*

Quedan quince minutos para terminar la jornada cuando se escucha un grito. Malena y yo nos sobresaltamos y vamos juntas hasta la puerta. Cuando salimos al pasillo, nos encontramos a Cristina berreando como una histérica. Hay un caos de papeles rotos en su escritorio y nadie entiende nada. Max, con mala cara, sale de su despacho.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

—Pregúntaselo a tu secretaria —le digo yo.

Barbie Malibú no deja de llorar y se acerca a él con expresión compungida. Aprieto los dientes cuando la veo tocarle el brazo y hacer como que contiene un sollozo. Es imposible que alguien se crea su papel, pero por la cara que todos ponen, me doy cuenta de que soy la única que la ha calado. He visto demasiadas comedias románticas y leído demasiados libros de amor para no reconocer a una villana cuando la tengo delante.

—Tranquila, Cristina —le pide Max, poniéndole una mano en el hombro.

Miro su mano como si tuviera rayos láser en los ojos y tengo que contenerme para no arrancársela de un mordisco en plan pitbull hambriento.

—Por favor, tranquilízate y cuéntanos lo que ha pasado —Max observa extrañado todo el desorden que hay a nuestro alrededor.

—He ido un minuto al baño... y cuando he vuelto, he encontrado al perrito de la señorita Guzmán rompiendo varias carpetas y material de oficina.

Doy un respingo y me quedo boquiabierta. Juro que la pillo lanzándome una mirada triunfal antes de volverse hacia Max y poner cara de angustia.

—Seguro que el pequeñín estaba jugando... pero cuando he intentado detenerlo me ha mordido el pantalón —explica, y para corroborar su versión enseña el bajo destrozado de sus vaqueros.

Max y Malena se quedan estupefactos. Por mi parte, noto como me voy encendiendo y tengo que hacer gala de todo mi autocontrol para no lanzarme a la yugular de semejante víbora. ¿Cómo se puede jugar tan sucio? Intentar desacreditar a un animalito inocente e indefenso... ¡es el colmo!

—Eso es mentira—. Determino indignada—. Gucci jamás haría algo así. Es totalmente inofensivo, ya lo sabéis.

—No digo que no lo sea, pero... —habla con voz suave, que no es la misma que utilizó antes conmigo—. Pero ¿por qué iba a inventarme algo tan horrible?

—¡Porque odias a mi perro! Me lo has dicho hace unas horas. Querías que no lo trajese a la oficina y me pusiste la excusa de ser alérgica, ¿o vas a negar que no mantuvimos esa conversación?

—De ninguna manera, Señorita Guzmán. Pero usted muy amablemente me recomendó a su alergólogo y yo decliné su oferta porque tengo pánico a las agujas.

Max y Malena se me quedan mirando de manera rara. Por todos los bolsos de Prada, Barbie Malibú es mala de verdad. ¿Cómo se puede ser tan perversa?

—¡No tienes ninguna alergia! —le grito, completamente fuera de mis casillas—. Y te acabas de inventar lo de que ha destrozado tu escritorio porque eres una mala pécora que pretende salirse

con la tuya. ¡No nací ayer!

—¡Tana! —me censura Malena.

Uy, quizá me he pasado al llamarla mala pécora en público. Pero es la pura verdad. ¿Por qué no se dan cuenta? Solo hay que echarle un vistazo para comprender que hará cualquier cosa por trepar y conquistar a Max. ¡Es tan evidente! Pero por las caras que ponen, comprendo que Barbie Malibú acaba de conseguir lo que quería: sacarme de mis casillas para dejarme como la mala malísima delante de ellos.

—Tana, ¿podemos hablar un momento a solas? —sugiere Max con voz seria.

—No hasta que le exijas que se disculpe por haber mentido y se retracte de sus palabras.

—Quien debería disculparse por haberla insultado eres tú.

Lo miro con la boca abierta. ¿De verdad va a ponerse de parte de esta petarda?

—Señor Ortiz... le juro que yo no he mentido —dice la Barbie, y tiene la poca vergüenza de entornar los ojos.

Max la mira un segundo antes de volver a centrarse en mí. Lo miro a los ojos sin dudar.

—Me conoces.

Él no dice nada y a mí se me cae el alma a los pies. Es todo lo que necesito para asentir con rabia, darme media vuelta y caminar hacia el despacho de Malena. Gucci aparece en ese momento. Está persiguiendo su pelota favorita y al verlo tengo ganas de echarme a llorar. No me puedo creer que Max no haya dicho nada. Me conoce de sobra para saber que estoy diciendo la verdad, ¿de qué va? Cojo a Gucci en brazos y entro en el despacho. Luego lo meto dentro del bolso y acaricio su pelaje suave.

—Te quiero, pequeñín. Ojalá hubieras mordido de verdad a esa bruja.

Él me dedica una mirada angelical. Estoy a punto de salir por la puerta cuando Malena me corta el paso.

—Tana...

—No, no digas nada. Uno me traiciona y la otra no me defiende. Pensé que además de ser mi jefa también éramos amigas.

—Y lo somos —dice ella, pero suena un tanto cortante—. Pero tienes que entender que es tu palabra contra la suya. No puedo hacer concesiones porque te quiera.

—¿Tampoco puedes echarle un cable a tu amiga? ¡Qué bonito! —me quejo, porque estoy muy dolida—. ¿Me puedo ir ya o vais a llevar a mi perro a la cárcel?

—Tana, espera un segundo. Prefiero ser yo quien te diga que...

No la dejo acabar. Estoy furiosa e indignada. Mi ex y una de mis mejores amigas acaban de poner en duda mi palabra. Cruzo el pasillo como un vendaval y estoy a punto de salir por la puerta cuando Max se interpone en mi camino.

—Déjame pasar —le ordeno con voz rabiosa pero firme—. ¿Por qué no te vas a consolar a esa mosquita muerta?

—Aitana, te están pasando tres pueblos.

Su mirada y su voz son duras. Por primera vez no lo reconozco. Aferro mi bolso con actitud dolida y lo miro a los ojos. Él no flaquea ni un ápice.

—¿Quieres ponerle un bozal a Gucci? Me conoces a mí y lo conoces a él. Has convivido con nosotros casi un año. ¿Cuándo ha dado muestras de ser agresivo?

—Nunca —admite para mi regocijo, y luego añade—: pero no negarás que es muy sobreprotector. Se puso a ladrar como un loco la última vez que discutimos. No me extrañaría que hubiese atacado a Cristina, teniendo en cuenta que has demostrado de manera pública y muy clara

que no te simpatiza.

¡Qué despropósito! Jolines, ¿cómo puede ser tan zoquete? Esa Barbie lleva un cartel en la frente avisando de lo trepa que es. Pero lo que me pone más furiosa es que ponga en duda mi palabra. ¿De qué va?

—¿De verdad piensas que te estoy mintiendo? No soy cualquiera, soy yo... —digo, y estoy a punto de echarme a llorar. No solo por la situación, sino porque sea él quien duda de mi palabra.

—Tana, no saques las cosas de quicio. No digo que no te crea, seguro que estás convencida de que Gucci no ha atacado a Cristina. Pero no lo estabas vigilando. Ha podido hacerlo sin que tú lo vieras.

—No es verdad. Se pasa las tardes jugando con la pelota o durmiendo. ¿Qué te pasa, Max? No te reconozco. No sabía que fueras capaz de ser tan rencoroso.

Él se pone tenso. He dado en el clavo. Fijo.

—Intento ser lo más profesional e imparcial que puedo, aunque tú me lo pongas muy difícil. De hecho, un jefe normal te exigiría que te disculparas con Cristina por haberla insultado.

—Ni por todos los bolsos de marca del planeta.

—La que se está comportando como una chiquilla rencorosa eres tú.

—Será en tu mundo, porque en el mío el que me ha recibido de manera hostil has sido tú por no haberle cogido el teléfono estas dos semanas.

Max echa fuego por los ojos.

—No vayamos por ahí.

—Al señor no le gusta escuchar la verdad, ni por lo visto, decirla.

—¿Quieres oír una verdad? —me advierte con una calma peligrosa—. Estás colmando mi paciencia.

—¿Quieres oír tu otra? —respondo en el mismo tono que él—. Dejarlo ha sido lo mejor que nos podría haber pasado, visto lo visto. Porque cuanto más te conozco, menos me gustas.

Me arrepiento en cuanto lo digo, porque estoy enfadada y me he dejado llevar por la rabia. Max me mira como si acabara de golpearlo, se echa a un lado para que pueda pasar y noto que todo su cuerpo emana tensión.

—¿Algo más, Aitana? —pregunta entre dientes.

No me atrevo a moverme del sitio. Me gustaría decirle que estoy profundamente arrepentida por lo que acabo de decir, pero antes necesitaría escuchar otras cosas de él. Que lo siente, que se ha equivocado...

—No.

—Antes de que te vayas, ¿te ha comentado Malena la decisión que hemos tomado?

—¿Qué decisión? —pregunto con recelo.

Max resopla y pone mala cara.

—Antes de que me montes una escena...

—Suéltalo ya.

—Hemos decidido que, por el buen ambiente de la empresa, lo mejor es que dejes de traer a Gucci a la oficina.

No solo se trata de Gucci, sino también de mí. De lo que eso significa y de lo mucho que me duele que tome una decisión que sabe que me hace daño.

—Vale —musito, y esta vez la que se niega a montar una escena soy yo.

—Aitana, ahora me estoy comportando como tu jefe. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo perfectamente, gracias por demostrarme que no me equivocaba —gruño como

un animal herido, antes de salir por la puerta.

## Lo vas a perder

Lo primero que hago al llegar a casa de Javi es desahogarme con él y Andrea. Ellos me escuchan sin decir nada, aunque sus expresiones los delatan. Comparten una mirada cómplice cuando les hablo de Barbie Malibú, y fruncen el ceño cuando recuerdo que le dije a Max que, cuanto más lo conocía, menos me gustaba. Termino de explicar lo sucedido con la cara muy roja y los ojos llorosos.

—Es increíble, ¿a qué sí? —me quejo, porque necesito que alguien me diga que lo que acaba de suceder es una injusticia—. Max se está comportando como un cretino porque lo hemos dejado.

Ninguno dice nada. Javi se rasca la barbilla y Andrea pone cara de incomodidad. Me pongo hecha una furia.

—¿Qué insinuáis? —exijo saber.

—Nuestro silencio no puede insinuar nada —responde Javi—. ¿No estarás un poco celosa de su secretaria?

—¡Javi! —exclamo cabreada—. ¿Has oído algo de lo que te he dicho? No es trigo limpio. La desenmascararé desde el principio y ella lo sabe, por eso ha intentado ponerme en contra de todos.

—Pues llamarla mala pécora le ha allanado el camino...

Me dejo caer en el sofá con gesto derrotado. Tiene razón. Buscaba provocarme y lo ha conseguido. ¿Por qué soy tan tonta?

—Independientemente de esa... —contengo mi lengua porque soy una señorita a la que no le gustan las palabrotas—. Dejando a un lado a su secretaria, no me puedo creer que Max me haya tratado de esa forma. Soy su ex, no una persona cualquiera. Hemos salido durante más de un año y medio... ¿era mucho pedir que me echase un cable? ¿Qué confiase en mí?

—Para ser justo, los dos os habéis dicho cosas horribles —intercede Javi.

—Empiezo a estar muy harta de que todos lo defendáis —le digo con voz crispada.

—Si supiéramos eso tan horrible que te ha hecho...

Lo fulmino con la mirada. No quiero hablar del tema. Además, soy su mejor amiga. ¿Por qué no puede ponerse de mi parte y decirme que llevo razón? En este momento, es todo lo que necesito.

—¿Tú no dices nada? —me dirijo a Andrea.

—Creo que tienes razón —me dice, ante mi sorpresa—. Esa chica no es trigo limpio. Ándate con cuidado.

Javi le da un codazo.

—No pinches.

Ella lo ignora.

—Las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas, cielo. Si Tana dice que esa chica no es de fiar, la creo. Y tal como la describes, debes tener mucho cuidado con ella. Acaba de ganar el primer punto de la partida.

Jolines, Andrea tiene razón. He quedado delante de Max y Malena como una niña enrabiada.

—Como sigas así, te come el terreno —continúa Andrea.

—No me digas...

—No me has entendido —me coge las manos en plan cómplice—. Max está despechado. Se siente muy solo. Y, a causa del trabajo van a pasar mucho tiempo juntos... ¿me estás siguiendo?

Me pongo enferma al entender lo que intenta decirme y asiento con debilidad.

—Y, de repente, ella tiene que echar horas extras en el trabajo. Él se siente triste porque te echa de menos... y ¡uy! Perdona, que te he rozado sin querer... y acaban liándose.

Le suelto las manos de golpe.

—¿Por qué creéis que los hombres actuamos así cuando nos rompen el corazón? Es un cliché —la contradice Javi.

—Porque es la pura verdad. Y lo más sencillo: olvidar las penas con otra mujer. Un clavo saca a otro clavo.

—Eres una antigua, cielo —Javi me da una palmadita en el hombro—. Max no se va a acostar con su secretaria, confía en él.

Ya confíe una vez en él y mira cómo acabó todo.

—Me da igual, que haga lo que quiera —finjo que no me importa—. Ya no somos pareja. Puede hacer lo que le dé la gana con su vida.

—Tana, no seas tonta. El orgullo y el amor no funcionan en la misma ecuación. Te vas a arrepentir si lo dejas escapar —me aconseja Andrea.

—Como dijo Marilyn Monroe: la felicidad está dentro de uno, no al lado de nadie —me hago la digna.

Javi y Andrea ponen los ojos en blanco al mismo tiempo.

—¿No eras tú la que me dijo una vez que la vida es demasiado corta para vivirla solo? —me recuerda Javi.

—No me acuerdo —le miento—. Y no estoy sola, tengo a Gucci.

Doy la conversación por zanjada y me voy a mi habitación. Debería buscar un nuevo lugar para instalarme. Debería... hacer muchas cosas con mi vida. Como, por ejemplo, continuar con mi periplo con el chino. Sí, eso es justo lo que voy a hacer. Enciendo el portátil y me prometo a mí misma que voy a hablar un chino más perfecto que Lucy Liu. Un segundo, ¿Lucy Liu es china o estadounidense? No me da tiempo a averiguarlo, porque en la pantalla aparece una joven de ojos rasgados y tez de porcelana.

—¡Ni hao! —la saludo con efusividad.

—Ni hao —me devuelve el saludo—. Nǐ zěnme yàng

Me la quedo mirando con expresión desconcertada. Uf, el chino es más complicado que el ruso. Busco la traducción en mi libreta, pero apenas me ha dado tiempo a escuchar lo que me ha dicho. Opto por responderle con una frase hecha.

—Tana —me pego en el pecho como si fuera Tarzán—. Wǒ jiào Tana.

Ella me sonrío con educación y asiente. Acabo de presentarme, no vamos mal. En el fondo esto es más fácil que encontrar unos zapatos de mi talla en las rebajas. Debo tener paciencia y una actitud positiva. Como dijo Coco Chanel: si naciste sin alas, no hagas nada para evitar que crezcan.

—Yeni Li —se presenta.

—¡Jenni! —exclamo sorprendida—. Mi mejor amiga del instituto se llama así, ¡qué casualidad!

Yeni Li ladea la cabeza y sonrío. Pobrecilla, no se ha enterado de nada. Normal. Como no quiero que me pase lo mismo que con Takeshi, el chino maleducado, cojo a Gucci en brazos y le digo.

—¡Gucci! —le explico—. ¡Guau! ¡Guau! Gu-cci.

Yeni Li asiente emocionada y desaparece de la pantalla. Jolines, otra que se pira. Pero, medio minuto después, regresa con una enorme bola de pelo blanco. Es una gatita de raza persa. Lo sé porque lleva un lazo rosa sobre la oreja izquierda. Qué monada.

—Sakura —me dice, y entiendo que es el nombre de su gata.

Me quedo boquiabierta.

—¡Sakura cazadora de cartas! ¡Me encantaban esos dibujos! —como Yeni Li no me entiende, le enseño desde el móvil el tráiler de la serie. Entonces a ella se le iluminan los ojos y comienza a cantar la banda sonora en chino.

Como no sé qué hacer, aplaudo encantada hasta que ella acaba.

—Nǐ yěshì —me dice cuando acaba.

—¿Qué?

—Nǐ —me señala—. Ni yeshi.

Me señalo a mí misma y ella asiente. Ah, creo que quiere que cante. Me encojo de hombros y como no tengo vergüenza, comienzo a cantar en español:

—Yo quisiera... que supieras... cuanto extraño tu presencia aquí... —me suelto el pelo y le ofrezco un concierto—. ¡Yo te atrapo, tú me atrapas para siempre! Lo que quieras puedes pedirme...

Yeni Li me enseña a presentarme en chino, a decir la edad que tengo y a despedirme. Sé que no es la gran cosa, pero estoy muy emocionada por mi pequeño progreso. Nos despedimos con la promesa de que para la próxima conexión cada una se aprenderá la canción de Sakura en el idioma de la otra.

Me dejo caer en la cama con una sonrisa triunfal. Al menos he aprovechado parte del día. Cojo mi teléfono y abro WhatsApp sin saber por qué. Max ha cambiado su foto de perfil. En la de antes salíamos juntos haciendo el tonto. Ahora su foto es una cita de William Shakespeare: *es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras*. Frunzo el ceño, ¿eso no irá por mí?

Me apetece escribirle. De hecho, me muero de ganas. Sé que es una tontería, pero que haya cambiado la foto de perfil significa que hemos roto de manera definitiva. Y me duele en el alma. Ni siquiera sé por qué me aflijo. La que tomó la decisión fui yo, ¿qué esperaba?

Está *en línea*.

Le estoy escribiendo. Es una chorrada sobre el trabajo. Una excusa barata con la que iniciar una conversación. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, borro lo que acabo de escribir y suelto el teléfono como si quemara.

—¿Qué haces? —me recrimino—. Hoy te ha tratado fatal, no se merece que hables con él.

Está escribiendo. Clavo los ojos en la pantalla y espero con ansia su mensaje.

*Escribiendo...*

Frunzo el ceño cuando la pantalla vuelve a quedarse en blanco. Entonces no me lo pienso.

*Yo: ¿qué quieres?*

Pasa una eternidad hasta que me contesta. Bueno, vale, un par de minutos. ¡Le encanta hacerse de rogar!

**Max:** ¿qué quieres tú?

Aprieto el teléfono con fuerza. Ni siquiera sé de qué me sorprendo.

**Yo:** me estabas escribiendo.

**Max:** tú me estabas escribiendo antes.

No voy a negarlo porque quedaría fatal.

**Yo:** para un tema del trabajo, pero ya lo he solucionado.

**Max:** ok.

Ok. Pongo los ojos en blanco.

**Yo:** ¿y tú qué querías?

**Max:** nada.

**Yo:** ¿me estabas escribiendo para nada?

**Max:** solo quería saber qué querías tú.

Resoplo. A esto podemos jugar los dos y es ridículo.

**Yo:** de acuerdo. En ese caso, adiós.

**Escribiendo...**

**Escribiendo...**

**Escribiendo...**

**Max:** adiós.

Seguro que quería decirme algo más, pero como es tan orgulloso... Pues la lleva clara conmigo. Después de lo que me ha hecho hoy, lo único que va a recibir por mi parte es rencor.

**Max:** pd: intenta venir mañana de buen humor.

¿Cómo? Es el colmo.

**Yo:** ¿qué quieres decir? Siempre voy de buen humor.

**Max:** sabes de sobra lo que quiero decir. Pongamos de nuestra parte para que haya un buen ambiente de trabajo.

**Yo:** el que nunca pone de su parte eres tú. No me hables más.

**Max:** no me hables tú.

Dicho y hecho. Lo bloqueo. Me lo imagino con el móvil en la mano y cara de querer matarme. Es lo mínimo que se merece. Dejo el teléfono sobre la mesita de noche para evitar tentaciones y cierro los ojos, aunque sé de sobra que no voy a ser capaz de conciliar el sueño. Como si me leyera la mente, Gucci apoya su cabecita sobre mi hombro y me dedica una mirada tierna.

—Te quiero, pequeñín —le digo, y luego intento no pensar en Max.

## ¿Por qué tienes que ser así?

No he pegado ojo en toda la noche. Y, para cuando caí frita a causa del cansancio, tuve una pesadilla que me puso los pelos de punta. Barbie Malibú me robaba el último par de zapatos de mi talla y yo le lanzaba un bolso de Prada a la cabeza. Al final las dos terminábamos en la cárcel, pero su abogado conseguía sacarla mientras que yo me pudría entre rejas. En el juicio, una multitud enfurecida me lanzaba ropa pasada de moda. Alguien me tiraba a la cabeza un bolso de mezclilla, unas medias de cristal se me enredaban en el pelo, y el súmmum de la horteridad eran unas botas blancas que me obligaban a ponerme. Me hacían salir así a la calle y yo lloraba a lágrima viva por aquel atentado a la moda y el buen gusto. Me levanté sudando a mares y a punto de que me diera un infarto.

Abro mi armario ordenado por colores y respiro aliviada. Ojalá la vida fuera tan fácil como ir a la última. Con todo el dolor de mi corazoncito, dejo a Gucci en su cama porque ya no puedo llevarlo al trabajo. Como no entiende nada, va corriendo hacia mi bolso y se mete dentro de un salto.

—Lo siento mucho —le digo apenada, y vuelvo a colocarlo en su camita—. No puedes venir.

Gucci me mira con esos ojitos que me lo dicen todo y agacha la cabeza. Esto no se lo pienso perdonar a Max. Estoy saliendo de casa cuando mi padre me llama por teléfono. Menos mal, alguien que me quiere y se preocupa por mí. Soy su ojito derecho.

—¡Hola, papi!

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, de camino al trabajo. ¿Sigues saliendo a andar todos los días? A tu edad no puedes relajarte, ya te lo dijo el médico.

—Hija... no seas como tu madre —se queja, igual que hago yo cuando me dicen lo que no quiero oír—. Me alegra escuchar que sigues trabajando con Max. Una pelea de enamorados no debe impedirte que seas responsable y cumplas con tu trabajo.

Me tenso al escuchar lo que dice. ¿Cómo lo sabe? Yo no se lo he dicho. De hecho, casi nadie sabe que lo he dejado con Max. No quiero escuchar que estoy cometiendo un error y que Max me quiere, es un gran hombre y blablablá.

—Papi, ¿cómo te has enterado? —quiero saber.

—No te enfades, cielo. Me pasé el otro día por vuestra casa para haceros una visita y Max me contó que os habéis dado tiempo. Ya sé que es una peleílla sin importancia, pero te llamaba para ver qué tal estás.

¿Un tiempo? ¿Una peleílla sin importancia? Me voy poniendo de todos los colores del arcoíris a medida que lo voy escuchando. ¿Cómo se atreve Max a hablar por mí? ¿Por qué tiene que infantilizar mis decisiones? ¿Acaso cree que se me va a pasar en unos días? Oh... pues claro que es lo que cree. Por eso ha dejado de insistir y se hace el duro. Jolines, ahora todo es más que evidente. Cree que me tiene en el bote.

Después de la conversación con mi padre, entro en la oficina más cabreada que Miranda Priestley en El diablo viste de Prada. ¡Me va a oír! Ya está bien de que todos piensen que soy una cría estúpida por la que pueden tomar decisiones.

—Disculpa, bonita, El Señor Ortiz me ha dicho...

—Te tengo calada —le espeto, ante su cara de sorpresa—. Conmigo no te funciona ni la sonrisa ingenua ni poner cara de santa. Yo que tú me preocuparía más en cambiarme el tono de las

mechas que en intentar seducir a tu jefe. Lo conozco lo suficiente para saber que no eres su tipo.

Barbie Malibú me mira con rabia, así que le ofrezco una sonrisa triunfal y entro en el despacho de Max.

—¿De qué vas? —le digo en cuanto entro.

—Buenos días, Aitana.

—¿Por qué le has dicho a mi padre que hemos tenido una peleílla sin importancia?

Max no lo niega. Se limita a mirarme durante unos segundos que se me hacen eternos. Hasta que se apoya en el respaldo de su silla y mira al techo, como si se viera obligado a tener mucha paciencia conmigo.

—Porque no quería preocuparlo.

—Eres... eres... —no encuentro la palabra que me gustaría decirle, así que exploto—. ¡Te crees que me tienes en el bote! Qué cara más dura. Y encima tienes la poca vergüenza de decirle que nos hemos dado un tiempo. ¿De qué vas, Maximiliano?

Max pierde la compostura y se levanta.

—Aquí no.

—Aquí sí —lo contradigo fuera de mí—. No puedes ir por ahí mintiéndole a los demás sobre algo que nos concierne a los dos. Está mal.

—Me pilló por sorpresa —se excusa molesto—. No sabía qué decirle y como está un tanto delicado de salud lo último que quería era preocuparlo.

—¡No juegues esa baza! —me pongo hecha una furia porque no es justo que utilice el estado de salud de papá para justificarse.

Max me mira como si por un segundo no me conociera y eso me asusta.

—¿Crees que yo haría eso? —pregunta dolido, y le tiembla la voz.

—No sé... —esquivo su mirada—. Cada vez te conozco menos. Primero la conversación, el otro día me dejás por los suelos, ahora esto...

—Sigue transformando la realidad a tu antojo.

—¿Me estás llamando loca? —alucino.

—¿Ves lo que te digo? —sonríe con tristeza.

—Eres tú el que lo transforma todo —sigo en mis trece—. Vengo a recriminarte que no puedes ir por ahí mintiéndole a los demás, y tú te vas por las ramas. Típico de ti... crees que voy a regresar corriendo a tus brazos en cuanto se me acabe la pataleta de niña pequeña...

—Quizá ahora soy yo quien no quiere que vuelvas.

La confesión me deja completamente sorprendida. Y devastada. Lo miro para saber si lo dice en serio, y por la forma que tiene de mirarme sé que es la verdad. Trago con dificultad y asiento sin decir nada.

—Como ya te he dicho, no es el lugar para hablar de nuestros problemas —me está echando.

—No haber hablado a mis espaldas. Puede que entonces no me sintiera tan furiosa ni dolida para llamar a tu puerta.

—Seguro que encontrarías otra excusa...

Me río por lo bajo. Es lo peor.

—Tú eres el que busca la forma de provocarme. ¡Incluso has contratado a una secretaria para darme celos!

—No eres el centro de mi mundo.

Siento que algo se rompe en mi interior. Antes lo era, ¿qué nos ha pasado? ¿Qué diablos nos está pasando? De repente me siento a kilómetros de distancia de él y sé que ninguno de los dos

está dispuesto a acercarse al otro.

—Es evidente —respondo en un susurro—. Si lo fuera no me habrías traicionado.

—Lo que te hice no fue para tanto.

—Eso lo dirás tú.

Nos quedamos callados. Estoy cansada de que no tome en serio mis enfados. No soy una cría. Siento y padezco como cualquier persona con dos dedos de frente. ¿Por qué nadie me toma en serio?

—Ni siquiera me dejas explicarme.

—¿Qué me vas a explicar? Quiero que me pidas perdón.

—¿Cuándo? —me contradice, tan enfadado como yo—. No me has dejado. Decidiste que esto no valía la pena y encontraste la excusa perfecta para dejarlo.

—¿De qué hablas? —le pregunto sin entender.

—Ya estábamos mal antes de que tú leyeras esa conversación, pero ignorabas el tema cada vez que yo lo sacaba.

—¡Eso es mentira! —exclamo, aunque una parte de mí sabe que no va del todo desencaminado—. Lo que pasa es que te molesta que las cosas no se hagan como tú quieres...

—Solo te centrabas en el trabajo, discutíamos a menudo... ¿por qué nos tomamos esas vacaciones? —me recuerda con aspereza.

—Si me hubieras tomado en serio, nada de esto habría pasado.

—Toda la culpa es mía, ¿es lo que quieres decir?

Mantengo su mirada y sé que, dependiendo de lo que responda, podemos o no tener una segunda oportunidad. Me dejo llevar por la rabia y respondo:

—Sí.

La expresión de Max es una máscara de decepción y dolor. Camina hacia mí y se me corta la respiración, pero se me va de golpe cuando se dirige a la puerta y me deja sola en su despacho. Me tapo la cara con las manos y contengo las ganas de llorar. Ya está. Definitivamente, los finales felices no existen.

## Tal vez sea mejor que...

Que ya estábamos mal antes... ¡lo que hay que oír!

Pero, una parte de mí no puede quitarse esa frase de la cabeza. Últimamente discutíamos más de lo normal. Nada extraordinario teniendo en cuenta que trabajamos en la misma empresa, o eso me decía a mí misma.

Aparto la vista de la pantalla del ordenador cuando descubro que he escrito: "las estadísticas no engañan" cinco veces en el mismo párrafo. No doy pie con bola. Por norma general, soy productiva y se me da bien mi trabajo, pero desde que he vuelto a la empresa no logro concentrarme. Sabía que trabajar bajo la supervisión de mi ex iba a ser complicado, pero ahora me pregunto si seré capaz de ser profesional.

Necesito que me dé el aire, así que me preparo un té y salgo. Me gustaría que todo fuera como antes, pero no puedo evitar que me siga doliendo. Ojalá que fuera tan sencillo como que Max me pidiera perdón, pero sé que ahí no acabaría la cosa. Por lo visto, tenemos una conversación pendiente y ninguno de los dos quiere dar su brazo a torcer. Pensaba que me respetaba, pero acabo de darme cuenta de que siempre seré una cría para él. Y eso, desde luego, no voy a tolerarlo.

—¿Qué tal está tu perrito?

La pregunta me pilla desprevenida. Ahora que nadie nos ve, Cristina acaba de quitarse la careta. Me observa con una expresión triunfal. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme hacia ella y borrarle esa sonrisita maligna. ¿Cómo es posible que Max no se dé cuenta?

—Estupendamente. Las serpientes, cuanto más lejos, mejor.

Su sonrisa se hiela. No hace falta que finja cuando no tiene público.

—No soy una serpiente, bonita. Soy alguien que tiene muy claro lo que quiere y lo que ha venido a hacer aquí —me advierte.

—No me cabe la menor duda —le respondo sin perder los nervios—. Pero conozco lo suficiente a Max para saber que nunca se fijaría en alguien como tú.

Ella suelta una risilla, como si no me creyera del todo.

—No tienes ni idea de lo persistente que puedo llegar a ser.

Me puedo hacer una idea. Aunque supongo que Max se dará cuenta tarde o temprano, ¿no? Porque de lo contrario...

—¿No tienes trabajo? —le espeto irritada—. Debes tenerme mucho miedo para tomarte tantas molestias en hacerme la vida imposible.

—Uy, voy a temblar...

Tengo ganas de tirarle el té hirviendo a la cara, pero en el fondo sé que es lo que está deseando. Así podría ir lloriqueando a Max para decirle lo mala que soy. Me termino el té con toda la paciencia de la que soy capaz, y cuando comprende que no puede sacarme de mis casillas, se da la vuelta y se marcha.

Me quedo allí durante un rato, pensando en mis cosas. Desde hace unas horas, no se me quita la idea de la cabeza de que, quizá, este no es mi sitio. Sé que puede parecer que tomo esta decisión motivada por el despecho, pero en realidad lleva un tiempo ahí. Relegada a un segundo plano porque me sabe mal marcharme de esta empresa. Me encanta trabajar aquí, pero el ambiente cada vez se vuelve peor. Y puede que sea hora de brillar con luz propia y crecer en otro sitio cuyos jefes no sean mi ex y mi mejor amiga.

¿Por qué no?

Aunque me gusta Máxima. Me encanta mi trabajo. Y sé que voy a echarlo de menos si...

—¿Te estás tomando un descanso?

No es la pregunta, sino el tono acusador. No estoy acostumbrada a que me regañen por escaquearme del trabajo. De hecho, no llevo más de cinco minutos aquí. Observo a Max, que tiene tan mala cara como yo.

—Sí —respondo muy tranquila—. ¿Algún problema?

—Estamos hasta arriba de trabajo, ¿tú qué crees? —replica de mala gana.

—Creo que te estás pasando tres pueblos por cinco minutos. Aquí todo el mundo sale a fumar o a tomarse un café. ¿Desde cuándo soy una holgazana?

—No he dicho eso.

—Parece que me estás acusando de no trabajar...

—No —responde, pero no lo deja ahí—. Aunque desde hace unos días estás un poco...

—No voy a negarlo —lo interrumpo, porque es la pura verdad—. Trabajar contigo es más difícil de lo que pensaba.

Max no dice nada, y eso me preocupa. Me gustaría que dijera algo. No sé, lo que fuera. Que podemos intentarlo. Que soy fundamental en la empresa. Jolines... ¿tanto le pido?

—Es evidente que no podemos separar las cuestiones personales... —continúo, y me crispo al comprobar que él no me contradice—. Tal vez debería marcharme.

Max no se inmuta y eso me enfurece. Me parece increíble que no vaya a contradecirme. Podría intentar que me quedara. Mostrar algún interés... cualquier cosa. Pero su indiferencia es algo para lo que no estoy preparada. Es como si hubiera dejado de importarle. Y eso, maldita sea, me parte el corazón.

—¿Te parece bien? —pregunto con un hilo de voz.

No me mira y se encoge de hombros.

—Parece que ya has tomado la decisión.

—Sí —me sorprende cuando lo digo.

—De acuerdo —dice, y hay un conato de rabia en su voz que no disimula del todo—. Pásate por contabilidad para que arreglen todo el papeleo.

Antes de que pueda responderle, se da la vuelta y se mete en la oficina. Me quedo completamente alucinada. Y, sobre todo, deshecha. Acabo de quedarme sin novio. Acabo de quedarme sin trabajo. Y, por lo visto, mi ex ya ha pasado página.

## En el paro

Por si fuera poco, la cosa no se quedó ahí. En cuanto Malena me vio recoger mis cosas, montó en cólera y me preguntó qué demonios estaba pasando. Puso el grito en el cielo cuando le expliqué que acababa de renunciar y se cabreó muchísimo.

—¿Cuándo lo has decidido? ¿Por qué no me has dicho nada? —me recriminó furiosa.

De nada sirvió que le explicara que había sido una decisión repentina. Mi jefa se enfadó, pero mi mejor amiga se puso hecha una furia. Y, ¿sabes qué? Al menos su reacción me pareció natural. La de Max, sin embargo, todavía no me la explicaba. Tampoco quería que corriese detrás de mí o me suplicase que me quedara, pero ¿era mucho pedir que tuviera algo de sangre en las venas?

Lo último que vi antes de salir por la puerta de Máxima fue la sonrisa satisfecha de Cristina. La pobre ingenua se creía que había tenido algo que ver en mi despido. En fin, si ella era feliz así...

Y ahora estoy aquí, escribiendo mi currículum. Javi está a mi lado gritándome al oído que soy una idiota, no vaya a ser que se me olvide.

—¿A quién se le ocurre despedirse? ¡Eras fija! ¿Te das cuenta de lo mal que está el trabajo?

—Javi, no sigas.

—Y todo por un arrebató de orgullo...

—No ha sido por eso —le digo, y no sé si es del todo verdad.

A ver, al principio no fue por orgullo. Creí que era lo mejor porque era incapaz de trabajar para Max. Aunque en el fondo deseaba que él me parase los pies... y cuando no sucedió, bueno, entonces sí que fue un poquito por orgullo. En fin, a lo hecho...

—¿Qué vas a poner en el currículum? —quiere saber Javi.

Tapo el ordenador para que no vea lo que estoy escribiendo.

—Te lo digo cuando esté acabado. Me estoy inspirando.

—¿Inspirándote para escribir tu currículum? Si solo tienes que escribir la verdad... —se calla y me lanza una mirada acusadora—. ¿Qué has escrito?

Antes de que pueda impedirselo, me arrebató el portátil y comienza a leer en voz alta.

—Ruso... eso es verdad. ¿Chino? ¡No hablas chino!

—¿Qué más da? Lo estoy dominando...

—Sí, y lo hablarás para el próximo milenio. Un segundo... —frunce el ceño cuando llega a la parte creativa. Me gusta llamarla así. Y la lee en voz alta—. <<¿Por qué debería contratarme? Le daré tres buenas razones para hacerlo: Me gustan los animales, y todo el mundo sabe que los amantes de los animales son buenas personas. Siempre voy a la moda, y como sugieren numerosos estudios, la buena presencia es algo fundamental para crear buena impresión. Y el tercer motivo, pero no por ello menos importante: acabo de renunciar a mi empleo porque quiero reinventarme. ¿Quién hace algo así hoy en día? Se estará preguntando. Yo se lo aclaro: una joven ambiciosa y con talento que busca que la valoren de verdad en un trabajo en el que pueda demostrar su valía>>.

—¿A que es cuqui? —me emociono.

—¡No puedes poner eso! —exclama espantado—. ¿Has perdido la cabeza?

Me toca la frente para cerciorarse de que no estoy enferma.

—Javi... solo intento ser creativa. Me lo enseñaron en Rusia. Para llamar la atención hay que ser diferente.

—No... si la atención la vas a llamar... otra cosa es que alguien te contrate...

—Parece mentira que una cría de veintidós años tenga que darte lecciones. Todos los currículums son igual de aburridos y anodinos. Si quieres que se fijen en ti, diferénciate del resto. ¿A quién contratarías? ¿Al que tiene un currículum del montón, o al que es diferente?

—Me reiría con el tuyo, y luego contrataría a una persona normal.

Pongo mala cara. Paso de discutir con él. Estoy completamente segura de esta estrategia. Lady Gaga también fue una incomprendida antes de triunfar.

—Por si acaso... no pongas tu foto. Así no podrán reconocerte cuando te arrepientas y decidas rehacer tu currículum.

No le hago ni caso. Un curriculum sin foto es como una salsa sin perejil. Qué sabrá él.

Seis días después, empiezo a impacientarme y me replanteo la estrategia. ¿Y si Javi tiene razón? Puede que gracias a mi ocurrencia nadie me tome en serio. Me he apuntado a una veintena de ofertas de empleo y me he pateado la ciudad para dejar mi currículum en las empresas que lo admitían. Jolines, como siga así voy a tener que volver a casa de mis padres. Ya me estoy imaginando la escena. Mamá y papá con gesto condescendiente porque soy un desastre.

Estoy tirando de mis ahorros, y como siga por este camino, voy a tener que poner a dieta al pobre Gucci. Podría vender por internet parte de mi ropa, aunque solo de pensarlo me dan escalofríos. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Y, de repente, se hace el milagro. Recibo un email a las seis y media de la tarde que lo cambia todo. Lo leo entusiasmada y doy saltitos de emoción cuando termino. ¡Me citan para una entrevista!

—¡Yujuuuuuuuuuuuuuu! —grito ilusionada—. ¡Tengo una entrevista!

Javi está tan sorprendido como yo. Lee el email y me da una palmadita en la espalda.

—¿Quién se ríe ahora, listillo?

—Tampoco te pases. Solo te ha contestado una empresa. Ahora tienes que dar lo mejor de ti para que te contraten. Esperemos que no te hagan hablar chino...

—No seas agorero.

Pero se me cae el alma a los pies al leer el nombre de la empresa. No puede ser.

—¿Por qué pones esa cara?

—Anthony& James. La mayor empresa de publicidad de España...

—Eso es genial —dice, y al ver mi expresión añade—. ¿No?

Me muerdo el labio. ¿Por qué han tenido que contestarme ellos?

—Es... la mayor competidora de Máxima. Les quita mucho trabajo.

—¿Y? Los negocios son así.

—Ya, pero...

—Tana —Javi me mira con dureza—. Necesitas ese trabajo.

—No sé si puedo hacerles eso a Max y Malena...

—Estás en el paro, y de repente te surge una oportunidad. No se trata de ellos, sino de ti. No tienes que justificarte por ir a esa entrevista.

No sé qué hacer. Una parte de mí está deseando coger esta oportunidad, y la otra cree que irme a la competencia es un tanto desleal.

—Tienes que confirmar la asistencia antes de las ocho —me dice Javi—. Oye... no seré yo

quien te diga lo que tienes que hacer. Pero piensa en ti y luego en los demás. Querías una oportunidad y ahí la tienes.

Dejo pasar el tiempo hasta que son las ocho menos cuarto. Puedo volver a casa de mis padres, o puedo ir a esa entrevista. Total, quizá ni me contraten. ¿Qué tiene de malo probar suerte? Además, ya no trabajo en Máxima.

Escribo la confirmación, pero algo me impide enviar el email. Me levanto a por un vaso de agua y lo bebo de un trago. No puedo irme a la competencia. Ya está. Tengo principios. Cuando regreso al salón, pillo a Javi enviando el email.

—¿Qué haces? —le grito espantada.

—Impedir que te arrepientas. Mañana puedes decidir no ir a esa entrevista, pero antes consúltalo con la almohada.

## Lo consulto con la almohada y...

Vale, solo voy a cotillear. Y punto. Sé de sobra que no van a contratarme, porque no estoy cualificada para el puesto. Aquí hay gente más preparada que yo. Así que echaré un vistazo y le contaré a Malena lo que averigüe sobre la empresa.

Además, me viene bien coger algo de experiencia en esto de las entrevistas. Probablemente se acabe mi numerito en cuanto me pidan que hable en chino. Definitivamente tengo que rehacer el currículum. Mentir está feo. ¿En qué estaba pensando?

—¿Aitana Guzmán?

Me levanto como un resorte. Me sudan las manos y estoy muy nerviosa. Sigo al hombre que acaba de llamarme hasta un luminoso despacho que me deja con la boca abierta. Es gigantesco y tiene un ventanal con vistas a la playa.

—Guau... —se me escapa.

—¿Le gusta?

Jolines, he vuelto a pensar en voz alta. Busco al propietario de la voz y no lo encuentro. Hay un escritorio blanco con un portátil, a la derecha un sofá de polipiel, y un par de butacas con una mesita baja en el otro extremo.

—Tiene muchas posibilidades —respondo, sin saber a quién—. Aunque le falta un toque acogedor.

—Una mujer sincera.

Me siento idiota en cuanto lo dice. ¿Por qué tendré que decir siempre lo primero que se me pasa por la cabeza? Debería haber contestado que es un despacho precioso. En ese momento, descubro al propietario de la voz detrás del sofá. Frunzo el ceño y, sin pensármelo dos veces, me agacho para mirarlo a la cara.

—Hola, ¿aquí hacen así las entrevistas?

Escucho una risa atónita.

—Mi alianza se ha colado por debajo del sofá, y como no regrese a casa con ella, mi mujer va a matarme.

—Espere, voy a intentar alcanzarla —le digo, pues tengo la muñeca muy pequeña. Meto la mano dentro y estiro el brazo hasta que rozo el anillo con los dedos—. ¡Aquí está!

Me pongo de pie al mismo tiempo que el hombre. Pelo canoso, sonrisa amable... rondará los cuarenta y tantos. Se la entrego con una sonrisa y él suspira aliviado.

—Si no la hubiera encontrado, mi mujer se hubiera puesto hecha una furia. Pensaría que me la he quitado por alguna razón sospechosa y que la he perdido. Es muy creativa, a veces creo que debería contratarla.

Me rio por la ocurrencia.

—No sé qué decirle. Algunos estudios alegan que trabajar con tu pareja te quita tu propio espacio y traslada los problemas personales al trabajo.

El hombre enarca una ceja.

—¿En serio? Tiene mucho sentido...

Evito decirle que la experiencia me confirma esta teoría que acabo de inventarme porque... no sé, yo soy así.

—Aitana Guzmán —le tiendo una mano.

—Ah... la candidata del currículum de la discordia. Alfredo Corbacho, responsable de

recursos humanos de la sucursal de Anthony & James en España.

Me estrecha la mano y me hace un gesto para que me siente.

—¿De la discordia? —pregunto sin poder evitarlo.

—Su currículum ha generado un debate en la empresa. Hay quienes la ven como una atrevida con alardes de grandeza y afán de protagonismo...

—Vaya... —musito desanimada.

—Y hay quienes la consideran original y, por lo tanto, interesante.

Lo miro esperanzada. Ojalá que él sea de los segundos.

—De lo que no cabe duda es que su perfil es diferente e interesante. Se ha formado en Rusia y ha trabajado un año allí, domina el idioma... ah, también habla chino... —me pongo colorada cuando lee esa parte—. Ha trabajado en una agencia de publicidad de la ciudad y lo ha dejado por iniciativa propia. ¿No estaba cómoda en su anterior puesto?

—Me encantaba trabajar allí, pero tengo la intención de aspirar a más. A veces no me dejaban tomar la iniciativa —le soy franca, pero siento la necesidad de corregirme porque no quiero hablar mal de Máxima—. No me malinterprete, es una empresa genial. Pero tengo ganas de probar en otro sitio.

—Tiene ambición, eso es bueno —. Comenta con aprobación—. Tengo entendido que el chino es un idioma muy difícil. ¿Por qué le dio por aprenderlo?

—Oh... es el idioma del futuro. Ya sabe lo que pone en todas las etiquetas: Made in China.

Alfredo me mira atónito durante unos segundos, y luego se echa a reír.

—Me gusta la gente con sentido del humor.

Le ofrezco una sonrisa de circunstancia porque lo he dicho totalmente en serio.

—¿Dónde aprendió chino?

Uy... ¿y ahora qué digo? Mi mente trabaja a toda velocidad para buscar una historia convincente.

—Eh... todo lo que sé me lo enseñó mi amigo Nobita.

Madre mía... no me puedo creer que acabe de decir el nombre de un personaje de Doraemon. Alfredo me mira muy serio y justo cuando creo que va a sacarme a patadas de su despacho, dice:

—Pero Nobita es un nombre japonés ¿no?

¿Doraemon era japonés? Qué fuerte. Todos los días aprende una algo nuevo.

—Eh... sí. Mi amigo Nobita es de padre chino y madre japonesa, así que le pusieron ese nombre antes de mudarse a Hong Kong. Luego vinieron a probar suerte a Cádiz, nos hicimos muy amigos y le pedí que me diera clases particulares de chino. Como se suele decir: ¡el saber no ocupa lugar!

Lo digo todo de carrerilla mientras que Alfredo me observa impresionado. Qué fuerte, no me puedo creer que sea tan mentirosa. Pero la culpa no es mía, sino de las situaciones en las que me veo envueltas. Soy una superviviente, qué se le va a hacer.

—Me interesa mucho su dominio del chino. ¿Lo habla con fluidez?

—Perfectamente —miento de nuevo—. Ni hao, wo jiao ai ta nà

Acabo de decirle lo único que sé decir en chino: hola, me llamo Aitana. De todos modos, Alfredo asiente impresionado porque no tiene ni idea. Ya está, soy un caso perdido. Voy a ir derecha al infierno. Al menos espero que allí haya rebajas.

—Nos viene de perlas —responde entusiasmado—. Dentro de un mes viene a la empresa un inversor chino, y sería estupendo contar con alguien de nuestro equipo que dominara el idioma. Así no tendríamos que contratar un traductor. A los inversores extranjeros les gusta comprobar que

alguien de la empresa habla su idioma... supongo que por una cuestión de orgullo patriótico.

Se me borra la sonrisa de un plumazo. No... puede... ser... ¡La pesadilla vuelve a repetirse!  
¿Por qué tengo tan mala suerte en la vida?

—Así que no le gusta mi despacho...

Como doy por perdida la entrevista, me animo a ser sincera.

—Me resulta impersonal. Yo pondría algún cuadro, quizá una alfombra en tono cálido...

—Es la primera persona que critica mi despacho.

—Vaya... lo siento.

Alfredo se pone de pie, así que hago lo mismo porque sospecho que me está echando. En fin, lo tenía asumido. No estoy cualificada para el puesto.

—¿Podría empezar mañana?

—¿Qué?

—¿Qué si podría empezar mañana?

—¿Me está contratando? —pregunto alucinada, y se me olvida de golpe lo del asunto del chino. Porque... a ver... eso es secundario. Acabo de conseguir un empleo en la mayor agencia de publicidad del país. ¡Ya tendré tiempo de preocuparme del problemilla del chino en otro momento!

—Depende, ¿quiere usted trabajar en esta empresa?

La pregunta me pilla desprevenida y no sé qué contestar. Miro a Alfredo a los ojos y él comienza a impacientarse. Tengo la posibilidad de trabajar para la competencia de Máxima...  
¿Acepto?

## Jaime

Estoy tan mareada que corro hacia el servicio y me meto dentro. Cierro los ojos, me doy la vuelta y pego la frente contra la puerta. A ver... no es el fin del mundo. En primer lugar, necesito este trabajo. Es una cuestión de supervivencia, ¿no? Si no trabajo... no tengo dinero. Si no tengo dinero, me veré obligada a vivir debajo de un puente. Y debajo de un puente hay ratas contra las que el pobre Gucci no tendría nada que hacer. ¡Es demasiado pequeño! En segundo lugar, tengo todo el derecho del mundo a trabajar donde yo quiero. Y por último...

—¡Por todos los bolsos de Prada! —exclamo en voz alta—. Como se enteren van a matarme...

Respiro con dificultad y me desabrocho los dos primeros botones de la blusa. Y para colmo, está el asuntillo sin importancia del chino. Madre mía... ¿cómo voy a aprender chino en un mes? Porque no voy a poder hacerlo... eso está claro. Lo del ruso era como montar en bicicleta comparado con esto.

—Señorita...

—¡Está ocupado!

Respira... inspira...

Cuenta hasta tres. ¡No! Hasta diez... como mínimo...

Respira... inspira...

—Señorita...

—¡Ya le he dicho que está ocupado! —grito, completamente histérica.

—El que está ocupado soy yo. ¿Podría hacer el favor de salir de mi despacho?

Me quedo completamente quieta y abro los ojos. Lo primero que veo es la puerta blanca. Me doy la vuelta muy despacio y me encuentro con un despacho de un blanco impoluto. Y, justo en el centro, un hombre joven que me observa con mala cara desde su escritorio.

—Uy... —digo, intentando sonreír—. Esto... creo que me he equivocado...

—No me diga —responde con sequedad.

—Verá... es que aquí todas las puertas son iguales. Que digo yo que podrían ponerle algún distintivo, por eso de no confundir a la gente. Estaba un poquito nerviosa y he entrado pensando que era el servicio...

La expresión del hombre se afloja en algo parecido a una sonrisa, y entonces me resulta ligeramente familiar.

—¿Quién va a matarla?

—¿Qué? —pregunto sin entender, y luego caigo en la cuenta de lo que dije hace un momento—. Ah... nada... una tontería. Disculpe, ¿nos conocemos de algo?

El hombre se pone de pie y se acerca a mí, y justo cuando creo que va a pedirme que salga de su despacho, me observa de arriba abajo y suelta una carcajada atónita.

—No puede ser... —murmura sorprendido—. ¿Tana? ¿Eres tú?

Por lo visto sí que lo soy, pues todo el mundo me llama así. Pelo castaño y rizado, sonrisa amable, cicatriz sobre la sien izquierda... ahogo un grito de sorpresa y me llevo las manos a la boca. Reconocería esa cicatriz en cualquier parte. Madre mía, ¡es Jaime!

—¡Jaime! —exclamo impresionada—. O sea... ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Estaba trabajando hasta que tú... —agacha la cabeza y parece incómodo—. Disculpa, se te ve el sujetador. Creo que deberías...

Me pongo roja como un tomate y me doy la vuelta para abrocharme la blusa. ¡Qué vergüenza!

Para colmo es el sujetador rosa fucsia de Hello Kitty. En circunstancias normales no tengo tan mal gusto, pero hoy estaba demasiado nerviosa. Total, tampoco se lo iba a enseñar a nadie. Cuando me vuelvo hacia él, está haciendo un gran esfuerzo por no reírse. Luego se acerca a mí y durante un instante se debate entre ofrecerme la mano o darme un abrazo, así que soy yo quien decide por él y me arrojo a sus brazos. Jaime me recibe encantado y me estrecha con fuerza. Vaya... huele como siempre. Me aparto ruborizada al ser consciente de que el abrazo está durando más de lo normal.

—Al principio no te he reconocido... llevaba las gafas de ver de cerca.

—Estás... muy cambiado —le digo, y no es para mal.

Ha hecho ejercicio. Está... más fuerte. Y más alto. Y, definitivamente, más atractivo. Él sonrío satisfecho porque sabe que acabo de hacerle un cumplido.

—Sin embargo, tú estás igual de guapa que siempre.

Me sonrojo por su comentario sin poder evitarlo.

—Así que trabajas aquí... —digo tontamente.

—Sí. Y esa puerta de al lado es el servicio, por si necesitas usarlo.

—¡No! —vuelvo a ponerme colorada. Madre mía, me estoy luciendo—. Es decir... que no tengo ganas de...

Jaime intenta no reírse por mi metedura de pata. Suspiro y me cruzo de brazos.

—¿Qué tal estás? —cambio de tema.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Cómo has acabado en mi despacho?

—Acabo de hacer una entrevista con Alfredo, buscaba el servicio y...

—¿Y qué tal ha ido esa entrevista? —pregunta con interés.

—Me ha contratado.

—¡Enhorabuena! —exclama entusiasmado—. Vamos a ser compañeros de trabajo. Es... increíble volver a verte después de... cinco años.

Sonrío sin saber qué decir. Es cierto que me alegro de volver a verlo, pero resulta un poco raro. Entre otras cosas porque Jaime y yo nos acostamos la última vez que nos vimos. Y a pesar de todo el tiempo que ha pasado, una parte de mí no puede evitar sentir un poquito de vergüenza al recordarlo.

—Debería dejarte trabajar —le digo.

Él asiente y me acaricia el brazo con camaradería, como si se alegrara de verás de volver a verme.

—Nos vemos mañana.

—Sí —me despido con una sonrisa y voy hacia la puerta.

—Tana —me llama, antes de que me vaya—. Me alegro mucho de volver a verte. Siempre quise retomar el contacto, pero no supe si tú...

Sé a qué se refiere y no sé qué contestar. Lo único que puedo hacer es despedirme con la mano y salir pitando de allí. Ay... ¿por qué soy una experta en complicarme la vida? Salgo de la empresa de mi ex para trabajar con otro ex. Y para colmo, ¡tengo que aprender chino! Ahora sí que estoy en un buen lío.

## Una mentirijilla sin importancia...

Javi no para de poner los ojos en blanco y resoplar cuando le cuento lo sucedido. Me dice que estoy como una cabra, que no tengo remedio y que soy una irresponsable de mucho cuidado.

—¡Muchas gracias!

—¿Eres consciente de que es imposible aprender chino en un mes?

—No me subestimes.

—Deberías haber dicho la verdad...

—Bueno... ya no hay nada que hacer... —me dejo caer en el sofá con aire teatral—. ¿Crees que me dejarán llevar a Gucci al trabajo?

—¿En serio esa es tu mayor preocupación en este momento? Tierra llamando a Tana, ¡estás en un lío!

—Javi, por fa, no me lo recuerdes —hago un puchero—. ¿Qué querías que hiciera? ¡Soy pobre! Tengo que trabajar para llegar a fin de mes.

—Para empezar, no haberte despedido, no mentir en el currículum...

—¿La vida me pone a prueba y yo tengo la culpa? —dramatizo.

—Y luego está lo de ese tal... ¿cómo se llama?

—Jaime.

—Espero que no tengas la poca cabeza de tener algo con él. Te conozco lo suficiente para saber que eres una enamoradiza de mucho cuidado.

Me levanto indignada. ¿Por quién me toma?

—Todavía estoy enamorada de Max... desgraciadamente.

—¿Por qué no hacéis las paces y vuelves a trabajar con él?

—¡Antes muerta! —exclamo con orgullo, y me dirijo hacia mi habitación—. Todo esto es culpa tuya. Tú me convenciste de postularme para el puesto.

—¿Culpa mía? ¡Qué morro tienes! ¿Cuándo piensas madurar y hacerte responsable de tus propias decisiones?

—Ahora te desentiendes... qué bonito...

Mi teléfono suena en ese momento y observo la pantalla aterrorizada. Es Malena. ¿Qué le digo?

—Cógelo tú —le pido angustiada.

—Ni hablar.

—Por fa, por fa, por fa... —le suplico, pero Javi ya se está largando por el pasillo—. ¡Eres el peor amigo del mundo!

Descuelgo y respiro profundamente.

—Ho...

—¿Cuándo demonios tenías pensado contármelo? —me grita. Está muy cabreada—. ¿Creías que no me iba a enterar?

Mierda. ¿ya se ha enterado? Qué fuerte, debe de tener superpoderes.

—Ay... no te enfades conmigo... te lo puedo explicar.

—¡Y un cuerno! Primero te largas de la empresa, y ahora esto... ¿en qué estabas pensando?

—Pues... no sé... ¿tan enfadada estás?

—Mierda... Tana... ¿por qué no me lo has dicho?

Estoy al borde de las lágrimas y no sé qué decir. La he fastidiado, jolines. Primero pierdo a mi

novio y luego a mi mejor amiga. Y para colmo tengo que aprender chino. ¿Por qué la vida es tan injusta?

—Te habría ofrecido mi casa, pero resulta que tú nunca cuentas conmigo.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—A veces creo que eres idiota —me dice con voz crispada—. Te estoy diciendo que puedes mudarte a vivir conmigo. A no ser que prefieras compartir piso con cualquier extraño.

Oh, ¡así que era eso! Suspiro aliviada y tengo ganas de llorar de alegría. Malena se ha enterado de que estoy buscando compañero de piso.

—Oye... necesito salir a tomar algo. Te recojo a las diez. No acepto un no por respuesta, zorra traidora —dice, antes de colgarme.

Vaya... y eso que todavía no sabe la verdad. Me siento en el sofá y miro a Gucci en busca de una respuesta.

—¿Qué hago?

—¡Guau!

—¿Podrías ser un poco más explícito?

Se pone boca arriba para que le rasque la barriga.

—Cuéntale la verdad antes de que sea demasiado tarde y se entere por otra persona —me dice Javi desde la cocina.

Sí, eso es justo lo que voy a hacer. Se va a enfadar muchísimo, pero seguro que se le pasará con el tiempo. Ahora tengo que encontrar el valor para decírselo a la cara.

## ¿Qué hacen esos dos juntos?

Malena ya está empujando el codo cuando llego al pub. Parece de malhumor, aunque eso no es algo alarmante viniendo de ella. Siempre encuentra algún motivo para atormentarse a sí misma: el trabajo, la dieta, el trabajo, el dinero, el trabajo... sobra decir que Máxima está pasando por una mala racha y que tanto ella como Max están un poco estresados.

—¡Hola! —la saludo con un largo abrazo que ella corta con un aspaviento.

—Sabes que no me gustan los abrazos.

—Vale, Cactus —le digo, porque ese es el mote que le he puesto.

El de Maléfica no se lo cuento porque se cabrearía muchísimo.

—¿A qué viene esa mala cara? —le pregunto.

—Lo de siempre. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—Lo de siempre es el trabajo.

—Uf... —dice, como si eso lo explicara todo—. Pero paso de perder mi tiempo hablando de ello justo ahora. ¿Te mudas conmigo?

La miro desconcertada. Ahora sí que no entiendo nada. Malena pierde la paciencia y me fulmina con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Tan malo sería?

—No es eso —me da por reírme—. Adoras tu independencia, eres solitaria, tienes malas pulgas... ¿por qué quieres que me vaya a vivir contigo?

—Me han subido el alquiler —admite de mala gana—. Sinceramente, me vendría de perlas compartir gastos. Tengo una habitación de sobra, somos amigas... y el simple hecho de meter a un extraño dentro de mi casa me produce escalofríos.

—¡Qué bonito! Serás aprovechada... —me parto de risa—. Te advierto que soy desordenada, no me gusta limpiar, y Gucci suelta mucho pelo. ¿Podrás sobrevivir a ello?

—¿Tengo otro remedio? —lamenta, como si hubiera sido yo quien se lo hubiera propuesto—. ¿Eso es un sí?

—¡Pues claro! —me levanto para darle un abrazo a pesar de que sé que lo detesta—. Vamos a ser compis de piso. ¡Qué guay!

La mueca de Malena es el fiel reflejo del entusiasmo, nótese la ironía. Pero no me importa en absoluto. Por fin tengo resuelto lo del alquiler, y me agrada la idea de vivir con una amiga. Aunque sea una cascarrabias como ella.

—¿Has encontrado ya un trabajo?

La pregunta me borra la sonrisa de un plumazo. Malena me mira con interés y se me traba la lengua. Debería contarle la verdad. Pero hoy está en uno de sus días y sé que va a montarme un pollo. Me sudan las manos y abro la boca para pronunciar un tímido:

—Sí.

—¡Una buena noticia! —exclama satisfecha—. Reconozco que me enfadé mucho cuando te fuiste de Máxima, pero si es lo que tú quieres...

Enfadarse mucho es quedarse corta. No me dirigió la palabra hasta hoy.

—Me habría gustado que siguieras trabajando con nosotros. No entiendo por qué has tenido que irte. Bueno, sí que lo entiendo. No podías trabajar con Max, pero aun así... —sus palabras caen sobre mí como una jarra de agua fría. Ay... ¿y ahora cómo se lo digo? Ella me mira expectante y hace la pregunta—. ¿Dónde has encontrado trabajo?

—Eh... en una oficina.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿De qué?

—De... —busco una respuesta precipitada. Conoce todas las agencias de publicidad de la ciudad. En Anthony&James, quiero decirle, y que sea lo que Dios quiera. Pero contesto: —, en una oficina de venta de fotocopadoras.

Malena me mira confundida. Durante unos largos segundos no dice nada, pero luego chasquea la lengua con desaprobación y sacude la cabeza.

—De verdad que no lo entiendo. Te gusta el marketing, tienes buenas ideas... ¿por qué te vas a trabajar a una empresa que no tiene nada que ver con lo que has estudiado?

—Porque... es lo que me ha salido.

—Puedes volver a Máxima cuando quieras, lo digo en serio. Da igual lo que opine Max, yo estoy de tu parte.

Me tenso al escuchar su nombre.

—¿Y qué es lo que opina?

—He hablado de más... —dice de mala gana, y pide dos copas—. Da igual. Si quieres volver, el puesto es tuyo. No deberías trabajar en algo que no te gusta solo porque quieres alejarte de él.

Me bebo la mitad de la copa de un trago y la miro muy seria.

—Lo digo en serio, ¿qué dice?

—Tana... mejor que no lo sepas. Habéis acabado mal, es normal que digáis cosas de las que luego os arrepintáis. Sois un par de orgullosos de mucho cuidado, ¿por qué no os dejáis de tonterías y lo arregláis de una vez?

—¿Qué... ha... dicho...? —insisto, apretando los dientes.

Malena suspira, porque sabe que voy a seguir insistiendo hasta que desembuche.

—Que no piense echarte un cable cuando vuelvas con el rabo entre las piernas.

Suelto un grito horrorizado. ¡Será idiota! ¿Cómo se atreve? Él sería la última persona del planeta a la que acudiría en busca de ayuda. Es... es... qué típico de Maximiliano. Uf, ¡es el colmo!

—Así que cree que voy a regresar suplicando vuestra ayuda... —digo, y siento como me carcome la rabia.

Estoy acostumbrada a que todo el mundo me subestime, pero que lo haga él es un descubrimiento doloroso. Cree que soy una inútil. Cree que regresaré lloriqueando a sus brazos porque soy incapaz de valerme por mí misma.

—Supongo que está enfadado y que no es capaz de admitir que tu marcha le ha dolido. Todos en la empresa te echamos de menos.

—No pongas en su boca palabras que no ha dicho, ni pensamientos que no siente. Por favor, no lo justifiques.

Malena toma un sorbo de su copa y me mira con pesar.

—Siento mucho habértelo dicho. No quería que te sintieras mal —me aprieta el brazo con cariño—. ¿Estás bien? Independientemente de lo que dijo, estoy convencida de que lo hizo movido por el despecho. Si hablarais las cosas como dos personas adultas...

—No tengo nada que hablar con él —zanjo con resentimiento.

Me acabo la copa de un trago y pido otra. Malena no dice nada, pero su expresión es censora. Me da igual. Pienso beber hasta que me olvide del idiota de mi ex. ¿Cómo se puede ser tan cretino? No me valora, eso es evidente. Ya lo descubrí en aquel horrible mensaje, y su

comportamiento desde que lo dejamos no para de confirmármelo una y otra vez. Pero me duele. Porque me siento humillada y dolida. Y, porque en el fondo de mi corazón, lo sigo queriendo como el primer día. Bebo un largo trago que me quema la garganta.

Maldito Maximiliano de las...

—Es increíble —digo, con la voz trabada por el alcohol—. Hasta lo veo en todas partes. Por ejemplo, allí con su secretaria.

Malena gira la cabeza para mirar hacia donde señalo. Entonces, arruga la frente y pone mala cara.

—Pero ¿qué demonios...?

Dejo la copa sobre la barra y contengo un hipido. Un momento, es demasiado real para ser una alucinación. Porque no lo es. Allí está Max, en una mesa apartada y acompañado por su secretaria. Me hierva la sangre. No... puede ser... Pero mis ojos no me engañan, y la expresión de Malena tampoco. Allí están, charlando animadamente. Vestidos con la ropa del trabajo. Incluso tiene la poca vergüenza de llevar esa corbata que le regalé. Para estar con ella. ¡Con ella!

Con esa bruja piruja tan grosera, trepa y que odia a mi perro. Se me llevan los demonios y tengo ganas de ir hasta allí para montarle una escena. Pero Malena, que me conoce de sobra, me agarra del brazo y me obliga a mirarla.

—Escúchame —me pide con voz serena—. No vayas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte mañana. Porque lo único que conseguirás será dejarte a ti misma en evidencia. Y no es lo que quieres, ¿verdad?

Asiento, pero mis ojos están vidriosos a causa del desengaño. Max y su secretaria. Max el traidor. Me duele tanto el corazón que hago un puchero y temo echarme a llorar en ese momento. Malena me mira consternada, deja un billete encima de la barra y me saca de allí a rastras.

—Vámonos.

—Traidor de mierda —siseo, con todo el veneno que llevo dentro—. Y con esa...

—Debe de haber alguna explicación —intenta tranquilizarme.

—¿Cuándo se ha ido con alguien del trabajo a tomarse unas copas? —me vuelvo hacia Malena hecha una furia—. ¡Es un mentiroso! Se están acostando. ¿Y sabes qué? ¡No me importa! Que haga lo que le dé la gana. Es un tío despreciable. No es la primera vez que me miente, ¡ya no lo conozco! ¡Lo odio!

—Shhhhh ... —me pide, y ahora es ella quien me abraza—. No digas eso. No lo sientes, estás enfadada.

—Estoy peor que eso —digo, temblando de impotencia—. Estoy...

—¿Aitana?

Las dos nos sobresaltamos a la vez. Max y Cristina nos miran sorprendidos. En realidad, es él quien nos mira sorprendido. Ella parece encantada de la vida. Max centra su mirada en mí y entonces su expresión cambia. Se da cuenta de mi rabia y comprende la situación. Y, como es un idiota, intenta arreglarlo.

—Nos íbamos cuando os he visto. Estábamos trabajando —está tratando de disculparse y solo consigue empeorarlo todo. Me mira. Lo miro.

—No voy a volver con el rabo entre las piernas —le suelto furiosa, y él se sorprende—. Ya tengo trabajo.

—No sé de qué hablas.

—Sí que lo sabes.

Max mira de reojo a Malena y ella se encoge de hombros. Entonces lo comprende y parece

avergonzado. Me dan ganas de abofetearlo. Se vuelve hacia Cristina y me pongo enferma.

—Nos vemos mañana —le dice, y ella se queda visiblemente decepcionada. Probablemente esperaba que él la invitara a su casa para follar en nuestra cama.

—Adiós —Cristina se despide de Malena y luego posa esa mirada de mosquita muerta en mí—. Adiós, Tana. Me alegro de volver a verte.

Ni siquiera la miro. Mis ojos están fijos en Max. Estoy tan dolida que me cuesta mirarlo a la cara.

—¿Podemos hablar? —pregunta con suavidad.

Sacudo la cabeza. Estoy al borde de las lágrimas. Un pestañeo... una sola palabra... y lloraré hasta quedarme seca. Y él, definitivamente, no se merece ni una de mis lágrimas.

—La llevo a casa —le dice a Malena, como si pudiera decidir por mí.

Malena duda. La actitud de Max me enfurece y consigo encontrar mi voz.

—No me dejes sola con este cabronazo —le digo a ella.

Max me mira impresionado y Malena se tapa la boca. Acabo de llamarlo cabronazo y me he quedado muy a gusto.

—Aitana, no sé qué película te habrás montado. Déjame que te lleve a casa y lo hablamos —me dice él, y está molesto porque acabo de insultarlo.

—¡Quita! —me aparto cuando me toca—. No tenemos nada de que hablar.

—Aitana... —insiste, y esta vez parece desesperado. Baja la voz y me mira a los ojos—. Por favor.

—Siento haber arruinado tus planes —le digo con rabia—, pero por mí no te cortes. Sal a rematar la faena.

Se pasa las manos por el pelo y sacude la cabeza con una mezcla de consternación e impotencia.

—No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso? —pregunto con ironía.

Él se queda callado, así que me río con rabia.

—Al menos no vas a tener que rechazarme cuando vuelva lloriqueando para pedirte ayuda —le suelto con rencor.

—Tú podrías haberte callado —le dice Max a Malena.

—A mí no me metas —responde ella.

—Eres lo peor —le digo a Max, y me doy la vuelta para salir de allí.

No me doy cuenta de que me ha seguido hasta que estoy en la calle y me choco con su pecho cuando se interpone en mi camino. Tiene que sujetarme para que no me caiga al suelo y me revuelvo como una fiera. Max me suelta tras murmurar una maldición.

—Mierda... no me mires así, Aitana —me pide, completamente deshecho.

—¡Y cómo quieres que te mires! —exclamo dolida—. ¿Quién eres? Es como si no te conociera...

—No digas eso —musita angustiado—. No debería haberle dicho eso a Malena, pero estaba enfadado. Tú también dices cosas de las que luego te arrepientes cuando estás enfadada.

—Ahí va una de la que no voy a arrepentirme: ¡vete a la mierda!

—Joder, Aitana —le pega una patada a una papelería y su arrebato me deja a cuadros. Nunca lo he visto así—. ¿Por qué es tan complicado? ¿Por qué lo haces tan difícil?

Me quedo sin habla. Él me observa aterrorizado por su propia reacción. Apoya la cabeza en sus manos, murmura algo que no llego a entender y luego me mira. Me mira completamente

deshecho, como si estuviera intentando competir con su dolor. Alguien me aparta de él. Malena le lanza una mirada iracunda y me aferra la mano con fuerza.

—Max, será mejor que te vayas a casa —le dice con dureza.

Miro de reojo a Max cuando Malena me obliga a andar. Pasa un brazo sobre mis hombros mientras intenta parar un taxi.

— Vamos, cielo, te llevo a casa.

## ¿Tlato hecho?

Estoy dispuesta a afrontar mi primer día en Anthony & James con optimismo y entusiasmo, pero no cuento con la resaca con la que me despierto por la mañana. La cabeza me va a explotar, tengo los ojos hinchados de tanto llorar y el estómago se me revuelve en cuanto huelo el café recién hecho que ha preparado Javi. Reprimo una arcada y voy directa al cuarto de baño.

—¡Buenos días! —se cachondea Javi, al ver mi penoso estado—. ¿Anoche bien?

Anoche fatal. Me siento estúpida y miserable. Lloré durante más de una hora sobre el hombro de Malena hasta que conseguí meterme en el piso. En esa hora me dio tiempo a despotricar sobre Max y llorar como una niña pequeña, a partes iguales. Lloraba, lo ponía a parir, lloraba más fuerte y gritaba que lo odiaba. Así, para compensar lo mucho que lo odio y lo echo de menos. Soy una mujer compleja, qué quieres que te diga.

Me meto dentro de la ducha y me froto con el guante de crin como si así pudiera borrar de mi cuerpo todo el dolor. La visión de Max y su secretaría se queda estancada en mi cerebro, sin que pueda hacer nada para olvidarla. Y lo que dijo de mí... esa manera tan cruel de humillarme. Entiendo que pueda estar despechado, pero no lo reconozco. ¿O siempre fue así? Porque el mensaje de texto que descubrí en su teléfono me dejó claro que no me respetaba.

Salgo de la ducha envuelta en el albornoz y observo mi reflejo con horror. Jolines, no puedo ir con esta cara a trabajar. Maquillo mis bolsas y ojeras, me embadurno en la bb cream, me echo rímel y me pinto los labios de un color rojo cereza que me alegra la cara.

—Mejor —intento convencerme, antes de salir por la puerta.

—Te he preparado un sándwich para el camino —dice Javi, en plan padre.

—Uf... —digo, tapándome la boca—. Gracias, pero soy incapaz de comer algo.

Javi me observa con expresión censoria, pero no dice nada. Andrea me observa pensativa desde el sofá, y antes de que me marche, se levanta y me acompaña hasta la puerta.

—Te escuché llorar esta noche. ¿Va todo bien?

Genial, ahora todos saben que estoy hecha polvo. Tengo que fingir que no es así porque detesto la idea de que empiecen a machacarme con sus consejos. Ya sé que mi vida es un completo lío y lo último que necesito es que me lo digan.

—Si. Ya sabes lo dramática que soy. Estoy un poquito nerviosa porque es mi primer día —le miento.

Si no me cree, no dice nada.

—Lo vas a hacer bien —me guiña un ojo—. Y si nos necesitas para cualquier cosa... ya sabes que Javi y yo haríamos lo que fuera por ti.

¿Darle una paliza a Max sería pedir demasiado?

—Lo sé. Llego tarde, ¡os quiero!

Salgo por la puerta con el ánimo renovado. Llevo a Gucci dentro del bolso porque me da penita dejarlo solo en casa. Además, no creo que me digan nada por llevarlo a trabajar. Es una empresa moderna y mi perro es muy bueno, seguro que nadie se queja. Antes de coger el autobús, me paro en el bazar chino de debajo de casa porque ayer tuve una idea fantástica. Fabulosa. ¡Enorme!

A ver... quizá me estoy pasando, pero el tema de aprender chino me tiene un poquito agobiada. He leído en internet que la forma más rápida de aprender un idioma es viajando, pero como China me pilló un pelín lejos, lo más asequible es el simpático chino que vende desde salva

slips hasta mandarinas justo debajo de casa. Ya conoces el dicho: si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Y si China no va a Tana, Tana va a China. Lo sé, una idea estupenda. Es normal que me contrataran en la empresa... lo mío es talento desaprovechado.

—¡Hola! —saludo a la tienda vacía.

Paseo por el pasillo de los refrescos hasta llegar a una enorme montaña de rollos de papel higiénico.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Gucci saca la cabeza del bolso, y en ese momento, aparece un chino de unos veinte pocos años que señala mi bolso como si fuera el anticristo.

—¡Pelos no!

—Ah, ¿lo dices por el pequeñín? Tranquilo, es muy bueno.

—¡Pelos no! —insiste enfadado.

—Te prometo que no va a salir del bolso —le digo, y meto a Gucci hasta el fondo, que comienza a gruñir. Le ofrezco una sonrisa amable y finjo no escuchar los gruñidos de Gucci—. Verás, te va a resultar un poco raro, pero tengo una propuesta que hacerte. Si me concedieras cinco minutos de tu tiempo...

—¡Si no compla, tú vete!

Uy, qué antipático. De todos modos, no me dejo amedrentar. Soy una mujer persistente y me puedo meter a cualquiera en el bolsillo.

—Vengo a hacerte una oferta, si tuvieras la amabilidad de escucharme unos segundos...

—¡No compla, te vas! Yo muy ocupado.

Miro a nuestro alrededor para constatar que la tienda está vacía.

—¡Pero si no me has escuchado!

—¿No va a complal nada? ¡Vete!

—¡Qué sí! —exclamo exasperada, y meto la mano dentro de una caja para sacar un paquete de bolsitas para recoger los excrementos del perro—. Me llevo esto. ¿Me vas a escuchar ahora?

—Paga y te escucho.

Qué fuerte. ¡Qué pesetero! De mala gana, voy hacia la caja registradora y pago un euro con setenta y cinco céntimos por su atención.

—Como veo que la paciencia no es lo tuyo, iré directa al grano. Quiero aprender chino, y supongo que tú lo hablas. ¿Podrías enseñarme?

El chino se me queda mirando como si no me hubiera entendido. Estoy a punto de explicárselo con más detalle cuando frunce el ceño y me devuelve el cambio.

—¿Qué ganal yo con eso?

Uhm... buena pregunta. Eso no lo había pensado.

—Pues... no sé... ¿mi amistad? —al ver que no se inmuta, añado: — y mi agradecimiento eterno.

—No quielo tu amistad ni tu agladecimiento. ¡Quielo dinelo!

Y yo quiero viajar a Nueva York, pero soy pobre.

—No tengo dinero —le explico angustiada—. Y necesito aprender chino porque de lo contrario van a despedirme. Por favor, solo serían algunas horas a la semana.

El chino se queda pensativo y frunce el ceño.

—No hago nada glatis —refunfuña—. Y tú paleces tolpe. Caso peldido. Pleveo el flacaso antes de empezal.

—¡Uy, qué borde! —me indigno—. Si caminas solo, irás más rápido; si caminas acompañado,

llegarás lejos. Es un proverbio chino.

—Lo conozco —dice de mala gana—. No hay tlato. Quienes jugan sucio.

—Exígete mucho a ti mismo y espera poco de los demás. Así te ahorrarás disgustos. Es de Confucio —le digo, apelando a su sentimentalismo—. ¿Qué pensaría el honorable Confucio de un compatriota como tú?

El chino vuelve a quedarse pensativo, me mira muy serio y, cuando creo que va a echarme de allí, responde con desgana.

—Tú trabajas gratis los fines de semana en la tienda, y yo enseño chino.

Ahora soy yo la que se lo piensa. Apenas voy a tener tiempo libre, pero tampoco tengo otra opción. Mi presupuesto es demasiado ajustado para contratar a un profesor particular, y con las clases de Skype me quedo cortar. En fin, quien algo quiere, algo le cuesta.

—¡Trato hecho! —digo, ofreciéndole una mano.

No la estrecha y hace un aspaviento para que me largue.

—¡El sábado a las ocho! ¡Ala, ala, vete!

—¿A las ocho? Pero es un poco temprana...

Me da un empujón y me saca de la tienda. Respiro profundamente. Está hecho, no me queda otra opción. Al menos espero que surta efecto, porque de lo contrario me meteré en un buen lío.

## ¡Mi primer día!

Estoy a punto de llegar a la oficina cuando recibo un WhatsApp. Respiro con dificultad al descubrir que es Max. Lo desbloqué el otro día para cotillear su foto de perfil. Lo sé, no tengo remedio.

*Max: Siento mucho mi arrebató de la otra noche. Cuando lo recuerdo, ni siquiera me reconozco. Espero no haberte asustado. Y perdóname por lo que le dije a Malena. Estaba furioso y no medí mis palabras. Por supuesto que tendrías un hueco en la empresa si decidieras volver.*

El corazón me late muy deprisa a pesar de que sé que no tengo que darle importancia. Solo se está disculpando. Ay... pero es tan mono. Me puede la emoción y le escribo una respuesta, porque lo conozco de sobra para saber que se siente fatal por lo de anoche.

*Yo: No me asustaste. Sé que no eres así, no pasa nada.*

Un segundo. Me paro delante de la puerta de la oficina cuando caigo en la cuenta de algo. Ha escrito: *por supuesto que tendrías un hueco en la empresa si decidieras volver*. O sea, que sigue pensando que soy una inútil. Que voy a regresar con el rabo entre las piernas porque no sirvo para nada. Grrr...

*Yo: ¿Ves cómo eres un cretino? Sigues pensando que volveré a la empresa buscando tu ayuda. Maximiliano, eres lo peor.*

*Max: No pretendía decir eso. Por todos los dioses, ¿por qué tergiversas todo lo que te digo?*

Ah, conque ahora, además de inútil, estoy loca.

*Yo: ¡¡¡porque deberías limitarte a pedirme perdón!!! Y para que lo sepas, mi nuevo trabajo me encanta. No necesito tu ayuda, ni la de mi padre, ni la de nadie. Resulta que algunas personas piensan que sí soy valiosa.*

*Max: ¿Crees que pienso que no eres valiosa?*

*Yo: ¿Me lo preguntas en serio? Le dijiste a Malena que volvería con el rabo entre las piernas, y ahora te disculpas, pero me dices que tengo un hueco en tu empresa si decido volver. ¿Y se supone que debo darte las gracias por tu maldita condescendencia? ¿Sabes qué? No quiero hablar más contigo. Es mi primer día y vas a arruinármelo.*

**Max llamando...**

Me pongo muy nerviosa cuando me llama y el teléfono se me cae de las manos. Jolines, ¿por qué me llama? No tengo fuerzas para escuchar su voz. Lo echo demasiado de menos, y esa voz ronca, grave y con un tono autoritario me pone cardíaca.

Alguien se agacha a mi lado y me tiende el teléfono. Estoy demasiado descolocada para reaccionar. Es Jaime.

—¿No lo coges?

—¿Qué? ¡Sí! —respondo como una tonta. Luego me doy cuenta de que se refiere a la llamada, así que me encojo de hombros—. No, me quedan cinco minutos y quiero llegar con tiempo al trabajo.

—Después de ti —me dice con un gesto educado para que pase primero.

Me quedo sin aliento al entrar en el vestíbulo. Es enorme, con un techo altísimo y un mostrador de recepción en el que trabajan tres personas. Me impresiona tanto como la primera vez.

—No dejes que te intimide, solo es fachada —me aconseja Jaime.

Sonrío con timidez. Es imposible no sentirse un tanto intimidada en un lugar como este. Seguro que tardan menos de un día en descubrir que no hablo chino. Entramos en el ascensor y Jaime pulsa el botón que nos lleva hasta la última planta.

—Me gusta tu estilo —me dice, y me deja sorprendida.

Hay pocos hombres que se fijan en ello. Hoy he elegido un pantalón y una blazer con el mismo estampado de flores blancas, y debajo llevo una blusa en tono rosa empolvado de encaje lencero a juego con unos tacones del mismo color.

—¡Gracias! —respondo halagada.

—Recuerdo que en el campamento llegabas siempre la última porque tardabas horas en arreglarte.

—Ya he batido mi propia marca, ahora no son horas... —le miento, porque me niego a admitir que hoy he estado más de una hora y media encerrada en el cuarto de baño.

—Y también recuerdo que te encantaban los animales. ¿Te acuerdas de aquella vez que recogiste a una ardilla que se había partido una pata e intentaste ocultarla en tu bungalow? Qué bronca que te echaron cuando lo descubrieron...

Los dos nos reímos al recordarlo. Al final, una protectora se llevó a la ardilla y yo terminé llorando como una magdalena porque le había puesto nombre.

—Chip.

—¿Qué?

—La llamaste Chip.

No me puedo creer que se acuerde de un detalle como ese. Incluso yo lo había olvidado.

—Ah... sí. Bonito nombre para una ardilla, ¿no crees? —bromeo—. Ahora tengo un perro. Se llama Gucci.

—¿Y es tan simpático como su dueña?

—Bueeeno... —digo, cuando lo escucho gruñir dentro del bolso—. Si quieres te lo presento.

—Sería genial. Es una pena que aquí no admitan animales.

Meto la cabeza de Gucci dentro del bolso cuando está a punto de asomarse. ¡Mierda! Él se da cuenta de que se me cambia la expresión y me mira con curiosidad.

—¿Sucede algo?

—Nada... que tienes razón, ¡es una pena!

Tengo que forcejear con Gucci para que se esté quieto. Me da un mordisco cuando lo empujo

dentro del bolso y se me escapa un grito de dolor.

—¿Estás bien?

—¡Sí! —exclamo, con la mano metida dentro del bolso—. Es... un calambre.

—Déjame que te ayude... —se ofrece, e intenta quitarme el bolso.

—¡Nooooooo! —lo agarro como si me fuera la vida en ello, y él se sobresalta—. O sea, que no me gusta que toquen mis cosas. Perdón. Estoy muy nerviosa, no sé lo que digo. Es mi primer día...

—Vale, tranquila —parece extrañado, pero lo deja estar—. Por si acaso, no le grites a Jafar. Él es el único que puede gritar en esta oficina.

—¿Jafar?

—Nuestro jefe. Lo llamamos así porque es adorable.

—Ah... entiendo. Pero a Jafar le gustaba su loro, ¿a él no le gustan los animales?

—No le gustan las personas, a los animales los odia.

Me ponga más blanca que la pared. Creo que hasta el pobre Gucci ha debido de oírlo, porque se queda completamente inmóvil. No soy una persona normal, lo sé. Una persona normal no traería a su perro al trabajo, pero pensé que me daría ánimos en mi primer día. Además, es más bueno que el pan. Se queda dormidito en su bolso y ni lo escuchas...

En cuanto las puertas del ascensor se abren, sigo a Jaime por un pasillo larguísimo que termina en una puerta blanca. Las paredes son de cristal, pero los estores están bajados.

—Jafar quiere conocerte —me dice, como si no acabara de explicarme hace un momento que estoy a punto de conocer al mismísimo demonio—. Tengo que advertirte que casi siempre tiene un mal día, así que no te lo tomes como algo personal si se pone a gritarte en tu primer día. Tranquila, lo harás bien.

Asiento con un nudo en la garganta. Jolines, tengo ganas de salir corriendo. Literalmente.

—Por cierto —me dice, poniéndome una mano en el hombro—. Ni se te ocurra llamarlo Jafar. Aquí todos lo llamamos Señor Losantos.

Me quedo temblando como un animalito asustado delante de la puerta del tal Jafar, o como se llame. Un tipo al que todos temen y que por lo visto odia a todos los seres vivos del planeta. Ji, ji, ji, tiene gracia, porque llevo un perro dentro del bolso, y soy una mentirosa, y...

La puerta se abre de golpe y doy un respingo. Una chica monísima tropieza conmigo y sale a paso ligero con los ojos vidriosos. Parece que acaban de echarle la bronca del siglo. La sigo con la mirada y me compadezco de ella. Pobrecita.

—¿Y tú quién eres?

Un segundo, eso es a mí. No me da tiempo a contestar cuando me grita:

—¿Estás sorda? ¿Qué quien puñetas eres?

Me señalo con temor mientras busco al propietario de esa desagradable voz. Al fondo del despacho me encuentro a un hombre que debe rondar los sesenta y tantos. Su cabeza es una bola de billar y me mira con desagrado.

—H- hola, soy Aitana Guzmán, la nueva. Pero todos me llaman Tana. Encantada de conocerle, Señor Losantos.

—P-pero todos me llaman Tana —imita mi voz con un tono burlón que me hace sentir como una idiota—. ¡Y a mí qué puñetas me importa cómo te llamen! De ahora en adelante te llamaré Tarta de fresa.

—¿Por qué, Señor? —pregunto abochornada.

—Porque vienes vestida de rosa, un color ridículo y poco serio.

—En realidad, el color rosa no existe. Es un esfuerzo de nuestro cerebro para mezclar las ondas rojas y violetas —le explico, sin dejarme intimidar.

Jafar se quita las gafas y clava sus ojos desprovistos de emoción en mí. En realidad, no están desprovistos de emoción, porque hay tanta mala leche en ellos que temo que pueda fulminarme con su mirada.

—Tarta de fresa, te voy a explicar dos asuntos de vital importancia si quieres seguir trabajando aquí: el primero, no me gusta que me contradigan. El segundo, me gustan las personas que hablan poco.

Uy, pues no vamos a llevarnos bien.

—De acuerdo, Señor... —me callo de golpe al ver que soy un caso perdido.

Jafar contrae su expresión en una mueca mezcla de exasperación e ira.

—Y le diré otra cosa. No me gusta que el Señor Corbacho se haya tomado tanta libertad para contratar a una persona que, a todas luces, no encaja en nuestra empresa.

—Ni siquiera me conoce, Señor Losantos. Estoy segura de que con esfuerzo y entusiasmo lograré caerle bien —le digo en plan optimista.

—¡No me interrumpa! —brama encolerizado.

Asiento con la boca abierta para después cerrarla de golpe. Jolines, este señor no es Jafar, sino Lucifer. Qué mala baba.

—No tiene la formación necesaria, tiene un pésimo gusto por ese color tan patético, habla demasiado y carece de experiencia —hago el intento de rebatirlo, pero él hace un aspaviento con la mano—. ¡Sí! Ya sé que trabajó para esa empresita... cómo se llama... ¿maxi...? Ah, ¡Máxima! Pero no pienso tenerlo en cuenta porque esa empresita tiene los días contados...

—Disculpe que le lleve la contraria, pero no es verdad. Máxima es una empresa muy seria, y si no me equivoco, no será tan mala cuando les robó un par de contratos.

Vale, acabo de meter la pata hasta el fondo. Lo sé en cuanto la cabeza de Jafar se enciende como un globo rojo a punto de explotar. Pero no he podido evitarlo. No me podía quedar callada mientras él insultaba a Máxima.

—Así que tiene agallas... —dice furioso—. ¿Quiere volver a esa empresa? Porque solo necesito una palabra para ponerla de patitas en la calle.

Su advertencia me pone los pelos de punta. Jolines, solo llevo un día. Peor aún, unos minutos aquí.

—Pues... sinceramente, no. Pero mis principios me impiden hacer oídos sordos cuando usted insulta la profesionalidad de una empresa llena de personas a las que le tengo cariño —digo emocionada.

Jafar, al que a partir de ahora pienso llamar Lucifer, finge limpiarse las lágrimas.

—Conmoveramente patético —suelta un bufido—. Quiero un café con dos terrones de azúcar, el periódico del día y que lleve esa bolsa de ahí a la tintorería.

—P-pero... yo creía que iba a trabajar como creativa, no como su secretaria. Cuando me entrevistaron, pensé que...

—Usted pensó, ella creyó... blablablá. Le iría mejor en la vida si cerrara esa boca y se guardara sus principios para sí misma. Eso le pasa por pasarse de lista, Tarta de fresa. Puede cumplir mis órdenes, o puede largarse a hacer puñetas. ¡Usted decide!

Tengo ganas de tomarle la palabra y largarme de aquí, pero no puedo hacerlo. Volvería a quedarme sin trabajo y, muy a mi pesar, tendría que volver a Máxima para suplicarle a Max otra oportunidad. ¡Ni hablar!

—¡Marchando ese café! —digo resuelta, y me trago mi orgullo.

Jolines con Lucifer. Menos mal que Gucci sigue dentro del bolso, porque de lo contrario podría haberlo lanzado por la ventana.

## ¡Mi primer día! II Parte

Después de un día de locos en el que Lucifer me tiene de recadera de un sitio para otro, comprendo lo que me dijo Jaime de que aquí el único que puede levantar la voz es él. Me grita absolutamente por todo, y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no responderle.

*¡El café está hirviendo! ¡Maldita inútil!*

*Ahora está helado, ¡idiota!*

*¿Qué la tintorería no puede tener mi traje preparado en menos de dos horas? ¿Por qué me tocan todos los inútiles del universo?*

Y así sucesivamente... porque Lucifer tiene tan malhumor que todos le huyen. Lo descubro en cuanto consigo escaquearme un par de minutos para cotillear con Alicia y Fran, de recepción. Me cuentan que aquí nadie lo soporta, pero que todos le siguen la corriente porque es el director general de Anthony & James España. Es decir, la máxima autoridad. Por lo visto su fama se la ha ganado a pulso, porque le encanta despedir a la gente por tonterías. Por ejemplo, por llevarle la contraria.

—Tarta de fresa, ¿dónde demonios te has metido? —me grita su voz.

Estoy tan asustada que me doy la vuelta para descubrir que no me ha pillado escaqueándome de mis obligaciones. Es el maldito walkie talkie que me ha dado. Así puede tenerme localizada en una radio de diez kilómetros.

—Señor Losantos, ¿qué se le ofrece? —respondo a su llamada.

—¡Lo que te pedí hace veinte minutos!

En realidad, me lo encargó hace menos de cinco, pero no se lo discuto. Me despido del personal de recepción y subo en el ascensor con el bolso apretado contra el costado. Pobre Gucci. Llevo todo el día corriendo de un lado para otro.

Abro la puerta del despacho del Señor Losantos y él suelta una maldición.

—¿No sabe llamar a la puerta? ¿Tan inútil es?

Aprieto los dientes. Ojalá alguien me hubiera advertido que si dejaba mi puesto en Máxima me vería obligada a trabajar para este señor tan antipático. Estoy harta de que me degrade y llevo aquí menos de cuatro horas. ¿Para esto renuncie a mi anterior trabajo? Al menos trabajaba en algo que me gustaba, pero ahora...

—Acaba de gritarme por el walkie y creí que le corría mucha prisa —le digo, harta de disculparme.

—¿Y mi tabaco? —exige con el brazo estirado.

Uf, no puedo creer que mi actual empleo consista en traerle café y tabaco a esta momia gruñona. Deposito el paquete de tabaco encima de su escritorio.

—Fumar es malo para la salud. Hay numerosos estudios que dicen que...

—Si quisiera su opinión, se la pediría —me corta airado. Luego pone mala cara—. ¿Qué diantres es esto? Fumo Marlboro, no Camel.

—Lo sé, pero en la máquina expendedora se había agotado, y el estanco más cercano está a más de veinte kilómetros. Es el tabaco que le gusta a mi padre y pensé que...

—¡Maldita sea! ¿Por qué me tocan todos los inútiles a mí?

—¿Podría dejar de llamarme inútil? —le pido furiosa.

Si me ha escuchado, no dice nada. En lugar de ello, coge el paquete de tabaco y lo lanza a la papelera. Tengo que agachar la cabeza para que no me dé. Aprieto los dientes porque es el colmo.

—En mi abrigo hay un cigarro —me dice, y me mira exasperado al ver que no me muevo—. ¿Está sorda? ¡Tráigamelo!

—No estoy sorda, sino harta de que me grite —digo con voz firme, intentando no perder los nervios—. No soy su criada, sino una empleada que merece que la traten con respeto. Si quiere su asqueroso tabaco, levántese usted.

La vena del cuello de Lucifer se hincha hasta que temo que vaya a explotarle. Me mira con la expresión llameante, y cuando creo que va a lanzarme el pisapapeles a la cabeza, su silla retrocede y gira. Me tapo la boca con las manos e intento no fingir que estoy horrorizada. Acabo de decirle que se levante... pero Lucifer va en silla de ruedas. Dios mío, ¿por qué nadie me ha dicho que iba en silla de ruedas? Mi rostro palidece cuando pasa por mi lado sin decir nada y va directo hacia su abrigo. Está colgado en un perchero de pie, y maldice entre dientes cuando intenta descolgarlo. Jolines, me siento la peor persona del mundo.

—Déjeme que...

—¡Quite! —aparta mi mano con un aspaviento. Rebusca dentro del bolsillo de su abrigo y tira el perchero al suelo. Suelta una maldición.

Sin decir nada, me agacho para colocar el perchero de pie y meto la mano dentro del bolsillo para coger un paquete de tabaco vacío. Lucifer me lo arrebató con ademán furioso y arrastra su silla hasta el ventanal. Tengo que apartarme para que no me atropelle.

—Lo siento... —me disculpo avergonzada. Me siento tan culpable que tengo la necesidad de decir algo más—. No sabía que...

—¿Soy paralítico? —me interrumpe con sorna.

No sé qué decir. Espero a que él diga algo, porque el ambiente es demasiado incómodo. Prefiero que me grite a este silencio que me hace sentir como una mierda.

—No me tenga pena por ser paralítico —dice, como si pudiera adivinar mis pensamientos.

—Señor, yo no...

—¿Me estaba compadeciendo? —acaba la frase por mí—. Tarta de Fresa, ¿no crees que se puede ser un cabrón invalido? O tal vez seas de esas ingenuas que creen que una cosa excluye a la otra.

—Señor, no sé qué responder a eso —le digo, porque es la pura verdad.

—En ese caso no diga nada —enciende el cigarro y da una profunda calada—. Así que está harta de que le grite... ¿sabe cuánto llevaba trabajando para mí la pazguata que se ha marchado corriendo de mi despacho?

—Es imposible que lo sepa.

—Un año y medio —me explica, como si eso tuviera que significar algo para mí—. Y he tardado en despedirla menos de un minuto. Si está cansada de que le grite, será mejor que se marche en este momento.

—No voy a irme a ningún sitio —le digo muy tranquila—. Necesito este trabajo. Y usted todavía no lo sabe, pero también me necesitará.

Lucifer se vuelve hacia mí y me mira sorprendido.

—Tarta de fresa... —dice, sacudiendo la cabeza—. Eres tonta de remate.

\*\*\*

He preparado la sala de reuniones tal y como me han pedido. Bueno, me he tomado algunas licencias porque yo soy así. Apunto algunas frases motivadoras en una nota que coloco dentro de las carpetas individuales, y monto un pequeño catering en una mesita auxiliar. Si estuviera en mi

salsa, pondría algún video de gatitos, pero sé que eso es pasarse en mi primer día. Solía hacer esa clase de cosas en Máxima y todos se ponían de buen humor.

A la reunión acuden diez personas. El Señor Corbacho, director de recursos humanos y que fue quien me entrevistó. Jaime y el resto del equipo de creativos. Y por último, el Señor Losantos, alias Lucifer, presidiendo la mesa con su habitual expresión de perro rabioso.

Todos abren las carpetas y descubro apenada que nadie se da cuenta de mis notitas motivadoras. Hasta que Corbacho suelta una risilla y Jaime intenta disimular una sonrisa. Estoy a punto de sonreír victoriosa cuando Lucifer carraspea y dice:

—Bien, después de este absurdo momento de Mr. Wonderfull, pasemos a lo importante... — todos se ríen de su comentario malicioso y me siento como una estúpida—. Tenemos por delante la campaña para el perfume de Sabrina. Tenéis un mes de plazo para ofrecer vuestros proyectos, y yo decidiré el que mejor se ajuste a las necesidades de la empresa. Según el cliente, Sabrina es el perfume de una mujer joven, coqueta, divertida y fuerte. Qué narices, todos dicen las mismas chorradas.

Todos se vuelven a reír. Evito poner los ojos en blanco y sirvo el café cuando alguien levanta la mano. Siguen hablando de trabajo y no puedo evitar aguzar el oído. Por lo visto, la campaña del perfume es de vital importancia para Anthony & James España porque el cliente ha decidido que la campaña de lanzamiento se origine en nuestro país.

La reunión termina en media hora y comienzo a recoger los desperdicios. Jaime y el Señor Corbacho, los últimos que quedan junto a Losantos, se miran con incomodidad. Lucifer se da cuenta y les lanza un gesto interrogante.

—Lo que sea que vayáis a decir, soltadlo ya.

—Has despedido a Marina —le dice el director de recursos humanos, con un evidente tono recriminatorio.

—Dime algo que yo no sepa.

—Lo que Alfredo quiere decir es que hay cierto malestar entre el personal... —intercede Jaime.

—Si no contrataras a inútiles, no me vería en la obligación de despedirlos —le dice Lucifer a Alfredo.

El susodicho se sobresalta y le lanza una mirada airada.

—Federico, creo que eso está completamente fuera de lugar... Marina llevaba trabajando aquí más de un año y...

—Sí, es increíble que esa mentecata haya durado tanto.

—Pues ahora vamos a tener que contratar a alguien para el puesto —noto que Alfredo mira disimuladamente en mi dirección.

Tiemblo de emoción. ¿Eso va por mí? ¿Eso va por mí!

—Ni hablar. Tenemos demasiados creativos inútiles a los que les pagamos para que no hagan nada. Que se estrujen el cerebro —sentencia Lucifer.

Voy a abrir la boca, pero Jaime, que se ha dado cuenta de mi intención, me hace un gesto para que me calle. La cierro de inmediato, pero me cuesta demasiado contenerme. Quiero una oportunidad, y si no la pido, no van a concedérmela. Antes de que pueda frenar mi impulso, cojo la mano de Lucifer.

—¡Yo puedo ocupar su puesto! —le digo entusiasmada—. Y no tendría que contratar a nadie. Ya he trabajado antes como creativa. Si fuera tan amable de darme una oportunidad...

Lucifer aparta su mano y no se deja ablandar.

—No.

—¡Por fa, por fa, por fa! —insisto, sin dejarme amilantar por su expresión fría—. Tengo ilusión y daré lo mejor de mí. Le prometo que no lo defraudaré.

—¡He dicho que no! —zanja, de un golpe en la mesa.

Me callo de inmediato. Al ver las expresiones de Alfredo y Jaime, comprendo que acabo de hacer un ridículo espantoso. Asiento con gesto apenado y me aliso una arruga del pantalón. Estoy a punto de disculparme por mi atrevimiento cuando veo que algo peludo se acuesta encima de los pies de Lucifer. Pestañeo un par de veces para cerciorarme de que no estoy soñando. Entonces, miro con disimulo en dirección a mi bolso, encima de la silla en la que estaba sentada al fondo de la sala. Tiene la cremallera abierta y puedo ver el contenido desde esta distancia. Maquillaje, chicles, kleenex, labial hidratante... ¿y el perro? ¿Dónde jolines está el perro?

Trago con dificultad y me cuesta mirar hacia abajo. Porque sí, damas y caballeros, Gucci está ni más ni menos que durmiendo plácidamente sobre los pies de Lucifer. Se me cambia la expresión y está a punto de darme un infarto. Y hago lo único que puedo hacer en ese momento: tirarme al suelo.

—¿Qué demonios hace? —grita sorprendido Lucifer.

—Yo... —tartamudeo, acariciándole los pies y cubriendo a Gucci con mi cuerpo—. Le iba a picar una avispa.

Alfredo da un respingo.

—¿Una avispa? ¡Soy alérgico a las avispas! —exclama asustado, y acto seguido sale corriendo de allí.

Lucifer me observa como si quisiera matarme.

—Haga el favor de levantarse, ¡majadera!

—Yo... esto... sí —murmuro agobiada, sin moverme del sitio. Intento agarrar a Gucci con la mano para meterlo dentro de mi chaqueta, pero él se pone a jugar con los cordones de los zapatos de Lucifer. Sudo copiosamente—. Qué... zapatos tan bonitos. ¿Dónde los ha comprado?

Lucifer me observa como si estuviera chiflada. Entonces, a Jaime se le cambia la expresión cuando en su ángulo de visión se cuele el rabo de Gucci. Me muerdo el labio y lo observo desesperada para que no me delate. Él le da una patada a su maletín y me hace un gesto para que meta al perro dentro. Lo agarro con una mano y lo introduzco dentro del maletín, mientras con la otra le amarro los cordones del zapato.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Por qué me tocan todos los memos? ¡Qué se levante! —me ordena irritado.

—Un segundo —digo, al ver que Jaime forcejea con Gucci para que se quede dentro del bolso—. No querrá tropezarse con los zapatos...

Al ver lo que acabo de decir, se me cae el alma a los pies. Lucifer me regala una mirada airada y me tapo la boca con la mano. Jolines, ¿por qué no puedo dejar de fastidiarla? Cuando Jaime se marcha agarrando el maletín con las dos manos, me pongo de pie con gesto azorado.

—O sea... que los cordones podrían engancharse a las ruedas y eso sería... —me callo ante la expresión furiosa de Lucifer—. Perdón, ¿se le ofrece algo?

—Sí. ¡Desaparece de mi vista!

Hago exactamente lo que me dice y salgo a paso ligero de su despacho. Cierro la puerta y apoyo la espalda contra la madera. Ay... Dios mío... voy a durar menos aquí que un caramelo en la puerta de un colegio.

## ¿Te apetece tomar algo?

Primer día de trabajo superado... pero me pregunto si será el último. Antes de irme, Lucifer me ha echado una bronca monumental. En algún momento de su monólogo fingí que tenía un mando a distancia y lo ponía en mute, pero de todos modos acerté a oír: irresponsable, inútil, mentecata y me saca de mis casillas.

Salgo de la oficina con la cabeza gacha y unas crecientes ganas de echarme a llorar. No podría haber ido peor porque sería imposible. Estoy mental y físicamente agotada. Imaginaba que el cambio de aires iba a ser complicado, pero no esto. Si decidí aceptar el empleo fue porque quería crecer profesionalmente, y ahora me veo relegada al puesto de ayudante de Lucifer. Antes me sentía culpable por trabajar en la competencia de Máxima, pero ahora también me siento idiota.

He cambiado de trabajo. ¿Y todo para qué? ¿Para que me griten y sigan sin tenerme en cuenta? Pues vaya tela...

Un momento. Se me escapa un grito de angustia al recordar que Gucci sigue dentro del maletín de Jaime. Me siento la peor dueña del mundo. Estoy a punto de entrar en la oficina cuando alguien me llama.

—¿Buscas a este mequetrefe?

Observo aliviada a Jaime, que abre el maletín para enseñarme a Gucci. El perro me dedica una mirada resentida y vuelve a esconder la cabeza. Es un perrito de lo más orgulloso. No sé a quién habrá salido.

—Uf... —suspiro aliviada, y luego me muero de vergüenza—. Siento mucho haberte metido en este lío. Si Lucifer nos hubiera descubierto, te habría echado la bronca por encubrirme.

—No pasa nada. Estaba alucinando cuando lo vi, pero luego recordé que me dijiste que tenías un chihuahua y até los cabos —entonces se parte de risa y añade—: ¿cómo lo has llamado?

—¡No se lo digas! —le pido, y se me escapa una sonrisa—. Jafar me parecía demasiado amable...

—Supongo que tienes razón. ¿Qué tal tu primer día?

—Pues... ¿si te digo que horroroso creerás que soy una quejica?

—Estarías siendo justa.

—Seguro que tiene cosas buenas, como todo el mundo, pero es un poquito difícil tratar con él.

—Si le encuentras una cosa buena, te doy cincuenta euros.

—Trato hecho —le digo de mejor humor, y le tiendo la mano para sellar nuestro acuerdo.

Jaime me la estrecha y luego me guiña un ojo. Reconozco al chico simpático y amable, siempre de buen humor, del campamento. Él tenía dieciocho años y yo diecisiete. Me pongo colorada al recordarlo y borro ese recuerdo de mi mente.

—¿Te apetece tomar algo?

Su pregunta me pilla desprevenida. Me lo pienso durante unos segundos, pero llego muy pronto a la conclusión de que no sería buena idea. Sobre todo, teniendo en cuenta que ahora somos compañeros de trabajo y que en el pasado tuvimos algo.

—Creo que no sería buena idea.

—A mí todo lo que sea pasar tiempo con una chica encantadora me parece buena idea.

Intento no sonreír. Sé que me conoce lo suficiente para engatusarme con frases como esa.

—La verdad es que hoy solo tengo ganas de llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama —le explico, porque es la realidad—. Y no sé si sería buena idea que nosotros...

Él pone las manos en alto, como si se rindiera.

—Lo entiendo. Sé a qué te refieres —dice, restándole importancia—. Pero lo decía en plan amigos.

Me muerdo el labio. Jolines, solo pretende ser amable. Y yo me estoy comportando como una diva, como si creyera que todos los tíos que se me acercan quisieran algo conmigo.

—En ese caso, te tomo la palabra y nos tomamos algo otro día.

—Hecho. Que tengas un buen día, Tana. O por lo menos, que vaya mejorando.

—Adiós, Jaime. Me alegro mucho de volver a verte.

Me dirijo hacia la parada del autobús y cojo el móvil para cotillear Instagram. Luego me acuerdo de la llamada de Max y compruebo que me envió un mensaje que no llegué a leer.

*Max: suerte en tu primer día. Solo para que lo sepas: no solo creo que seas valiosa, sino que además pienso que eres única, especial y con mucho talento. Solo quería que lo supieras. Te deseo lo mejor, Aitana.*

El corazón se me encoge de la emoción. Intento resistirme a sus palabras diciéndome que solo me dice lo que quiero oír porque se lo he puesto es bandeja. Las palabras están vacías cuando los actos hablan por sí solos.

Pero es Max. Y lo quiero. Y lo echo de menos. Y, jolines, necesito oír su voz de vez en cuando para saber que está bien. Perderme en su olor. Escuchar que él me necesita tanto como yo lo necesito. Así que me dejo llevar por uno de mis impulsos y lo llamo por teléfono. Para mi regocijo, me contesta al tercer tono.

—Hola.

—Hola —respondo nerviosa—. Acabo de leer tu mensaje. ¿Qué tal estás?

Escucho un murmullo de voces y aguzo el oído. ¿Es una voz femenina?

—Ocupado —me dice, y lo noto frío—. ¿Qué tal tu primer día?

—Complicado.

De repente, me entran ganas de echarme a llorar para permitir que él me consuele. Me encantaría que Max me estrechase entre sus brazos, me besara en la frente y me prometiera que todo va a salir bien. Con eso bastaría para sentirme mejor.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado, y escucho su respiración pesada al otro lado de la línea—. ¿Qué te pasa?

—Nada... solo quería oír tu voz.

—Te conozco demasiado bien para saber que te pasa algo —pausa. Escucho una voz de fondo—. Me pillas en mal momento.

—Vale, no pasa nada.

—Quizá podríamos... —se calla y espero con impaciencia lo que sea que vaya a decir—. Aitana, ¿qué te pasa?

Vuelvo a escuchar la voz, y entonces la reconozco. Es la voz de su secretaria. La de Cristina. Siento que se me llevan los demonios.

—Da igual, acabas de decir que estás ocupado. Dale saludos de mi parte a Cristina.

—Aitana, ni se te ocurra colgar.

Eso es exactamente lo que hago. Diez segundos después, me doy cuenta de que Gucci no está dentro de mi bolso.

\*\*\*

Me siento la peor dueña del mundo cuando descubro que Gucci sigue dentro del maletín de Jaime. Para recuperarlo, tengo que llamar a recursos humanos para convencer a una mujer muy desagradable de que me dé el número de Jaime. Después de ocho largos minutos, me hago con su número y lo llamo.

—Estaba esperando tu llamada —me dice, adivinando quién es.

—Me ha costado convencer a la señora de recursos humanos. Creo que me ha tomado por una acosadora. Que digo yo, ¿tengo pinta de acosadora? Pero claro, no podía contarle que tenías a mi perro dentro de tu maletín, así que le he explicado que era por un rollo urgente del trabajo y que, si no daba contigo, Jafar se pondría muy furioso. Ha sido decirle eso y conseguir tu número. Pobrecilla, ahora me siento un pelín mal. En fin, siento darte la brasa, pero me gustaría recuperar a mi perro.

—Y a él le gustaría volver contigo. Así me lo ha hecho saber después de intentar morderme y hacer sus necesidades en el asiento del copiloto.

—Oh... —musito avergonzada—. Vaya, lamento oír eso. Te prometo que está muy bien educado. El problema es que no le gustan los extraños. ¿Sabías que los chihuahuas son una de las razas más desconfiadas que existen? Pero lo compensan con una gran lealtad hacia su dueño. No sé por qué te cuento esto, seguro que no te interesa. Perdona a Gucci. Limpiaré tu coche, te lo prometo. ¿Dónde podemos vernos?

—Vivo por el centro, ¿te viene bien?

—El autobús acaba de dejarme justo delante de la parada de mi casa, pero cogeré un taxi y estaré allí en diez minutos.

—No me importa acercártelo, todavía estoy en el coche. Mándame la ubicación.

—No quiero molestarte más.

—No es molestia.

Le envío la ubicación y me despido de él. Como no sé lo que hacer, me quedo de brazos cruzados delante de la parada del autobús mientras lo espero. Pobre Jaime, he estado a punto de meterlo en un lío, y encima Gucci se hace caca en su coche. Debería compensárselo de alguna manera.

Cinco minutos después, Jaime aparca en la acera de enfrente y se baja del coche con un revoltoso chihuahua en brazos. Gucci intenta morderle la muñeca y Jaime se libra de puro milagro. Me devuelve al perro con el ceño fruncido.

—Decir que es desconfiado es quedarse corta...

—Lo siento —me disculpo por segunda vez, y me muerdo el labio—. Podemos ir a un lavadero y limpio el asiento.

—Bah, es una tontería. Iba a llevarlo al lavadero esta semana, así que tendrán trabajo extra. No es nada, en serio.

Como no sé cómo agradecerse, hago lo único que se me ocurre.

—¿Te apetece tomar algo? Invito yo. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—Creí que no te apetecía...

—Eso era antes de que te portaras así de bien conmigo.

—No lo hagas por obligación. De verdad que no hace falta.

—Entonces lo haré porque me apetece —le digo, agarrándolo del brazo para meterlo en la cafetería de Tessa y Nati.

En cuanto me ven llegar, las dos observan con curiosidad a Jaime y ponen mala cara. Quizá no

ha sido buena idea traerlo aquí. Como no quiero que lo acribillen con preguntas maleducadas, le digo a Jaime que se siente mientras yo voy hacia la barra.

—¿Podéis dejar de mirarlo así? —les pido irritada.

—¿Quién es? —preguntan a la vez.

—Un compañero de trabajo, que además es un antiguo amigo —no les cuento que estuvimos saliendo porque tampoco hace falta dar tanta información—. Un par de cervezas y unos nachos con queso.

—¿No estaréis liados? —se alarma mi hermana.

—Acabo de romper con Max. Los tíos, cuanto más lejos, mejor.

—Pues a ese lo tienes cerca, vais a tomaros una cerveza y está de buen ver —Nati le da un repaso desde lejos.

—Así que ya no puedo tener amigos...

—Ten cuidado —me pide mi hermana, y me da una bandeja con lo que le he pedido—. Creo que Max y tú todavía tenéis una conversación pendiente.

—¡Adiós!

No soporto que todos opinen de mi relación con Max. O mejor dicho, de mi ruptura. ¿Me meto yo en sus vidas? Bueno, a lo mejor un poquito. Pero eso fue antes de descubrir que el amor tiene fecha de caducidad y que los finales felices solo existen en los cuentos.

—¿Las conoces? —me pregunta Jaime, porque seguro que se ha dado cuenta de sus miradas.

—Mi hermana y una amiga. No les echéis cuenta, son un par de cotillas.

—A ver si lo adivino, piensan que nosotros...

Asiento con cara de pocos amigos. Él se ríe y eso me pone de buen humor. Jaime es un buen tipo. Lo nuestro en el campamento fue uno de esos amores de verano que terminan de buen rollo. Él se iba a estudiar al extranjero, yo iba a terminar el instituto, y los dos éramos muy jóvenes. Nos quedamos con todo lo bueno que nos dieron aquellos dos meses.

—Sí, por lo visto, la amistad entre hombres y mujeres no existe —suelto un resoplido indignado.

—Entonces, ¿somos amigos?

—Uhm... no lo sé. Supongo. Viejos amigos que se han reconciliado.

—Tana, tú y yo no éramos amigos —me dice, esta vez más serio.

Mis mejillas se tiñen de rojo. Le doy un sorbo a la cerveza y me encojo de hombros para restarle importancia.

—Pero lo somos ahora, o podemos empezar a serlo.

—Me parece bien.

Jaime va a decir algo más. Lo sé porque se me queda mirando durante un buen rato, hasta que aparta la mirada y da un largo trago a su cerveza.

—¿Qué tal te ha ido la vida desde la última vez que te vi? —dice al fin.

—Hice muchos cursos que dejé a medio acabar, hasta que entré a trabajar en una empresa de publicidad y aquello me encantó. Luego me fui un año a estudiar a Rusia, volví, dejé mi trabajo, y ahora estoy aquí.

—¿Tienes novio?

Lo miro un tanto extrañada, y él se ríe.

—Somos amigos, pero apenas sé nada de ti.

—Tenía.

—Hay que ser tonto para renunciar a ti —lo dice como si nada.

Ahora soy yo quien bebe. No me gusta por dónde va la conversación.

—Quizá fui yo quien renunció a él. Qué más da —zanjo el tema.

—Entonces, ¿estás libre?

—Jaime —le paro los pies—. Somos compañeros de trabajo, tuvimos algo, dejémoslo ahí.

Sé que he sido brusca, pero necesito que entienda que no estoy interesada en complicarme la vida en este momento. Principalmente porque sigo enamorada de Max, y después porque no me apetece enrollarme con un compañero de trabajo.

—Perdona —se disculpa, y tengo la ligera sospecha de que no lo dice muy en serio—. Como ya sabes, me fui al extranjero y estudié publicidad en Londres. Me gradué, hice un máster en España porque echaba de menos mi país, y desde entonces trabajo para Anthony & James. Y estoy soltero.

Enarco una ceja, y él me ofrece una sonrisa amplia.

—Pero te ofrezco mi amistad porque soy lo suficiente perspicaz para notar cuando una mujer no busca lo mismo que yo.

—Vale —me tranquilizo.

—Cambiano de tema, creo que hay que tener mucha valentía para pedirle a Jafar una oportunidad. O eso, o eres una kamikaze a la que le encanta correr riesgos.

—Será lo último —digo apesadumbrada—. Empiezo a sospechar que no debería haber dejado mi anterior trabajo.

—¿Por qué lo dejaste?

—Un cúmulo de cosas. No estaba del todo a gusto, quería probar suerte en otro sitio, mi ex trabajaba allí...

—El que no es lo suficientemente valiente para tomar riesgos, no va a lograr nada en la vida.

—Qué frase tan bonita.

—No es mía, es de Muhammad Ali. Lo que quiero decir es que no deberías darte por vencida todavía. Estás en la empresa de publicidad más importante de toda España. Si no te va bien, cogerás experiencia para que te tengan en cuenta en otros sitios.

—Jafar me detesta.

—No te creas especial por ello. Trata así a todo el mundo —sé que solo lo dice para darme ánimos.

—A vosotros os respeta.

—Nos tolera... —Jaime se parte de risa—. Ya viste como trató a Corbacho en la reunión, y eso que es el director de Recursos Humanos.

—¿Cómo lograste sobrevivir a él?

—Si te soy sincero, llevo tres años trabajando aquí, y justo cuando empecé, él estaba de baja por un problema de salud. Se reincorporó cuando me hicieron fijo, así que nunca fui el novato al que se las hizo pasar canutas. Mira... sé que lo que voy a decirte no va a servirte de mucho, pero él es así. Ahora eres la nueva. Te gritará, te tratará fatal, te pondrá a prueba... pero si consigues soportarlo, terminará dejándote en paz. Y luego llegará otra persona y hará lo mismo con ella.

—No voy a ser capaz de soportarlo.

—Eso depende de ti. Con esa actitud, desde luego que no.



## Una mudanza con demasiados zapatos

—¿Cómo puedes tener tanta ropa? —se queja Malena.

Sospecho que empieza a arrepentirse de haberse ofrecido a ayudarme con la mudanza.

—Mira la parte positiva: ahora que vivimos juntas, podemos prestarnos la ropa.

—¿Y cómo se supone que voy a entrar en ella?

Uhm... buena pregunta. Malena es más alta, tiene más curvas y una delantera considerable.

—Por no hablar de tus zapatos... ¡tienes más de cien pares! —se queja.

—Marilyn Monroe dijo una vez: *dale a una mujer los zapatos adecuados y conquistará el mundo*. Y yo me lo tomé al pie de la letra. Si no tengo suficientes zapatos, ¿cómo voy a dar con los adecuados?

Malena pone los ojos en blanco y me deja por imposible. Carga la última caja en el maletero de su coche y pone rumbo a su apartamento. Durante el breve trayecto, contengo el irrefrenable deseo de contarle la verdad. Total, ¿para qué? Voy a durar muy poco en Anthony & James y es una tontería que estropee nuestra amistad por un secretillo sin importancia.

Vale, ¡vale! Lo sé, debería decírselo. Pero se pondrá hecha una furia y me echará de casa. Y soy incapaz de hacer una tercera mudanza en un mes. Además, no quiero perder a una amiga. Lo de perder a un novio lo sobrellevo como puedo, pero esto sería el colmo. Solo necesito... más tiempo. O un milagro, pero resulta que el todopoderoso no está por la labor últimamente. Así que...

Menos mal que hay ascensor, porque hay demasiadas cajas y vive en un cuarto piso. El apartamento de Malena está decorado con buen gusto, es luminoso y, a pesar de su carácter, muy acogedor. Tiene fotos de su familia por todas partes porque en el fondo es una blanda, aunque trate de fingir lo contrario. Estoy subiendo la tercera caja cuando me tropiezo con alguien en la entrada del portal.

—Disculpe, le cedería el paso, pero esta caja pesa demasiado —le digo.

El extraño me quita la caja de las manos y respiro aliviada. Estoy a punto de darle las gracias cuando veo quien es. Max, sin decir una palabra, se dirige con la caja hacia el ascensor. Luego deja la caja dentro y camina hacia mí. Se me acelera la respiración cuando se acerca, pero entonces sale por la puerta y va directo hacia el coche. Carga otra caja como si no pesara nada y camina con resolución hacia el portal.

—¿Se puede saber qué haces?

—Ayudar con la mudanza —responde con naturalidad.

—No te he pedido ayuda.

—Lo sé —se detiene un segundo a mi lado para mirarme a los ojos—. Por eso estoy ayudando a mi amiga Malena.

Pongo los ojos en blanco.

—Me estás ayudando a mí.

—¿Por qué iba a ayudar a mi ex?

—Porque la sigues queriendo —le digo, con el corazón a mil por hora.

—Si fuese así, sería un estúpido.

Se aleja de mí, entra en el ascensor y no me mira cuando las puertas se cierran. Tengo ganas de meter un pie dentro y gritarle que, evidentemente, es un estúpido. No me engañas, Maximiliano. Sigues coladito por mis huesos. Por eso estás aquí, para restregármelo por la cara y demostrarme

lo que me estoy perdiendo.

No sé ni cómo sentirme. Voy hacia el coche y cargo con la última caja. ¿Cómo voy a olvidarlo si me lo encuentro cada dos por tres? Un segundo, ¿quiero olvidarlo? He ahí la pregunta definitiva. ¿Estoy dispuesta a renunciar a Max? Pienso en él y en su secretaria, juntitos trabajando. Acaramelados en el bar. Siento que la bilis me recorre la garganta cuando salgo del ascensor. Qué bonito por su parte, olvidarme con esa arpía que lleva unas mechas horribles.

—¡Ay!

La caja se cae al suelo cuando me tropiezo con el felpudo. Mi ropa interior acaba esparcida por el suelo y Max, que está delante de la puerta, la observa. Se agacha para recoger un tanga de encaje rojo que me trae unos recuerdos de lo más calurosos.

—Este te lo regalé yo.

Se lo arrebató con ademán indignado.

—Haz el favor de no tocar mis cosas —le espeto, cuando empieza a meter mis braguitas en las cajas—. ¡Max!

—Solo pretendía ayudar —responde irritado.

Se incorpora y entra en la casa, dejándome con una punzada en el estómago. Respiro profundamente y me prometo que voy a comportarme como una adulta. Estupendo. ¿Cómo se comportaría una mujer hecha y derecha que se encuentra con su ex? Me dirijo hacia la cocina y dejo la caja sobre la encimera.

—Gracias a Dios, ¡se acabó! —exclama aliviada mi amiga—. Menos mal que nos has echado un cable, Max.

—No hay de qué.

Malena abre el frigorífico para obsequiarlo con una cerveza. Pongo mala cara, ¿cuándo se va? Lo último que necesito es tenerlo pululando por aquí. Su presencia no le hace ningún bien a mis nervios. Es decir, que lo tengo delante y siento unas ganas locas de lanzarme a sus brazos. Y eso, como soy una adulta, no va a suceder.

—¿No tienes cosas que hacer? —le espeto.

Max ni siquiera se inmuta.

—Disfrutar de esta cerveza en casa de mi amiga.

—También es mi casa.

—Chicos... —intercede Malena—, por lo que más queráis...

—Sé buena anfitriona. Me apetece picar algo —me dice él con tono chulesco.

—Pica algo en el bar de la esquina. ¿Por qué no te largas y me dejas en paz? Solo has venido aquí para fastidiarme, cosa que, por cierto, se te da de lujo.

—Uy, sí, qué manera de fastidiarte: ¡ayudarte con la mudanza!

—Lo he invitado yo —repite Malena—. Es mi amigo.

Asiento con expresión indignada. Estupendo, sé cuándo sobro.

—De acuerdo, os dejo solitos para que hagáis cosas de amigos. ¡Qué lo paséis bien!

—El que se va soy yo —replica Max, y deja la cerveza sobre la encimera—. Te dije que era un error venir. No es más que una cría.

¡Una cría! Lo que faltaba. Me vuelvo enfurecida hacia él y le planto una mano sobre el pecho.

—He dicho que me voy yo. Tú te quedas.

—No pienso hacer lo que te dé la gana.

Aparta mi mano con un dedo. Nos batimos con la mirada. Él aprieta la mandíbula, yo lo fulmino con la mirada.

—Ahora te quedas. Solo te vas para llevarme la contraria.

—Eso es lo que tú crees. Déjame pasar.

—No —me planto delante de él con los brazos en jarra.

Max suspira y pierde la poca paciencia que le queda.

—Aitana...

—No.

—Tienes dos segundos para apartarte.

Levanto la barbilla con ademán orgulloso. Si cree que va a amedrentarme...

—¿O que?

—Tú te lo has buscado —dice con voz resolutiva, antes de agarrarme por la cintura y cargarme sobre sus hombros como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájame!

Max hace caso omiso a mis gritos. Veo que camina en dirección a mi habitación, así que me agarro al quicio de la puerta y él suelta una carcajada. No soy rival para él, porque sigue caminando y me tira en la cama. Me aparto el pelo de la cara y lo observo con expresión desconcertada.

—¿Qué haces? —digo jadeando.

—Lo que tú estás pensando desde luego que no —responde con sorna—. No estoy tan desesperado.

Agarro un cojín y se lo tiro a la cara. Él se parte de risa después de esquivarlo.

—Te odio con todas mis fuerzas.

—Qué va, nena. Lo intentas, pero no lo consigues.

—¡Admite de una vez que has venido hasta aquí porque te morías de ganas de verme!

Max se sienta en el borde de la cama, muy cerca de mí. Peligrosamente cerca. Estira un brazo y sus dedos rozan mi mejilla. Trago con dificultad y lo miro confundida. Él me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me observa con una expresión indescifrable.

—Malena me llamó porque estaba desesperada, es mi amiga y he venido a echarle un cable. Si no consigues trabajo de lo tuyo, siempre podrías ser guionista. Lo digo por las películas que te montas.

—¡Eres un... un!

Max se incorpora con ese aire de empotrador nato que lo acompañará durante el resto de su vida. Es condenadamente sexy y lo sabe. Guapo a rabiar. Viste genial. Huele de maravilla. Y, jolines, ¡no es justo!

—¿Un partidazo? —concluye con arrogancia—. Adiós, Aitana. Me iré fingiendo que, en el fondo, los dos no sabemos que la que se muere por mis huesos eres tú.

—¡Estoy mucho mejor sin ti! —le grito a la habitación vacía, porque él ya se ha ido.

Grrr... maldito Maximiliano.

## Mi plimel día

—Tú ilegal talde —me recrimina el dependiente del bazar chino en cuanto entro por la puerta. Miro mi reloj de muñeca. Son las nueve y un minuto, ¡qué tiquismiquis!

—Buenos días, yo también me alegro de verte. Te he traído un pastel casero que preparé anoche, para celebrar nuestra nueva amistad —me ahorro decirle que, en realidad, el pastel se lo he birlado a Tessa hace unos minutos.

—Tú y yo no somos amigos —responde, pero acepta el pastel.

—Por cierto, debería saber tu nombre. Yo me llamo Tana —le tiendo una mano que estrecha a regañadientes.

—Ming.

—Encantada de conocerte, Ming.

—Ve al almacén a leponel el pasillo cuatlo. Hay una etiquetadola pala ponel los plecios y una libleta con la desclipción de los altículos.

—¡Marchando! —respondo de buen humor, y me pongo a ello.

Paso la mitad de la mañana etiquetando paquetes de coleteros, horquillas y diademas. Me doy cuenta de lo frustrante que es trabajar en este sitio al cabo de media hora. Los clientes lo toquetean todo, te hablan con desprecio y abren los artículos a pesar de que está prohibido.

—Ya he terminado —le digo a Ming—. Ahora sería un buen momento para que me enseñaras tu idioma.

—Vigila pasillo.

—¿Qué?

—Aquí loba mucha gente polque cleen que chino sel tonto. Tú vigila pasillo.

—¿No sería mejor que mirases las cámaras? —replico, señalando el monitor.

—Las cámalas tienen ángulos mueltos. Tú vigila pasillo, yo enseño chino.

—Vale, vale —me rindo, a pesar de que no me hace ninguna gracia ejercer de guardia de seguridad. Mido un metro sesenta y tengo unos brazos enclenques, pero todo sea por conseguir mi objetivo.

Me da un poco de corte seguir a los clientes por toda la tienda, pero Ming me hace gestos cuando observa a algún posible sospechoso. A veces, algunos se dan cuenta y se vuelven para lanzarme una mirada airada, así que finjo quitarle el polvo a la estantería mientras me pongo colorada como un tomate. Madre mía, quién me ha visto y quién me ve. De comprar bolsos de Prada a trabajar en un bazar chino. Pero, como le dije hace un par de años a mi padre, ahora soy una mujer nueva. Y si tengo que trabajar como una china, pues trabajo como una china.

Al final del pasillo de maquillaje hay un grupo de adolescentes que no paran de hacer el tonto. Lo toquetean y lo desordenan todo, hasta que les dedico una mirada asesina y se largan hacia otra esquina. Todas mis alertas se activan porque tienen pintan de armar jaleo. Los sigo con la mirada y pillo a una de ellas metiéndose un rímel que cuesta un euro y medio dentro del bolso. Podría decirle que se arriesga a pillar una conjuntivitis, pero en lugar de ello, me planto delante y pongo los brazos en jarras.

—Saca eso del bolso ahora mismo —le ordeno cabreada.

La cría, porque no debe de tener más de catorce años, me mira con desprecio y alza una ceja en plan matona de instituto que se cree un pelín rebelde por ir al chino de la esquina a hacer travesuras.

—Tía, no sé de qué me hablas.

—Te he visto —le digo irritada—. Y aquí tenemos cámaras —, señalo a la que enfoca directamente en nuestra dirección—. ¿Por qué no te ahorras el numerito y me lo devuelves? No tengo ganas de llamar a la policía por un euro y medio.

Una de sus amigas le da un codazo, pero la adolescente se pone nerviosa y alza la voz.

—Tronca, ¡qué te quites o te aparto!

—¿Papá y mamá no te han explicado que robar está mal? O puede que creas que haciéndolo te ganas la aprobación de tu grupito de amigas. En cualquier caso, estás haciendo el ridículo y te arrepentirás dentro de unos años.

A pesar de mi intento de darle una lección, las adolescentes se miran las unas a las otras y se parten de risa. Luego echan a correr por el pasillo de atrás y su actitud me pilla desprevenida. Tardo dos segundos en reaccionar, pero cuando lo hago, comienzo a perseguirlas mientras les grito que voy a llamar a la policía. Una de ellas tira la montaña de paquetes de papel higiénico y estoy a punto de caerme de boca. Consigo escalar entre los rollos de papel y emerjo a la superficie con expresión iracunda. ¡Estas no me conocen! Agarro lo primero que tengo a mano, que es una escobilla de baño, y echo a correr en su dirección con mi improvisada arma.

—¡Ming, bloqueales el paso!

Ming, que en ese momento se está comiendo un trozo del pastel, está a punto de atragantarse. Sale del mostrador y consigue agarrar del brazo a una de ellas, pero esta se zafa, le da un codazo y Ming se choca con la estantería de las carcacas de teléfono. El pobre pierde el equilibrio y la estantería se le cae encima. Suelto un alarido y salgo de la tienda a toda velocidad.

—¡Ladronas! —les grito, y los clientes de la cafetería de mi hermana me miran sorprendidos. Soy como Aragorn luchando contra los orcos, solo que en vez de una espada llevo una escobilla y los orcos son adolescentes malcriadas—. ¡Qué alguien las detenga!

Un señor de unos setenta años intenta cortarles el paso, pero solo consigue salir malparado cuando una de ellas le da un empujón. Hecha una furia, acelero el ritmo y rozo la melena de la ladrona con la punta de los dedos. La perderé si consigue llegar a la carretera, porque es muy transitada y alguien más podría salir malherido. Así que, como he visto en las películas, me tiro en plancha para hacerle un placaje mientras grito:

—¡Te tengooooo!

La chica, sorprendida por mi arrebato, se cae al suelo y forcejea conmigo. Me llevo un tirón de pelo y un arañazo en la cara. Contrataco pegándole con la escobilla en la cabeza y agarro su bolso cuando intenta levantarse.

—Te puedes ir, pero el bolso se queda hasta que venga la policía —le digo jadeando, y completamente orgullosa de haberla atrapado.

Acto seguido, la adolescente se echa a llorar.

\*\*\*

Menudo espectáculo se ha montado a causa del robo. Alguien ha llamado a la policía, y al cabo de un rato se presentan un par de agentes y la ambulancia. Compruebo aliviada que el señor que se interpuso en el camino de las ladronas no está malherido. El pobre Ming tiene un corte en la ceja que no parece grave. Por mi parte, tengo algunos rasguños en los codos y un arañazo en la mejilla, pero estoy tan alterada que le pido a los paramédicos que me dejen en paz.

Tessa y Nati me observan ojipláticas. La mitad del vecindario se ha asomado a las ventanas. Ming grita en su idioma. Javi, apoyado en el balcón, me pregunta a voces que qué demonios he

hecho esta vez. Y la adolescente no para de llorar mientras los policías le echan la bronca. Al final, soy incapaz de no sentir compasión y le pido a Ming que no presente cargos. Al fin y al cabo, solo es una cría y sospecho que ya ha aprendido la lección. Al principio, Ming no parece muy convencido, pero lo deja estar en cuanto la chica le pide disculpas y le promete que no volverá a pisar su tienda. Entonces, agarro el rímel de la discordia y digo con orgullo.

—¡Se ha hecho justicia!

Nadie aplaude mi hazaña, qué decepción.

—¿Te has jugado la vida por un maldito rímel? —pregunta sorprendida Nati.

—Su valor es lo de menos. Era una injusticia y alguien tenía que hacer algo.

—¿Y tenías que ser tú? —mi hermana se une a la conversación.

—Sí.

—Lo que no entiendo es qué haces trabajando en el bazar. ¿No habías encontrado trabajo? Oye, si te hace falta dinero, puedo prestarte algo... —me dice preocupada.

—No es por el dinero —le digo, sin entrar en detalles. Ella y Nati son muy amigas de Max, y sospecho que es mejor no contarles toda la verdad—. Vuelvo a la tienda. El pobre Ming se ha llevado un buen golpe, ¡chao!

—¡Tana! —me gritan cuando ya es demasiado tarde.

Respiro profundamente. Ya tengo suficiente con que Javi me juzgue, así que será mejor que estas dos se mantengan al margen. Es agotador darle explicaciones a todo el mundo. Para mi sorpresa, Ming me recibe con una especie de agradecimiento velado. No lo admite en voz alta, pero a partir de ese momento empieza a ser más amable conmigo.

—¡Tú eres un desastre para el idioma! ¡Agotas mi paciencia! —me grita, después de iniciar nuestra primera clase de chino.

Bueno... todo lo amable que puede ser.

—¡Es un idioma muy difícil! —me desespero.

—No es difícil, ¡tú eres tonta!

—Sin faltar. ¿Te digo yo algo de tu intento frustrado de detener a las ladronas? Pensé que todos los chinos sabíais algo de artes marciales, ¡qué decepción!

—No soy Bruce Lee —replica enfadado—. Mañana volvemos a intentarlo. Ala, vete, vete. ¡Largo!

Para mi sorpresa, cuando salgo de la tienda física y mentalmente agotada, me encuentro a la última persona que espero ver allí. Es Max, que me observa con el ceño fruncido. Ignoro su expresión preocupada. Estoy tan cansada que no tengo ganas de discutir.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú que crees? —responde mosqueado—. Me he enterado de lo que ha pasado y venía a ver con mis propios ojos si era para tanto.

O sea, que mi hermana y Nati se han ido de la lengua.

—Como puedes observar, estoy vivita y coleando. Por lo visto sé cuidar muy bien de mí misma.

—Si con eso te refieres a perseguir a un grupito de adolescentes... —dice con ironía—. ¿En qué demonios estabas pensando? Podrías haber salido herida.

—Pero no me ha pasado nada.

—Que no te haya pasado nada no quiere decir que no hayas corrido un riesgo innecesario.

Pongo los ojos en blanco.

—No sé qué haces aquí.

—Lo sabes de sobra.

Su tono de voz hace que me estremezca por completo. Max me observa de una manera que me eriza la piel. Intento resistirme al efecto que produce en mí, bajo la cabeza y me encojo de hombros, como si no me importara. Entonces, Max corta la distancia que nos separa y me coge la barbilla para inspeccionarme el rostro.

—Estás herida —dice preocupado.

—Solo es un rasguño.

Él sacude la cabeza y los ojos le brillan con una mezcla de diversión y ternura. Me fascina cuando me mira de esa manera, así que tengo que resistir el impulso de ponerme de puntillas para besarlo. Sus dedos sobre mi barbilla me calientan la piel. Estamos tan cerca que su respiración me acaricia la punta de la nariz. Ay... qué jodidamente atractivo es.

—¿De verdad las has perseguido armada con una escobilla?

—Sí.

Max intenta contener la sonrisa que se forma en sus labios, y la mueca que esboza solo incrementa su atractivo. Sus manos se posan sobre mis mejillas y sostiene mi rostro con suavidad. Noto un anhelo desesperado que flota a nuestro alrededor. Su cariño, la emoción que lo sobrepasa, las ganas.

—Estás loca, ¿lo sabías?

—Sí.

Arruga la frente.

—¿Me vas a dar la razón en todo?

—No.

—Esa es mi chica —dice, y apoya su boca contra mi frente.

El beso es tan delicioso que me deja confundida. Apoyo las manos sobre su pecho y me estremezco. Maldito Max, ¿cómo lo hace?

—Te llevo a casa —dice, y antes de que pueda protestar me pone un dedo sobre los labios—. Por favor, déjame hacer esto por ti.

¿Cómo negarme a eso? Asiento sin decir nada y lo sigo hasta el coche. Conduce en silencio y mirándome de reojo. Observo el paisaje a través de la ventanilla y me quedo pensativa. Es todo tan raro...

—Creí que habías conseguido trabajo en una oficina —dice al fin.

—Así es.

Me mira expectante, pero no digo nada. Max detiene el coche delante de un semáforo en rojo y se vuelve hacia mí. Sé que espera que le dé alguna explicación, así que hago justo lo contrario. Resopla.

—Aitana... ¿estás mal de dinero? ¿Te pagan poco? ¿Por qué necesitas tener dos trabajos?

—Es asunto mío.

—Ya sé que es asunto tuyo —responde exasperado—. Solo estoy preocupado. ¿Puedo estar preocupado por ti? ¿Me permites eso al menos?

—No deberías preocuparte por mí. Soy tu ex.

Max aprieta la mandíbula. El semáforo se pone en verde, pero él ni se inmuta. Me observa con una mezcla de incredulidad y rabia.

—Nos preocupas a todos —dice al fin—. ¿Eso te parece mejor?

—Soy una adulta que toma sus propias decisiones. Dejad de meteros en mi vida, sé lo que me hago —le digo, repentinamente furiosa. Estoy harta de que todo el mundo se crea con derecho a

juzgarme.

—¡Se nota! —su voz destila sarcasmo—. Te has jugado la vida por un puto rímel. Lo que hay que oír...

—¿Quieres dejar de poner en duda todas mis decisiones? ¿Tienes idea de cómo me haces sentir?

—No —admite con voz vacilante—. No tengo ni idea porque me excluiste de tu vida sin darme una opción, te largaste del trabajo y...

—El semáforo está en verde.

—Joder —masculla, y aprieta el acelerador—. ¿Ves lo que haces? Cada vez que intento acercarme a ti, pones una barrera entre los dos.

—¡Qué mala soy! —me rio falsamente.

Max aprieta el volante con fuerza.

—Eres imposible... —sacude la cabeza con incredulidad—. Es como hablar con una niña...

—Como vuelvas a decir que soy una niña, te juro que me tiro del coche en marcha.

Me conoce lo suficiente para saber que hablo en serio. Aquí está otra vez, el Max que no soporto. El que me trata como una cría y se burla de mis decisiones. El del mensaje traidor. El que no me respeta.

—Ayúdame a entender qué nos ha pasado —me pide al fin, cuando aparca delante del portal de Malena—. Nos queremos, ¿qué es lo que no funciona?

—Puedes preocuparte por mí, puedes ser encantador, puedes besarme... puedes hacer todas esas cosas. Pero no me sirve de nada si siento que no tengo tu respeto —le digo dolida.

Max me observa impresionado.

—¿De verdad sientes que no te respeto?

—Sí —le digo sin vacilar.

Max se queda callado y me mira sin entender. Ese es el problema, que nadie me entiende. Y que todos, incluido él, me subestiman.

—Estás siendo muy injusta —dice al fin, mirando por la ventanilla—. Sé que me equivoqué, pero no puedes tirarlo todo por la borda por una cuestión de orgullo.

—No es orgullo.

—Lo es.

—¡No es verdad!

—Te dejaste llevar por tu orgullo cuando te largaste de Máxima. ¿Y todo para qué? ¿Para terminar pluriempleándote en dos trabajos de mierda solo porque eres demasiado orgullosa para volver?

Parpadeo alucinada.

—¿En serio crees que no vuelvo por eso?

—Evidentemente. ¿Qué haces si no en ese bazar chino? ¿O me vas a decir que es el sueño de tu vida?

Abro la puerta del coche y le dedico una mirada vacía. Tenía razón. Sigo teniendo razón. Este es el Max que detesto. El que necesita sobreprotegerme hasta de mí misma porque en el fondo piensa como los demás que soy una inútil. Una niña pequeña. Alguien que necesita ayuda.

—Me voy —le digo con voz apagada—. Gracias por traerme, pero será mejor que no volvamos a vernos.

—Aitana...

—Lo digo en serio —mi tono es tan serio que él se sobresalta—. Ojalá entendieras de una vez

lo que me pasa.

Salgo del coche con la cabeza alta y camino hacia el portal sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Te quiero, Max. Pero como dijo Samantha Jones: “me quiero más a mí”.

## ¿Y si tiene corazón?

Estoy hecha polvo. El sábado me quedé bastante deshecha después de mi discusión con Max. O mejor dicho, después de que él me escupiera a la cara que me largué de Máxima motivada por mi orgullo. Jolines, ¿por qué no se entera de nada? Justo cuando nos estamos acercando, él hace o dice algo que me devuelve a la casilla de salida.

*No le des importancia.*

*Es tu ex.*

*¿Qué más te da lo que piense?*

Pero me importa. Ojalá tuviese un botón que desactivara mis sentimientos en el momento oportuno. La capacidad de no sufrir, o al menos de ignorar las opiniones que hacen daño. Pero, nooooo, tuve que salir dramática y aprensiva. Dios mío, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué me pones en bandeja el hombre del que llevo toda la vida enamorada, y luego me lo quitas? No es justo, lo digo en serio. No puedes darle a alguien un helado y quitárselo cuando le queda la mejor parte: la del chocolate de la punta del cucurucho. Eso no vale. Al menos, podría tener dinero con el que comprar zapatos. Los zapatos me hacen feliz.

El domingo por la noche tuve una conversación con Malena. Era la tercera vez que veía en bucle *Pretty Woman*, y sospecho que a ella estaba a punto de darle un infarto. Así que se giró hacia mí y me habló con tono agrio:

—¿Por qué estáis separados si es evidente que os echáis de menos? Tú estás como una mierda, él está como una mierda, me obligas a ver *Pretty Woman* tres veces... ¿por qué no volvéis?

Le expliqué a Malena lo que sucedió dentro del coche de Max. Ella puso mala cara y chasqueó la lengua.

—Entiendo que te sientas así, pero ¿no te das cuenta de que lo que habla es su orgullo? Está dolido y despechado. Discutir con alguien que amas puede sacar lo peor de ti mismo.

Puede que tuviera razón, pero yo me sentía demasiado dolida como para dar el primer paso. Además, ni siquiera me apetecía volver a verlo. Al principio me había costado asimilarlo, pero unas horas después llegué a la conclusión de que Max me había desilusionado. De repente, el hombre irónico, cariñoso y atento del que me enamoré había desaparecido. Y en su lugar quedaba alguien extraño y cruel que no me gustaba en absoluto.

—Ay... —suspiro, antes de entrar en la oficina.

Y por si fuera poco... tengo que tratar con Lucifer. Seguro que para hoy me tiene preparada una retahíla de sus frases favoritas donde la palabra inútil protagonizará todos los monólogos.

—Ey... —la voz de Jaime me sobresalta. Me acaricia el brazo y me dedica una sonrisa amable—. Buenos días, ¿estás bien?

Fuerzo una sonrisa que no es del todo creíble. Por la mirada que me dedica, sé que lo nota. Así que intento enmascarar mi estado de ánimo porque soy una profesional que no se lleva sus problemas personales al trabajo. O al menos, lo intenta.

—Sí, estoy bien. Anoche me dolía un poco la cabeza y no pude pegar ojo, pero me he tomado un espidifen y estoy como nueva.

—No deberías medicarte para el dolor de cabeza. A la larga dicen que es perjudicial —me aconseja con tono paternalista—. ¿De verdad es eso lo que te pasa? Por cierto, tienes un...

—¡Llego tarde! —exclamo horrorizada, al ver que el reloj de la entrada está a punto de

marcar las nueve en punto.

Salgo corriendo hacia las escaleras porque el ascensor tarda demasiado. Llego jadeando a la última planta justo cuando el minuterero de mi reloj marca las nueve en punto. Sonríe triunfal y abro la puerta del despacho del señor Losantos.

—¡Buenos días!

—Llegas tarde —me dedica una mirada desabrida.

Soy incapaz de morderme la lengua.

—No es verdad, Señor Losantos. Mi reloj marca las nueve en punto.

—El mío las nueve y un minuto. ¿Va a seguir defendiendo su impuntualidad, o me traerá mi primer café del día?

—¡Marchando ese café! —exclamo con falso entusiasmo, porque no estoy dispuesta a permitir que me arruine toda la mañana.

Regreso con su café y con una bandejita de postres caseros.

—¿Qué es eso?

—Los ha traído Brenda, de recursos humanos. Por lo visto se ha comprado la Thermomix y quería sorprender con su primera receta. Y me he dicho: el Señor Losantos debería probar uno. Como aquí todos lo respetan tanto y nadie se atreve a ofrecerle un dulce... —dejo caer con falsa inocencia.

Lucifer me dedica una mirada desabrida.

—Brenda y sus pastelitos se pueden ir a hacer puñetas. ¿Insinúas que todos me tienen miedo?

—Señor, sería incapaz de insinuar tal cosa. Solo llevo aquí un par de días, no pretendo elaborar juicios precipitados... —lo que en realidad pretendo es que se sienta muy culpable por lo mal que trata a todo el mundo.

—Tus juicios me traen al paio —aparta la bandeja de pasteles de un manotazo—. Soy diabético. ¿Qué quieres? ¿Matarme?

Me quedo más pálida que la pared.

—No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Puedo preguntar si hay algo sin azúcar.

—Tarta de fresa... —dice con voz crispada—. No quiero un maldito pastel, ¿podrías limitarte a hacer lo que te ordeno? ¿Es mucho pedir? ¿Te escribo un libro de instrucciones? ¡Eh!

Doy un respingo cuando alza la voz y pongo cara de pena. Solo quería alegrarle el día, ¿por qué es así?

Lucifer debe creer que soy una especia de infiltrada en la empresa que ha llegado con la intención de atentar contra su salud, porque durante el resto del día me manda tareas que me mantienen muy alejada. Hasta que a media mañana termino con todo lo que me ha ordenado y regreso a su despacho como haría un cachorrito bien adiestrado. Él intenta enmascarar su sorpresa, supongo que porque pensaba que iba a tardar más. ¿Cómo se nota que no me conoce! Trabajé para Maléfica, que me tuvo de recadera de un sitio para otro hasta que me gané su respeto. Si conseguí salir airosa de aquello, esto debería ser pan comido.

—¿Has comprobado el decorado y te has cerciorado de que no falta nada?

—Sí.

—¿Qué hay de los trajes?

—En la tintorería. El dorado lo enviarán mañana por mensajería urgente.

—¿Los informes de contabilidad?

—Ordenados alfabéticamente en esa caja —señalo con orgullo la caja que dejé hace unos minutos debajo de su escritorio—. Y sí, he resuelto lo del ticket del parquímetro. La reunión con

su dentista la he aplazado para la semana que viene, he informado a los editores de esa revista de sus exigencias y... he llamado al de la máquina de bebidas expendedores para que incluya su tónica preferida.

—De acuerdo —dice a regañadientes, como si se le hubieran agotado las ideas—. ¿Y el teléfono?

—El seguro de su compañía se hace cargo de todo. Le facilitarán el mismo modelo dentro de unos días, pero mientras tanto puede apanarse con este.

Deposito sobre el escritorio el teléfono móvil más básico que he encontrado, a pesar de que con el escaso margen de tiempo apenas he tenido tiempo ni de respirar.

—¡No entiendo estos trastos! Por eso siempre utilizo el mismo modelo. ¿Ves como no puedo dejar nada en tus manos?

Ni siquiera me inmuta. También había pensado en esa posibilidad.

—Les he pedido a los de informática que vuelquen los datos de su tarjeta sim. También le he apuntado unas breves instrucciones. No tendrá ningún problema.

Lucifer aprieta los labios. Reconozco que ahora me hace bastante gracia, porque parece un niño en plena rabieta porque no ha logrado salirse con la suya.

—Bien... —gruñe, y me mira de reojo. Entonces entrecierra los ojos y me observa con curiosidad. Luego frunce el ceño y aprieta los labios, como si acabara de ver algo que no le agrada.

Me toco la cara de forma inconsciente.

—¿Qué pasa?

—Tienes un... —señala mi mejilla izquierda—. Está inflamada. ¿Qué te ha pasado?

—Ah... esto. No es nada. Un accidente sin importancia, ¿por?

—No deberías permitir que te ocurrieran esa clase de accidentes —dice muy serio, pero sin su habitual tono censorador. Hay algo muy cercano a la compasión en su voz que me descoloca por completo—. Oye... Tarta de fresa, ya sé que no es asunto mío, pero ponte en tu sitio. Estamos en el siglo veintiuno.

—Eh... sí, ya sé en qué siglo estamos —respondo extrañada.

Lucifer rueda la silla hacia mí y me observa compungido. De repente, hay tanta vulnerabilidad en él que me resulta hasta tierno. Apoya las manos sobre el rostro y me dedica una mirada amable.

—Puedes contármelo. Te prometo que seré discreto y que nada de lo que me digas saldrá de aquí. Y después, buscaremos una solución entre los dos. Una chica tan joven no debería permitir que ningún memo se pase de la raya.

Me tapo la boca con la mano. Madre mía, ahora caigo. ¡Cree que me han dado una paliza! Lucifer me observa tan horrorizado que soy incapaz de aguantarme la risa.

—Oh... dios mío, Señor Losantos, no es lo que usted piensa. Agradezco su preocupación, pero nadie me ha puesto la mano encima. Bueno... al menos no ha sido mi pareja.

—No deberías defenderlo —responde airado.

—Ay... —digo, con lágrimas en los ojos. La situación es tan delirante que me entra la risa floja. Me acerco a él y le pongo una mano sobre el hombro con camaradería—. Le estoy hablando muy en serio. Ha sido un malentendido. De hecho, no tengo novio. Me metí en medio de un robo y salí un poco perjudicada... cosas que pasan.

—Cosas que pasan —repite como un pasmarote, y de repente su rostro se enciende como una bombilla—. ¡Es una mentecata! Loca irresponsable... me ha dejado creer...

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga una tila? —le pregunto, al ver que pierde los

nervios.

—¿Una tila? ¿Una tila? —bufa, y rueda su silla de vuelta al escritorio—. ¡Es usted imposible! Ni siquiera sé para qué me preocupo...

—Porque en el fondo tiene buen corazón, aunque se haga el duro.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento de inmediato. Lucifer me lanza una mirada cargada de ira y aprieta la bola antiestrés que hay sobre una pila de documentos. Tres segundos después, está ladrándome órdenes como si fuera un pitbull rabioso al que acaban de arrebatarse un chuletón.

## Sígueme la corriente

—Lo digo en serio —intento convencer a Jaime, al que me he encontrado a la salida del trabajo.

—Y yo te digo que eres de esas personas que ven lo mejor de los demás.

—Creo que en el fondo Luci es un blando. ¡Deberías haberlo visto!

—¿Luci?

—Lucifer.

Él se parte de risa, así que le tapo la boca para no llamar la atención cuando algunos compañeros de trabajo nos observan con curiosidad.

—Hasta me ofreció su ayuda. Eso demuestra mi teoría, ¿no crees?

—Si tú lo dices... —responde él sin estar convencido.

—Debió de pasarle algo trágico que forjó su carácter. ¿O siempre ha sido así?

—Según tengo entendido, lo enviaron aquí hará tres o cuatro años. Y desde entonces se ha ganado su fama a pulso. Oh, venga ya, no hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Imaginar que puedes redimirlo. Ya lo hacías en el campamento, pero te recuerdo que este es un señor de sesenta años, no uno de esos pardillos de quince a los que intentabas integrar en la pandilla.

Le doy un codazo.

—¡No seas malo!

—Solo digo que siempre intentabas echarle un cable a todo el mundo. Losantos es lo que parece, un viejo amargado que trata fatal a todo el mundo. Si quieres conservar tu empleo, será mejor que no trames una de las tuyas.

—No sé a qué te refieres —respondo con inocencia—. ¡Nos vemos mañana!

—¿No te apuntas? —señala al grupo de unas diez personas que charlan formando un pequeño alboroto—. Todos los lunes nos tomamos algo en el bar de en frente. Está prohibido hablar de trabajo. ¿Te vienes?

—No sé...

—Venga, te los presento. Les caerás bien.

Me dejo llevar hasta el grupito, y diez minutos después estoy tomando una cerveza con ellos. Me alegro de haber aceptado porque me integro con los compañeros de trabajo y logro distraerme. Todos me compadecen por tener que trabajar bajo las órdenes directas de Jafar, alias Lucifer, de ahora en adelante mejor conocido como Luci porque sospecho que tiene su corazoncito. Maribel, una de las empleadas más antiguas, me cuenta que circulan ciertos rumores en torno al Señor Losantos.

—Tengo entendido que era muy querido cuando trabajaba en Alemania. Sin embargo, cuando llegó a esta oficina ya era un jefe déspota que se fue ganando la fama poco a poco.

—Vaya... pues algo tuvo que sucederle. La gente no cambia así porque así.

Ella se rasca la barbilla con aire pensativo.

—Supongo que tienes razón, pero es todo un misterio. Nadie sabe nada de él.

—En su escritorio no hay fotos familiares —digo, más para mí que para ella—. Quizá se sienta solo.

—No lo compadezcas. A mí me llamo “gorda de los cojones” porque me equivoqué en el

párrafo de un informe. No es ningún viejito desvalido, eso seguro.

Aun así, soy incapaz de no compadecerme. He visto un aire vulnerable en Luci y pienso llegar hasta el fondo de su carácter. No tengo ni idea de por dónde empezar, pero seguro que no me equivoco. Soy de las que se dejan llevar por la intuición.

Me levanto para ir al servicio cuando me encuentro de bruces con Cristina, alias la secretaria, mejor conocida como la mala de la película. Ella no me ve porque está de espaldas, pero yo reconocería esas horribles mechas en cualquier parte. Y justo cuando está a punto de volverse en mi dirección, recuerdo que estoy rodeada de la plantilla de Anthony & James, y que como me vea con ellos correrá a decírselo a Max. Él y Malena se enfadarán muchísimo. Malena me echará de casa, Max creerá que solo lo hago para fastidiarlo, y en definitiva, se armará la tragedia. Así que busco desesperadamente una salida, y veo que Jaime pasa por mi lado para dirigirse a la barra. No me lo pienso, lo agarro de la mano y le doy un efusivo abrazo sirviéndome de su cuerpo para que Cristina no me vea.

—Oye, ¿a qué viene esto? —pregunta extrañado.

—Sígueme la corriente, por favor...

Al darse cuenta de que estoy temblando, él me estrecha entre sus brazos y oculto la cara en su pecho. Jaime debe de estar alucinando por mi poca vergüenza, pero me sigue el rollo. Me abraza como si fuésemos una pareja un tanto empalagosa y reconozco que tampoco está mal. Es evidente que se mantiene en forma y huele a gel de baño y loción para después del afeitado. Su boca se acerca a mi oreja y me hace cosquillas al hablar.

—¿Me lo explicas?

—La rubia teñida de atrás, ¿me está mirando?

—No —responde confundido—. Un segundo, está dándose la vuelta.

Jaime me coge de la cintura y me empuja contra la pared para cubrirme. La respiración se me acelera a causa del sobresalto. Me coge el rostro con ternura y se inclina hacia mí. Pego la espalda a la pared cuando temo que vaya a besarme, pero en lugar de ello, se limita a apoyar un brazo en el muro de ladrillo mientras finge que estamos tonteando.

—Me temo que van a pensar que estamos liados.

—Lo siento —me disculpo avergonzada, y observo por encima de su hombro que Cristina sale del local.

Respiro aliviada, pero él no se aparta. Su cuerpo está demasiado cerca del mío y una de sus manos sigue sobre mi mejilla.

—Suerte que las relaciones entre trabajadores no estén prohibidas —dice con tono socarrón.

Enarco una ceja en plan: no sigas por ese camino. Jaime se ríe y le brillan los ojos.

—Porque así no tendremos que dar explicaciones. No insinuaba otra cosa, mal pensada —me tranquiliza, y me guiña un ojo.

No sé si creerlo del todo, pero es la segunda vez que me salva el pellejo, y lo menos que puedo hacer es agradecerse.

—Ni yo estaba pensando nada raro —le miento con una sonrisa—. Gracias, otra vez. Y perdona por meterte en esto. Eres el primero que pasaba por aquí.

—Vaya, me siento halagado.

Pone tal cara que no puedo evitar reírme. Al final, él deja caer la mano y pone los ojos en blanco.

—Mi autoestima está por los suelos.

—¡No seas tonto! —le pido divertida—. ¿Quieres que te regale los oídos?

—No estaría de más.

—Eres encantador.

—Joder, eso ha sido como darme una patada en el estómago. A las mujeres no os gustan los hombres encantadores. Son los amigos con los que nunca tendríais nada.

Ahora soy yo quien pongo los ojos en blanco.

—No pienso aumentarte el ego. Sospecho que no te hace falta.

—¿Y eso?

Le dedico una mirada traviesa.

—Seguro que tienes éxito entre las mujeres, a mí no me engañas.

—El éxito es relativo.

Lo miro en plan interrogante, pero él no dice nada más. Aunque estoy convencida de que he dado en el clavo. Jaime es atractivo, carismático y buena gente. Problemas para ligar seguro que no tiene.

—¿Me explicas ahora porque huías de esa mujer?

—Es... una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Ya, pero...

—Que no me lo quieres contar —adivina, pero no está enfadado, más bien intrigado—. No recordaba que fueras tan asustadiza.

Sé que está intentando picarme para hacerme hablar, así que me limito a encogerme de hombros.

—Es un mal bicho —le digo, y me arrepiento al instante—. No debería hablar así de otra mujer, pero es la verdad. Digamos... que podría haberme puesto en un aprieto.

—En ese caso me alegro de haberte echado un cable. ¿Necesitas algo más?

El tono provocador con el que formula la pregunta no me pasa desapercibido.

—No —respondo más seria—. Debería irme ya. Acabo de pasar mi límite de las tres cervezas.

—¿Y qué sucede a la cuarta?

—Uy... no quieras saberlo.

—Ahora me muero de ganas.

Me pongo de puntillas y le susurro al oído:

—Me desmadro.

Él suelta una carcajada.

—Nos vemos mañana.

—¿Quieres que te acerque?

—¿Y deberte otro favor? Va a ser que no. La lista se va haciendo muy larga.

—Lo mismo no te los cobro —dice, y de nuevo utiliza ese tono provocador.

—Me da que no haces nada gratis.

—Depende de para quien —se acerca más a mí y dice, mirándome los labios—: para ti, lo que sea.

Uy. Uy. Uy. ¿En qué momento hemos pasado de bromear a tontear? Activo el radar de alerta y retrocedo para poner distancia. Jaime me cae genial, pero no vamos a tener nada. Mejor dejar las cosas claras que permitir que se haga ilusiones.

—Adiós, Jaime. Nos vemos mañana —le digo, con tono tajante.

Él asiente y atisbo el rastro de la decepción en su cara.

—Adiós, Tana.

## La mala de la película

Me quedo de piedra cuando llego a la parada del autobús. Ahí está: el mal bicho. La hortera de las mechas. La mala de la película. Su secretaria.

—¡Tana, qué sorpresa!

Sonríó con frialdad. Sí, es una sorpresa de lo más desagradable.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, y noto como intenta adivinarlo para usarlo en mi contra.

—Coger el autobús.

—Ya —responde con un deje irritación—. Eso ya lo sabía. Y dime, querida, ¿qué tal te va la vida desde que te despidieron?

Aprieto los dientes.

—No me despidieron, me fui.

—Pero supongo que tarde o temprano te habrían echado. Muy acertado por tu parte largarte con la cabeza alta. Eso no lo hace cualquiera —hay tanta malicia en sus palabras que no entiendo como no se envenena con su propia lengua.

—Eso es mucho suponer, bonita. Me fui porque quise, que es más de lo que puedes decir tú. ¿Cuándo se te acaba el contrato? ¿En dos meses? ¿Tres? Supongo que bastará para que te terminen calando.

Me dedica una sonrisa helada.

—No sé de qué me hablas.

—Uy, sí que lo sabes —le guiño un ojo, porque odio la falsedad. No nos soportamos, para qué fingir.

—Tengo entendido que has encontrado trabajo. En uno de esos ¿cómo se llaman? ¿Todo a cien?

—No es de tu incumbencia.

—Me alegro de que rehagas tu vida. Ya sabes lo que dicen: no hay que mirar al pasado.

—¿De qué hablas? —pierdo los nervios.

—Eso mismo le dije a Max el otro día...

—¿Intentas provocarme? —adivino su intención—. Ya sabes lo que dicen sobre la gente tóxica: perdónala y déjala ir. No te guardo rencor, bonita. Para mí, ni existes.

Cristina intenta enmascarar su rabia, pero no lo consigue.

—Me alegro. Así no temeré por mi vida cuando me acerque a Max —se jacta.

—Claro que sí, tú sigue intentándolo. Lo mismo para el milenio que viene consigues que él deje de mirarte como si fueras un piojo.

—Ay, ¡qué graciosa eres! Tiene mucha gracia, porque la gente se deshace de los piojos, pero Max, por el contrario, está pegado a mí las veinticuatro horas del día. Y resulta que cada día soy más indispensable para él. Ayer cenamos juntos, ¿no te lo ha contado?

Intento ignorar sus provocaciones, pero noto que me hierva la sangre. Es evidente que solo lo dice para sacarme de mis casillas, porque no le doy crédito. Max ni siquiera la miraría, ¿no? Pues claro que no, ni siquiera es su tipo. O, como me dijo Andrea, ¿el roce hace el cariño?

—Es tan encantador... tan caballeroso... en fin, qué te voy a contar a ti. ¿Cómo has podido

renunciar a un hombre así? Si yo fuera tú, me estaría tirando de los pelos ahora mismo. Pero como no lo soy, lo mínimo que puedo hacer es agradecerte que me hayas dejado el camino libre. Eres un sol.

Pues estoy a punto de convertirme en una supernova, porque me queda nada para explotar. En lugar de ello, cuento hasta tres y respiro profundamente. Intento dejar a un lado mis celos cuando le hablo.

—Es patético que intentes molestar a la ex del hombre que te gusta. Eso sugiere dos cosas: estás muy desesperada, y sabes que en el fondo él no te hace ni caso. En fin, bonita, ¡qué seas muy feliz amargándole la vida a todos los que tienes alrededor! En eso seguro que triunfas.

—¡Oye! —se cabrea.

Pero no la dejo hablar, porque mi autobús llega y entro por la puerta con ganas de perderla de vista. Jolines, cuando dije que era un mal bicho me quedé corta.

## Un mal día

Por la mañana, soy incapaz de olvidarme de las palabras de Cristina. ¿Será verdad que ella y Max tienen algo? Sé que intentaba provocarme, y en parte lo ha conseguido. Malena se sirve un café y consulta su reloj. Todavía le queda una hora para llegar a la oficina, pero como es una adicta al trabajo se marchará en un par de minutos. Es de las que piensa que el mundo se irá al garete si ella no está al mando.

—Buenos días.

—Buenos días —me saluda con tono seco, porque también es de las que tiene mal despertar.

—Estaba pensando...

—Suéltalo ya —me ordena de malhumor—. Lo que sea que vayas a pedirme.

—¿Por qué iba a pedirte algo?

—Es lo que haces siempre. Primero te vas por las ramas, y después terminas pidiéndome algo.

Pongo los ojos en blanco. Estoy convencida de que eso no es cierto. A ver, ¿cuándo fue la última vez que le pedí algo? Ni me acuerdo. ¿A que es una exagerada? Puf, menos mal que me tiene a mí para aguantarla.

—No voy a pedirte nada —le digo en tono indignado—. En realidad, sí. Que te bebas ese café con tranquilidad y desayunes algo antes de irte a trabajar. Numerosos estudios demuestran que las personas que van a trabajar sin hacer un buen desayuno rinden menos en el trabajo.

—¿De dónde te sacas esos estudios? —pregunta con desconfianza, antes de servirse un tazón de cereales.

—Eso no viene al caso —le resto importancia—. ¿Sabes que ayer me encontré a Cristina?

Me mira de reojo, pero no dice nada. Remuevo la cuchara dentro del cola cao para fingir que le estoy contando un dato sin importancia.

—Fue muy simpática. Ya sabes, en su línea de mosquita muerta que finge ser un encanto.

—Ajá...

—Y me dejó caer que ella y Max ahora son muy amigos —Malena frunce el ceño, así que continúo—. Amigos en plan inseparables. Y yo me dije: vaaaaya, resulta que Max ya lo ha superado. Porque, ¿lo ha superado? No es que a mí me importe, es solo que...

—Si me vas a preguntar si tienen algo, será mejor que seas directa.

—De acuerdo —me rindo, porque me pueden las ganas—. ¿Tienen algo?

—Pregúntaselo a él —responde tajante, y se termina los cereales en cuatro cucharadas.

Me la quedo mirando con expresión impaciente, pero ella no suelta ni prenda.

—¡Tener amigas para esto! —me quejo en plan dramática.

—Paso de meterme en vuestras movidas, siempre salgo escaldada. Si sigues interesada en él, descuelga el teléfono y pregúntaselo tú.

—P-pero...

—¡Adiós!

Cierro la boca cuando ella da un portazo. No me lo puedo creer. O sea, que sí, tienen algo. Es evidente, ¿no? De lo contrario, Malena no habría tenido ningún problema en resolver mis dudas. Está clarísimo. Max se ha arrojado a los brazos de su secretaria.

\*\*\*

Paso el resto del día de un humor de perros. Ni siquiera respondo a los desplantes de Luci

porque no tengo ganas de nada. En algún momento del día él parece notarlo, porque da un puñetazo sobre el escritorio y me saca de mi ensimismamiento.

—¿Se puede saber qué te pasa, Tarta de fresa?

—Nada.

—¡Nada! —exclama exasperado—. Hoy estás muy rara. Casi te prefiero hablando por los codos.

—¿En serio?

Se lo piensa mejor.

—No. Pero, por todos los santos, ¿qué puñetas te pasa?

—¿Nunca ha estado enamorado?

Luci me observa como si acabara de gastarle una broma. No es culpa mía, él ha preguntado.

—Así que es mal de amores... —dice con una sonrisa sarcástica—. No pierdas el tiempo con eso, Tarta de Fresa.

—¿Por qué yo valgo mucho?

—No, porque tienes un montón de trabajo que hacer.

Eso me pasa por hacerme ilusiones. Puede que todos tengan razón y en el fondo Luci solo sea un viejo amargado que disfruta haciéndole la vida imposible a los demás. Así que paso el resto de la jornada sumergida en el trabajo. Al final del día, voy hacia su despacho para recoger mi bolso y me encuentro a Luci observando una fotografía con gesto ausente. En su escritorio no hay fotos, así que debe tenerla guardada en alguna parte. ¿Será importante para él?

Estoy tan conmovida que me quedo allí plantada sin hacer ruido. Sea quien sea la persona de la foto, debe ser importante para él. Sus ojos vidriosos no mienten.

—¿Qué quieres? —me ladra.

Doy un respingo cuando me pilla espiándolo.

—Solo venía a por mi bolso.

—Pues cógelo y lárgate.

Si no fuera por lo que acabo de ver, pensaría que Luci es un caso perdido. Pero en lugar de ello, recojo mi bolso y me despido de él con una sonrisa. Primero encontraré donde guarda la foto y luego adivinaré porque es un hombre tan triste. Porque Luci no es ningún ogro, sino una persona apagada que necesita un poco de luz.

## ¿Y a este quien lo ha invitado?

Hoy es el cumpleaños de mi sobrina Manuela. Tessa y Héctor han decidido cerrar la cafetería al público y hacer una pequeña celebración con los de siempre. Así que espero encontrarme con Nati, Pablo, Javi y Andrea. Me vendrá bien distraerme con mis amigos, porque la verdad es que estoy bastante pfof desde que lo dejé con Max.

—¡Holaaaaaaaaa! —los saludo, cargada con el enorme regalo que llevo para Manuela.

—Qué te gusta hacerte de rogar —se queja Nati.

—¡Siempre la última! —me sermonea Javi.

—Yo también me alegro de veros —digo, dejando la enorme caja en el suelo—. ¿Dónde está mi preciosa sobrina?

—Tana —me saluda mi hermana, y me agarra del brazo—. Hay algo que debes saber.

—¿Qué pasa? —pregunto, buscando a la niña.

—He invitado a Max.

El alma se me cae a los pies.

—¿Qué? —intento controlarme, pero mi voz se descontrola.

—Es el padrino de Manuela... —intenta justificarse.

—¡Me da igual! Estas cosas se avisan.

—Si te hubiera avisado, no habrías venido.

Tiene razón, pero estoy tremendamente cabreada. Desde que lo dejé con Max, todos intentan justificarlo o le echan un cable. ¿Y qué hay de mí? Se supone que son mis amigos. Pero todos se comportan como si lo quisieran más a él. Jolines, Tessa es mi hermana. ¿De qué va?

—Habría venido por mi sobrina —le miento—. Pero me hubiera gustado estar preparada.

Y entonces lo veo. Está cogiendo a Manuela en brazos y se le cae la baba. Literal. Max está tan guapo como lo recordaba. Y con un bebé en brazos es como si su atractivo se multiplicara. Tengo que contenerme para no cruzar los metros que nos separan y arrebatarla a la niña.

—Por favor, no montes un espectáculo —me pide mi hermana.

—Descuida, soy idiota, pero tampoco tanto —le responde, profundamente herida.

—Tana...

Me aparto cuando intenta tocarme y me acerco a Max. Todos creen que soy inestable, pero voy a demostrarles que si me obligan a tratar con Max, sé comportarme como si no me importara.

—Hola.

—Hola, Aitana.

Max y yo nos miramos tensamente. Se hace un incómodo silencio y ninguno de los dos sabe qué decir. En realidad, me gustaría decirle una larga lista de cosas. Pero no puedo, no quiero o el orgullo me lo impide. Así que me pierdo en sus ojos verdes y noto el temblor que se apodera mi cuerpo.

—¿Quieres cogerla?

—No, ya la cogeré luego.

—Quizá debería haberte llamado para avisarte de que vendría, pero no sabía si me cogerías el teléfono.

—No te lo habría cogido.

Max pone mala cara.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Todo bien?

Me mira extrañado.

—Como siempre, ¿por qué lo dices?

—Por nada —sonríe con falsedad.

—Te conozco y sé cuando mientes. ¿Quieres preguntarme algo?

—¿Yo? —otra sonrisa falsa—. No. Simple cortesía. Intentaba ser amable preguntándote si te iba todo bien. Tú me respondes que sí, luego me preguntas lo mismo, respondo que bien, y se acaba la conversación.

—No estoy bien.

Enarco una ceja. Se supone que eso no es lo que tiene que decir. Lo miro a los ojos y veo que hay cierta vulnerabilidad en ellos. No para alguien que no lo conozca, pero yo puedo ver más allá.

—No estoy bien desde que hablamos por última vez. Qué demonios, desde mucho antes.

—Hubieras medido tus palabras.

—Aitana... no empezamos, estoy intentando...

—¿Hacerme sentir mal? —acabo la frase con desdén, le hago una carantoña a la niña y me alejo de allí.

Puedo adivinar que su mirada furiosa persigue mi espalda. Me da igual. Si se siente mal, que hubiera pensado antes lo que me dijo. O lo que hizo. Es muy fácil sentirse culpable después de herir a alguien.

\*\*\*

Es como si mantuviéramos un duelo de miradas. Primero me mira, luego lo miro yo, y después fingimos que no ha pasado. Me cruzo de brazos y clavo la vista en la pared. Da igual que mantengamos la distancia, porque nos atraemos de una manera irresistible. ¿A quién quiero engañar? Estoy furiosa y decepcionada con él, pero también profundamente enamorada. Y hablaría con él de no ser que lo primero que me sale por la boca cuando lo veo es mi orgullo.

—¡Hora de los regalos! —exclama emocionada mi hermana.

Manuela, en mi regazo, hace caso omiso a la emoción de su madre. Es demasiado pequeña para comprender todo el jolgorio que hay a su alrededor. Nati se toca la barriga y sonrío, supongo que porque sueña con todo lo que está por venir.

—Y ahora el regalo del padrino —dice Héctor, y rasga el envoltorio del enorme paquete.

Entonces se me desencaja la expresión. No... puede... ser... Es una moto correpasillos de Frozen. Es la misma que he comprado yo. Recuerdo el catálogo de juguetes encima de la encimera de la cocina. La cruz que hice sobre la moto. Seguro que Max la vio y se apropió de mi idea. ¿Cómo puede ser tan ruin?

—¡Oh, qué monada! —mi hermana me arrebató a Manuela para colocarla sobre el correpasillos—. ¡Gracias, Max! Manuela es afortunada de tener un padrino como tú.

Noto que la rabia me carcome por dentro. Lo sé, solo es un regalo. Pero era mi regalo. Y es mi sobrina.

—Y por último, el regalo de su tita favorita.

—Soy su única tita —digo, como una niña pequeña—. No lo abras. Es el mismo regalo de Max. Lo descambiaré por otra cosa.

Todos se quedan en silencio porque temen que se arme la tragedia.

—Puedo descambiar el mío —sugiere Max.

—Déjalo.

—Lo digo en serio.

—He dicho que no.

Asiente sin decir nada y volvemos a mirarnos con una tensión que todos notan. Suspiro y aparto la mirada. Lo último que quiero es aguarles la fiesta, así que me levanto para ir al baño. Me echaré agua en la cara, contaré hasta tres y respiraré profundamente.

\*\*\*

Estoy más tranquila cuando salgo del baño, pero me choco con alguien en cuanto doy dos pasos. No necesito mirarlo a la cara para saber quién es.

Max.

—¿Podemos hablar? —pregunta en tono cordial.

—No me apetece.

Se interpone en mi camino y cierra la puerta del pequeño pasillo que separa los baños y la cafetería. Lo miro exasperada.

—Puedo entender que no te apetezca tener trato conmigo, pero deberíamos ser cordiales cuando nos veamos obligados a vernos.

Resoplo para quitarme un mechón de pelo de la cara.

—Nuestras conversaciones siempre acaban igual.

—No quiero incomodar al resto de la gente. Primero Malena, luego nuestros amigos...

—Son mis amigos.

Él me mira sorprendido.

—¿En serio?

Me encojo de hombros, porque ahora que lo he dicho, sé que suena fatal. Peor, es ridículo.

—Las personas no te pertenecen por el simple hecho de que tú las conocieras primero.

—Tienes razón —admito para su sorpresa—. Pero ¿sería mucho pedir que desaparecieras de mi vista durante una temporada? No sé... hasta que se enfríen las cosas.

—Perdona por molestarte —dice con ironía.

—No pasa nada, seguro que te sale natural —respondo con su mismo tono—. Como lo del regalo.

—No lo dirás en serio. ¡Lo del regalo ha sido una casualidad!

—El catálogo de juguetes estaba encima de la encimera de tu cocina, y señalé el correpasillos de Frozen. Ahora no te hagas el inocente...

Max me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿De verdad piensas que yo haría algo así a propósito? Me conoces. ¿Por quién me tomas?

—Esa misma pregunta te hice yo hace unas semanas. ¿Y sabes qué? No me creíste.

Max se queda callado durante un par de segundos que me saben a victoria. Ja, ¡sabe que tengo razón!

—Eso no es... —frunce el ceño y pone mala cara—. Debo ser imparcial en el trabajo, ya lo sabes.

—Oh... sí, tan imparcial que te tiras a tu secretaria.

Aprovecho su momento de desconcierto para abrir la puerta y salir de allí.

—¡Aitana!

Voy hacia el montón de los regalos, cojo el que está sin abrir y me voy de allí ante la mirada atónita de todos.

—Os dejo con el mejor padrino del mundo.



## ¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Recuerdo aquel verano. Las risas, la adolescencia y ese mundo sin preocupaciones. Recuerdo al chico desgarbado que siempre se reía de mis chistes malos. El mismo con el que tonteaba bajo la sombra de un árbol y que me robaba besos a escondidas que me sabían a gloria. Recuerdo nuestra primera vez, que también fue la mía. Su amabilidad y su dulzura. Y recuerdo despedirnos con una sonrisa sin saber si nuestros caminos volverían a cruzarse.

Ahora estoy bebiendo en la barra de un bar de mala muerte para ahogar las penas. Contengo un hipido y me pido otro ron con coca cola. Al tercero, estoy bastante achispada y me río de todo. Al cuarto, la cabeza me da vueltas.

—Hola.

Miro sorprendida a Jaime, que acaba de sentarse a mi lado.

—Ey... ¿cómo sabías que estoy aquí?

—Me mandaste un mensaje hará media hora.

Arrugo la frente. ¿Yo he hecho eso? Uf... observo la copa como si ella tuviera la culpa y la señalo con un dedo.

—No he sido yo... ha sido eso.

—¿El cubata me ha mandado un mensaje? —se parte de risa.

—Sip...

Jaime apoya su mano sobre la mía con delicadeza para apartarla de la copa.

—Deberías dejar de beber. Mañana tendrás una resaca monumental, pero estás a tiempo de limitar sus efectos.

—Quiero beberme todo el ron de este bar.

—No me digas... ¿y eso por qué?

—Porque mi ex es un cretino.

—No lo conozco —me dice con suavidad, pero aparta la copa de mi alcance—. Aunque dentro de las peores razones para emborracharse, seguro que esa ocupa el primer puesto.

—¿Tú crees?

Me mira con cariño y me ayuda a bajar del taburete. Tengo que aferrarme a sus hombros para mantener el equilibrio.

—Deja que te lleve a casa. Y mañana, si quieres, hablamos de todo esto con más calma.

—Mañana estaré muy avergonzada...

—Fingiremos que no ha pasado.

No sé por qué, pero de repente me entra la risa floja. Él me mira extrañado mientras me ayuda a salir del bar.

—¿De qué te ríes?

—¿Es algún tipo de estrategia?

—No te entiendo.

—Una estrategia... ya sabes... para...

Formo un cero con los dedos pulgar e índice de la mano derecha e introduzco varias veces el índice de la mano izquierda. Jaime se aguanta la risa como puede.

—¡Tana! —dice, agarrándome las manos cuando nos mira la gente—. Métete en el coche y pórtate bien, ¿vale?

Hago lo que me dice y me siento muy quieta. Todo me da vueltas. Ay... ¿por qué bebo? Me siento fatal.

—No era literal. Puedes hablar si quieres.

—Tengo ganas de vomitar.

Jaime detiene el coche a un lado de la carretera y baja mi ventanilla. Saco la cabeza y vomito. Él me tiende un kleenex con el que me limpio la boca. Luego vuelvo a sentarme con los ojos cerrados y ganas de morirme.

—Qué vergüenza... —me tapo la cara.

—No pasa nada.

Me da una palmadita en la rodilla, y automáticamente rompo a llorar.

—Podría haber sido peor... —intenta consolarme.

—¿Tú crees? —pregunto angustiada.

—Conociéndote...

Dejo de llorar y le doy un guantazo. Los dos nos reímos y me siento un poco mejor. Después de unos minutos en los que él se cerciora de que no voy a vomitar, arranca el coche y conduce hasta mi casa. A pesar de mis peticiones, me ayuda a subir en el ascensor y no se queda tranquilo hasta que me acuesta en la cama. No sé qué se apodera de mí cuando le agarro la mano.

—No te vayas...

—¿Te cuento un cuento? —bromea.

—No quiero estar sola —hago un puchero y rompo a llorar—. Me siento muy sola.

Jaime se sienta en el borde de mi cama y va a tocarme, pero se lo piensa mejor y deja la mano sobre la almohada.

—Dios... no es buena idea —lo oigo decir.

No sé a qué se refiere.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Eres lo bastante lista para saberlo —me aprieta la mano un segundo y se levanta—. Buenas noches, Tana.

—¿No me das un beso?

Jaime suspira y se queda plantado delante de la puerta.

—Pídemelo otro día.

Y se va.

## Aquel verano en el campamento...

Tenía diecisiete años cuando fui a aquel campamento de verano en Mallorca. Un sitio repleto de niños de familias bien al que mis padres me enviaron para que aprendiera inglés. Salí de allí con el mismo nivel de inglés con el que llegué, pero me fui después de haber vivido una de las mejores experiencias de mi vida. Los amigos que hice, las risas, mi primer amor...

Aunque, para ser sincera, por aquel entonces ya estaba coladita por Max. Aprendí a convivir con aquel amor no correspondido mientras me comportaba como cualquier adolescente de mi edad. Y allí, en aquel lugar, nos vimos por primera vez. Él se estaba bañando en el estanque y yo andaba como cualquier chiquilla de diecisiete años: con las hormonas revolucionadas.

Mis ojos admiraron aquel cuerpo bronceado y no pude evitar que la admiración y el deseo poseyeran mi expresión. Entonces, él salió del agua y me salpicó. Puse mala cara y eso tuvo que hacerle mucha gracia, porque soltó una carcajada.

—¿No te das un baño, preciosa?

—No me apetece, y no me llames preciosa —le respondí, para hacerme la digna.

—De acuerdo, preciosa.

Fruncí el ceño y él volvió a reírse, así que puse los ojos en blanco.

—Eres más de admirar el paisaje, ¿no?

—No te sigo —respondí esquiva.

Él me dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Este cuerpo serrano no es la primera vez que deja impresionada a una chica.

Me quedé pasmada por su descarado, y él me guiñó un ojo. Hasta entonces, estaba acostumbrada al tonto inocente con chicos de mi edad, pero aquel coqueteo descarado me puso las mejillas coloradas.

—No sé de qué cuerpo hablas, porque tú eres un tirillas —le respondí con chulería.

—¿En serio? Por la cara que pusiste antes, yo diría que te gustaba lo que veías.

Fui a decirle que era un chulo, pero entonces sacó músculo y yo me partí de risa. Por lo visto, además de ser guapísimo tenía un peculiar sentido del humor.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Si sigues diciéndome preciosa, no te lo voy a decir.

—¿No puedo llamar preciosa a una chica que lo es?

Tuve ganas de sonreír por el cumplido, pero me contuve. Se veía a leguas que era un ligón, y yo no quería ser un blanco fácil. Ni tampoco colgarme del primer chico que me dirigía la palabra en el campamento. Seguro que me estaba tomando por una pardilla y quería divertirse a mi costa.

—Eso depende... porque me da que tienes muy poca vergüenza.

—Auch... —se llevó una mano al pecho—, eso me ha dolido.

Entonces fui yo quien sonrió.

—Me llamo Tana.

Le tendí una mano, pero en vez de estrecharla, él cogió mis dedos y depositó un casto beso mientras me dedicaba una mirada traviesa. La retiré con pudor y le dediqué una mirada escéptica.

—Yo soy Jaime, preciosa. Y estoy encantado de conocerte.

—No me digas...

—Te digo más; estoy convencido de que vamos a llevarnos muy bien.

—Eso depende de tus intenciones...

—Contigo serán siempre buenas —me prometió sin perder la sonrisa.

Dudé de su palabra porque estaba convencida de que era un mujeriego. Tendría un par de años más que yo, pero por lo visto tenía más experiencia que yo en estos temas. Tampoco era difícil, pero...

—Ven —dijo, agarrándome la mano por sorpresa—. Te enseñaré el campamento y te presentaré a mis amigos.

—¿No te pones algo? —pregunté desconcertada, porque iba sin camiseta.

—¿Te molestan las vistas? —me provocó.

Volví a poner los ojos en blanco. Debía tener mucho cuidado con él...

Los días dieron paso a las semanas, y las semanas a los meses. El campamento estaba a punto de acabar, y para mi sorpresa, descubrí que Jaime no era como lo había imaginado. Sí, era un conquistador nato. Tenía loquitas a todas las chicas del campamento, pero por alguna extraña razón, él solo tenía ojos para mí. Y eso, para qué mentir, me volvía loca.

---

Pasábamos los días juntos, y me complacía ver que Jaime valoraba todas mis ideas. Mis locuras. Mis payasadas. Y al final me dejé llevar... porque me gustaba y solo iba a ser un amor de verano. Seguía estando coladita por Max, pero lo veía tan mayor e inalcanzable que aquel verano apenas pensé en él.

—¿Estás segura? —me preguntó con ternura.

Asentí bastante nerviosa.

—Es mi primera vez —le confesé avergonzada.

—No tienes de qué avergonzarte.

—Ya... pero tú no estás en mi situación, tienes experiencia —le dije, un tanto molesta.

—Es mi primera vez contigo.

Me acarició la mejilla con delicadeza y luego acercó su rostro al mío. Me besó con una ternura que me desarmó y me rendí por completo. Luego su boca descendió por mi cuello con una mezcla de besos y mordiscos que me volvieron loca. Y empezó a quitarme la ropa mientras yo intentaba hacer lo mismo con la suya con manos temblorosas...

\*\*\*

La última vez que nos vimos, llevaba puesta su camiseta favorita porque insistió en que me la quedase.

—Así podrás recordarme —me dijo.

El campamento llegaba a su fin y los dos volvíamos a nuestra vida. Él en Madrid, yo en Cádiz. Diecisiete y dieciocho años. Demasiado jóvenes y demasiada distancia para que alguno de los dos propusiera algo serio.

—Voy a echarte mucho de menos —me abrazó como si no quisiera dejarme marchar.

—Yo también.

—Sí, pero no tanto como yo, preciosa.

Sonreí por aquella palabra. Jaime me besó por última vez con anhelo, como si ya me echara de menos.

—Tal vez deberíamos darnos el teléfono —sugirió esperanzado.

Pensé en la distancia, pero sobre todo en Max. En la vida que me esperaba cuando volviera y en lo difícil que iba a ser mantener aquella relación. Prefería quedarme con aquel recuerdo imborrable y mágico. Para mí, él siempre sería mi primera vez. Mi primer amor. El chico del

campamento.

—Serendipity —le dije, y añadí ante su desconcierto—: un descubrimiento inesperado que se hace cuando estabas buscando algo diferente.

—Tana, no te sigo...

—Tal vez sea nuestro destino volver a encontrarnos... ya sabes, como en esa película. Dejaremos que el destino lo decida, ¿qué te parece?

—Si el destino vuelve a ponerte en mi camino, te prometo que entonces no te dejaré escapar.

Y con esa promesa, nos despedimos sin saber si alguna vez volveríamos a encontrarnos.

## Hecha un lío

Me levanto con una resaca monumental. Menos mal que hoy no trabajo, porque no estoy presentable. Me duele la cabeza, tengo náuseas y unas ojeras de mapache. Llego al salón arrastrando los pies y me encuentro a Malena sentada en el sofá con Gucci en el regazo. ¿Me lo parece a mí, o los dos me miran con actitud reprobadora?

—Buenos días.

—Ey —digo con debilidad.

—¿Qué tal?

—Uf —es todo lo que puedo decir.

—¿Quién era el tío de anoche?

Jolines, Jaime. Casi me olvido de que anoche me acompañé a casa. Y si la memoria no me falla, en algún momento de debilidad puede que le pidiera un beso. Madre mía... ¿voy a dejar de hacer el ridículo en algún momento de mi vida?

—Nadie.

—Tana...

—¡No pasó nada! —al alzar la voz, me sobreviene el dolor de cabeza—. Me pasé con el alcohol y me acercó a casa. ¿O ahora es un pecado beberse un par de copas?

—Solo te digo que no cometes un error del que puedas arrepentirte, ¿vale? Sobre todo cuando sigues enamorada de Max.

—Por lo visto, tienes mis sentimientos más claros que yo.

Ella pone los ojos en blanco.

—Muy bien, finjamos que no sigues enamorada de él.

—¡No he dicho eso! Además, si sigo enamorada de él es mi problema. Y puedo hacer lo que me dé la gana. Si me acuesto con un tío diferente cada noche es asunto mío.

—Nadie te dice lo contrario —responde irritada—. Pero si mañana te arrepientes, no digas que yo no estuve ahí para sermonearte como una buena amiga.

—Puf...

No quiero discutir, pero entonces caigo en la cuenta de algo y añado hecha una furia:

—¡Pero él sí puede acostarse con su secretaria! La lleva clara si piensa que voy a perdonarlo después de todo lo que me ha hecho. ¡Paso de él!

Malena me mira con frialdad y se levanta del sofá.

—Díselo a él.

Lo haré... algún día. Por el momento, me dedico a enviarle un mensaje a Jaime para intentar arreglar el desastre de la otra noche. Durante veinte minutos, me debate entre el tono y las palabras sin saber cómo afrontar esta situación.

—¿Qué le digo? —le pregunto a Gucci.

El perro esconde la cabeza en el hueco de dos cojines y empieza a roncar.

—¡Muchas gracias!

Leo el mensaje por última vez antes de atreverme a enviarlo.

*Yo: Hola. Siento mucho lo de anoche. ¡Lo que hacen unas copas de más! De veras que lo siento. Seguro que tenías cosas que hacer y te viste arrastrado por mi mala cabeza. Gracias por portarte tan bien conmigo. Apenas recuerdo nada, pero te pido disculpas si hice o dije algo que*

*estuviera fuera de lugar. Te debo una ??*

Vale, soy lo peor. Acabo de mentirle, pero me da vergüenza admitir que recuerdo haberle pedido un beso. Menos mal que él tuvo la decencia de negarse, porque de lo contrario tal vez habría pasado algo de lo que me hubiera arrepentido esta mañana.

**Jaime:** *no pasa nada. Todos nos hemos emborrachado alguna vez. ¿Te encuentras mejor?*

Respiro aliviada. Jolines, es un sol. No parece enfadado.

**Yo:** *regular.*

**Jaime:** *¿quieres que vaya a hacerte compañía? Las resacas a solas son una mierda.*

Observo su último mensaje con un sentimiento de culpabilidad. Quizá solo quiere quedar en plan amigos, pero algo me dice que no es verdad. Y si su intención es la que creo, la culpa es mía por haberle dado alas. Le respondo con un mensaje que no hiera sus sentimientos, pues no se lo merece.

**Yo:** *la verdad es que en este momento no soy la mejor compañía.*

**Jaime:** *no pasa nada. Yo seré tu mejor compañía.*

Me muerdo el labio. Esto me pasa por haber bebido demasiados ron con coca cola. ¿Y ahora qué?

**Yo:** *¡no puedo hacerte eso! ¿Qué clase de amiga sería? Es sábado, sal a divertirte.*

**Jaime:** *en vista de que no pillas las indirectas... ¿tengo que decirte que me apetece pasarlo contigo?*

Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Decido ser sincera porque es lo mínimo que se merece.

**Yo:** *si fueras otra persona te animaría a venir, pero en su día tuvimos algo y no puedo fingir que no estoy hecha polvo después de haberlo dejado con mi ex. Tú te mereces algo mejor. No te enfades, por fa.*

Está en línea, pero no me contesta. Seguro que se ha enfadado. No puedo culparlo, ¿qué esperaba? Le envío un mensaje a las tantas de la noche, acude en mi rescate, se porta como un caballero y le pido que me bese. Si siente algo por mí, se lo he puesto en bandeja. Dios mío, soy lo peor.

Estoy esperando su mensaje cuando sucede algo inesperado. Max me llama en ese momento y el teléfono me tiembla en las manos. No puedo dejar que siga dirigiendo mis sentimientos, así que respiro profundamente y descuelgo el teléfono. Intento responder con naturalidad, pero la voz me sale estrangulada.

—Hola.

—Hola —su voz es dura como el acero—. Sé que no quieres que te llame, pero he encontrado varias cosas tuyas en el armario. Supongo que quieres recuperarlas, así que dime cómo lo hacemos.

¿Tanto le molestan un par de trapos míos en su armario? Vaya, es increíble. Quizá le está haciendo un hueco a Cristina.

—¿Sigues ahí?

—Sí —respondo dolida—. Puedo pasarme esta tarde, si te viene bien.

Tarda en responder. Puede que haya hecho planes con Cristina. Noto como la rabia me carcome por dentro.

—Puedo ir yo.

¿Por qué no quiere que vaya? ¿Hay algo que intenta ocultarme?

—No. Prefiero ir yo y así me cercioro de que no queda nada en tu casa. No vaya a ser que vuelva a molestarte.

—¿Qué?

El desconcierto de su voz me saca de mis casillas.

—Nos vemos dentro de dos o tres horas.

—Si has tenido un mal día, no lo pagues conmigo.

—¿Tienes ganas de discutir?

—¿Hacemos otra cosa últimamente?

—¿Has bebido? —hay un tono reprobatorio en su voz.

—No es asunto tuyo.

—Me lo tomaré como un sí.

Cuelgo el teléfono y maldigo para mis adentros. Es completamente injusto que me conozca tan bien. Pero lo que de verdad no soporto es su tonillo engreído y esa capacidad innata para juzgarme.

Justo cuando estoy a punto de arrojar el móvil por la ventana, recibo la respuesta de Jaime.

***Jaime:** no me enfado, pero recuerda que soy un hombre de palabra con mucha memoria. Nos vemos el lunes. ¡Mejórate!*

No tengo ni idea de a qué se refiere. Jolines, estoy hecha un lío.



## Cansada de luchar contra lo que siento

Estoy hecha un manojo de nervios cuando llamo a su puerta. Como no quería ir sola, llevo a Gucci dentro del bolso para que me defienda en caso de que sea necesario. En cuanto la puerta se abre, Gucci salta del bolso y cae en los brazos de Max. Rata traidora.

—Hola.

—Hola.

Max y yo apenas nos aguantamos la mirada. Se echa a un lado para dejarme pasar y le rozo el hombro sin querer. De inmediato, me estremezco de la cabeza a los pies por ese contacto tan tibio. Puede que mi cabeza se niegue a perdonarlo, pero mi cuerpo no lo ha olvidado.

—¿Quieres tomar algo?

Sé que solo lo pregunta por educación.

—No, gracias.

—Vale, si necesitas cualquier cosa...

—Lo sé —digo, forzando una sonrisa—. No tardaré mucho.

—Tómame el tiempo que necesites.

Voy directa al pasillo, pero no puedo evitar darme la vuelta y espiarlo cuando él no me ve. Tiene a Gucci en brazos y le hace carantoñas que él recibe encantado. Ahogo un suspiro y apoyo la espalda en la pared. Luego sigo caminando y voy directa a su habitación. A la que antes era nuestra habitación. Abro las puertas del armario y sonrío porque sigue siendo el mismo adicto al orden de siempre.

Qué diferentes somos.

Mi parte del armario sigue siendo un caos, pero la suya está repleta de camisas pulcramente planchadas y ordenadas por colores. Esbozo una sonrisa y acaricio mi favorita, la de rayas azules que le queda como un guante. Sin poder evitarlo, la descuelgo y me la llevo a la cara para aspirar su olor. Huele tan bien...

—¿Qué haces?

Doy un respingo y me pongo colorada como un tomate. Qué vergüenza, acaba de pillarme con las manos en la masa.

—Eh... nada... —digo azorada, con la camisa en las manos—. Me gusta esta camisa.

—Te gusta cuando yo la llevo puesta.

—Qué tontería...

Max se acerca a mí y me siento muy pequeñita. Agarro la camisa con las dos manos como si así pudiera protegerme de su influjo. La barba de tres días le da un aspecto desaliñado de lo más sexy, pero lo que de verdad me deja sin aliento son sus ojos. Esos ojos verdes que me observan con una mezcla de frustración y deseo.

—Yo también hago lo mismo con tu ropa.

—¿Ah sí? —me tiembla la voz.

Asiente con tanta vulnerabilidad que reprimo las ganas de alargar un brazo y acariciarle la cara.

—Sí —responde con naturalidad, y a mí casi se me caen las bragas al suelo—. Cojo tu ropa y me aguanto las ganas de tirarla a la basura.

—¡Eres tonto! —exclamo abochornada, y le tiro la camisa a la cara.

Él se parte de risa mientras yo me voy poniendo colorada como un tomate. Soy una idiota por

caer en su juego. ¿Qué me esperaba? Cuando menos me lo espero, Max me coge de los hombros y me zarandea con suavidad.

—Venga, no te enfades, estaba bromeando. La chica de la que me enamoré tenía más sentido del humor.

—No sería yo.

—Siempre has sido tú —confiesa con voz ronca.

Me tiemblan las piernas y tengo que hacer un gran esfuerzo para aguantarle la mirada.

—¿Sigues pensando que lo del regalo fue a propósito?

—Por supuesto que no.

—Bien —responde complacido—. Jamás te haría daño queriendo.

—Sin querer ya lo haces.

Max suspira y me mira apenado. Una de sus manos sube por mi clavícula y me acaricia el cuello.

—Aitana... qué difícil me lo pones.

—Lo mismo te digo —respondo enfurruñada.

Él sonríe de medio lado.

—Ni siquiera sabes a qué me refiero.

—¿A qué te refieres?

—A lo difícil que es acercarme a ti porque tú no me dejas.

—Será que estoy enfadada...

—¡No me digas!

Nos batimos con la mirada durante tres segundos. Luego, él cierra los ojos y se aparta de mí. Abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor y se dirige a la puerta.

—Me había propuesto que no discutiéramos hoy.

—Pues a ver si lo cumples.

—Lo mismo te digo —refunfuña, antes de irse.

Dejo escapar el aire que llevaba todo ese tiempo conteniendo. Al final, meto a toda prisa la ropa dentro de la bolsa. Estoy a punto de dar por concluida la tarea, pero me lo pienso mejor y voy hacia el cuarto de baño. Recojo las cremas y el maquillaje que me dejé, pero no puedo impedir echar un vistazo más exhaustivo por si encuentro pruebas de la presencia de Cristina en su casa. Reconozco que me quedo bastante aliviada cuando no hallo nada sospechoso. Dios mío, soy patética. ¿Qué más me da? Tiene todo el derecho del mundo a rehacer su vida con quien quiera. Aunque me escueza. Aunque me fastidie muchísimo que tenga que elegir, entre todas las mujeres del mundo, a esa petarda que está empeñada en hacerme la vida imposible.

—Ya he terminado —le digo, cuando regreso al salón.

Max está tirándole la pelota a Gucci y los dos parecen encantados. Dejo la bolsa en el suelo y los miro sin poder reprimir una sonrisa.

—Echo de menos al pequeñín —confiesa, cuando el bribón se pone bocarriba para que le rasque la barriga.

—Parece que él también te echa de menos —respondo, y no sé de qué me sorprende. Es normal que se hayan encariñado mutuamente, porque convivimos durante un año—. Puedes verlo cuando quieras.

Max me mira sorprendido, se levanta y lanza la pelota por el pasillo. Gucci se pierde detrás de ella y lo sigo con la mirada.

—También te echo de menos a ti —admite, y busca mi mirada.

Nos miramos, esta vez sin tensión pero con muchas ganas. Mi respiración se acelera y soy consciente de que me queda muy poca voluntad para rehuirlo.

—Max...

—¿Qué?

Se acerca a mí y acuna mi rostro con sus manos. No me aparto. No puedo y no quiero. Dios, lo echo tanto de menos que me duele físicamente. Una de sus manos se traslada a mi nuca y me obliga a mirarlo. En sus ojos veo un deseo que me traspasa. Pero también mucho más. Algo más profundo e íntimo que sé que solo reserva para mí.

—Joder, Aitana... no deberías estar haciendo las maletas...

—Me has llamado para que me llevara mis cosas.

—No —suelta un gruñido y me agarra como si no quisiera dejarme escapar—. Te he llamado porque necesitaba verte y cualquier excusa me bastaba para hacerlo.

Apoyo mi mano sobre la suya y siento esa conexión tan brutal. Me hierve la piel. Me pueden las ganas. Le miro la boca y estoy a punto de perder la cordura.

—No podemos dejar de hacernos daño. No es bueno para ninguno de los dos —intento hacerlo entrar en razón.

—Lo sé —admite desesperado—. Pero también sé que no puedo seguir luchando contra lo que siento.

—Ni yo —se me escapa.

Es todo lo que él necesita para rodearme por la cintura y pegarme contra su pecho. Sonríe de esa manera que me vuelve loca. Con esa sonrisa ladeada y un tanto egocéntrica que le aviva el atractivo.

—Habrás que buscar una solución.

—Vale —musito, y me rindo cuando acerca su boca a la mía.

La violencia del beso me pilla completamente desprevenida. Max aprieta su boca contra la mía y los dos perdemos el control. Mi cuerpo lo ha echado tanto de menos que responde con un deseo desatado. Max busca mi lengua y se me escapa un gemido desesperado cuando la encuentra. Mis manos le acarician los brazos mientras las suyas se meten por dentro de mi blusa.

—Ah...

Max me muerde el lóbulo de la oreja y susurra con voz ronca en mi oído:

—Te haría tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Lo que quieras —le pido con voz trémula.

Se lo toma al pie de la letra y comienza dándome mordisquitos en el cuello que aceleran mis pulsaciones. Sus manos me acarician el estómago y suben hasta rozar la tela de mi sujetador de encaje. Me agarra las tetas y me besa la barbilla, lo que me desata. Busco a tientas la erección de sus pantalones y lo acaricio por encima de la tela de los vaqueros.

—Aitana... —gruñe, enterrando la boca en el hueco de mi garganta.

Forcejea con el cierre del sujetador y sonrío triunfal contra mi piel cuando lo abre. Entonces sus manos acarician mis pechos hasta llegar a la parte más sensible. Se me escapa un gemido cuando me aprieta los pezones. Luego me empuja contra la pared y me sube la blusa para hacer de las suyas.

—Uf... —suspiro, al entender lo que se avecina.

Max deja de besarme y mete la cabeza entre mis pechos. Comienza con besos suaves y húmedos que se van transformando en pequeños mordiscos. Hasta que llega al pezón derecho, abre la boca y lo succiona con suavidad. Mi mano se entierra en su pelo y se me escapa otro

gemido. Quiero darle el mismo placer que él me está regalando, así que le desabrocho la bragueta y meto la mano dentro de sus calzoncillos. Acaricio con dos dedos su miembro erecto y él suelta un gruñido.

—¿Te gusta? —le pregunto con voz melosa.

Él deja escapar una carcajada ronca.

—¿Tú qué crees? Cómo sigas así...

Lo masturbo y él se vuelve loco. Mete la mano por dentro de mi falda y me acaricia por encima de la tela con dos dedos.

—Ay... no pares... —le suplico sofocada.

—Como sigas me voy a correr en los pantalones —me asegura.

Me agarra de la cintura y me empuja sobre el sofá. Me pilla tan desprevenida que termino en una posición que le facilita las cosas. Bocarriba y con las piernas abiertas, Max me dedica una mirada prometedora antes de apartar mis braguitas y penetrarme con dos dedos. Me muerdo el labio y arqueo las caderas. Oh... es tan jodidamente bueno...

De repente, se detiene con brusquedad y lo miro confundida y arrebolada por el deseo. Pone sus manos sobre mis mejillas y me da un beso corto.

—Tengo los preservativos en la mesita de noche.

—Vale.

—¿De verdad quieres...?

—¡Max! —pongo los ojos en blanco y me da por reírme. No me puedo creer que me lo esté preguntando en serio—. Date prisa.

Vuelve a besarme antes de ponerse de pie. Suelto un suspiro y me tapo la cara con las manos. Madre mía... es increíble que hayamos perdido los papeles de esta manera. Cuando me tumbo en el sofá, me clavo algo en el trasero y doy un respingo. Me pongo de pie para recoger el móvil de Max, que debe habersele caído del bolsillo. Lo agarro para dejarlo sobre la mesita baja, pero justo en ese momento se ilumina con la llegada de un mensaje.

—Deben de estar por aquí —lo oigo decir—. Un segundo, nena.

Dice algo más, pero dejo de prestar atención cuando aparecen dos notificaciones que puedo leer sin desbloquear el teléfono. El remitente no me deja lugar a dudas: Cristina secretaria.

*Cristina secretaria: hola, cielo.*

*Cristina secretaria: ¿nos vemos esta noche? 😊*

Dejo el móvil encima de la mesa y reacciono con una frialdad impropia de mí. Me bajo la falda, me abrocho el sujetador, cojo a Gucci en brazos y la bolsa con mis pertenencias. Luego voy directa a la puerta y salgo de allí sin molestarme en cerrarla. Max es lo suficiente listo para saber lo que ha sucedido.

## De la frialdad a la rabia

Que en un primer momento reaccionase con frialdad no impide que la rabia me carcoma horas más tarde cuando se lo cuento a Malena, que me escucha con una mirada atónita. Su expresión, por desgracia, solo me confirma lo que siento.

—¿Estás segura de que era la misma Cristina?

—Cristina secretaria. ¿Quién si no?

Malena se queda callada, y a mí se me escapa una risa sarcástica.

—Soy una imbécil. He dejado que estuviera a punto de follarme cuando se está tirando a su secretaria... —sacudo la cabeza y me trago las lágrimas que pugnan por salir—. En el fondo me alegro de haberlo leído. ¡Por fin he abierto los ojos!

—No entiendo nada —admite Malena—. No sabía que ellos dos... nunca los he visto en ese plan, te lo juro. El otro día no te lo negué porque pensé que así teníais un motivo más para hablar, no porque lo estuviera encubriendo. Te lo juro.

—¡Pues ya ves que estaba en lo cierto!

—Debe de haber una explicación... —insiste, porque en el fondo es su amiga y se niega a abrir los ojos.

—Le decía cielo, le proponía quedar esta noche y añadía un icono con corazoncitos. ¿Quién te habla así?

—Reconozco que es bastante raro, pero...

—Deja de justificarlo —le pido exasperada.

—¿Todavía no te ha llamado?

—¡Esa es otra! —exclamo furiosa—. No, no lo ha hecho. ¿Sabes por qué? Porque lo he pillado y no tiene ninguna excusa. ¡Por eso!

En lugar de seguir justificándolo, Malena se acerca a mí y me mira preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí —miento, aunque me sorprende no haberme echado a llorar. Supongo que estoy tan cabreada por lo sucedido que ahora mismo no tengo espacio para las lágrimas—. Estoy bien.

Decido darme un baño para relajarme, a pesar de que agradezco el esfuerzo de Malena para no dejarme sola. Pero en cuanto el agua empieza a correr, me empiezo a sentir como una auténtica mierda. No entiendo nada, esto no es propio de Max. Jugar con dos mujeres a la vez es algo que el Max del que me enamoré jamás haría. Él es una persona íntegra, me quiere, bebe los vientos por mí.

—Deja de engañarte —le pido, al reflejo que me devuelve la bañera.

Y, sin embargo, una parte de mí sigue esperando una llamada que lo cambie todo. No lo entiendo, ¿por qué no ha corrido detrás de mí? ¿Por qué no me ha llamado? Supuse que lo haría para intentar explicarse, pero no lo ha hecho. Porque es culpable. Porque se está acostando con Cristina mientras juega con mis sentimientos.

No lo reconozco. ¿Quién eres, Max? ¿Dónde está el hombre del que me enamoré?

Ojalá tuviera respuesta para esas dos preguntas, porque mucho me temo que, por primera vez en toda mi vida, empiezo a desenamorarme de él.



## Luci

El lunes me levanto con la convicción de que no voy a permitir que el desamor gobierne mi vida. Me visto con un conjunto alegre, me maquillo para tener buena cara, me calzo mis zapatos favoritos y entro en la oficina con la intención de tener un buen día.

—¡Tarta de fresa! ¿Dónde demonios estás? ¿Vas a convertir llegar tarde en tu propio talento?  
—me grita la voz de Luci desde el walkie en cuanto pongo un pie en la oficina.

—Señor Losantos, son las nueve menos cinco —respondo ofuscada.

—Llevo aquí media hora, y tú tienes dos piernas que funcionan. ¡No me vengas con milongas!  
No sé qué decir ante eso, así que guardo silencio.

—¿No me vas a preguntar qué se me ofrece?

Pongo los ojos en blanco. Uf, es verdaderamente un hombre insufrible.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Ya nada! Así que la próxima vez llega con más antelación.

—De acuerdo, Señor Losan...

Me deja con la palabra en la boca cuando corta la comunicación. Respiro profundamente antes de entrar en el ascensor. Las puertas están a punto de cerrarse cuando veo a Jaime a lo lejos, así que acciono el botón de apertura de puertas y le hago una señal para que entre.

—Gracias —me dice cuando entra.

No sé si es impresión mía o lo veo más serio de lo normal. Si tengo razón, tampoco puedo culparlo.

—Buenos días.

—Buenos días —responde con educación.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Igual —le sonrío.

Jaime apoya la espalda contra la pared y deja escapar una sonrisa.

—Oye, no me pasa nada, si es lo que te estás preguntando. Amigos, ¿de acuerdo? —dice con amabilidad, y me tiende una mano.

La estrecho agradecida y le devuelvo la sonrisa.

—¿Pero amigos de verdad, o amigos por educación?

Jaime me mira con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Amigos que se reencuentran después de varios años y que están retomando el contacto.

—Me parece bien —respondo más tranquila.

Jaime me cede el paso cuando las puertas se abren. Tomo aliento antes de ir hacia el infierno y a él debe de hacerle mucha gracia mi expresión, porque me da una palmadita en la espalda antes de dirigirse hacia su despacho.

—¿Te apetece tomar una cerveza después del trabajo? —le pregunto.

Jaime me mira sorprendido.

—Hoy no puedo.

Justo cuando estoy a punto de creer que lo de amigos es un puro formalismo, añade:

—Mañana me viene mejor.

—Vale, mañana entonces.

—¡Suerte con Luci!

Me hace gracia que él también lo llame así.

—No necesito suerte, necesito un milagro —le digo angustiada, antes de llamar a su puerta.

\*\*\*

—¿Puedo pedirte un favor? —le pido, tres horas y media más tarde.

Hoy Luci tiene uno de sus días. Suele tener días malos y días muy malos, y hoy es de los segundos. Lleva enfadado toda la mañana y se exaspera por los detalles más insignificantes.

Jaime me observa con una mezcla de interés y temor.

—¿Me vas a meter en un lío?

—No —le aseguro, y entonces me lo pienso mejor—. Cargaré con toda la responsabilidad si algo sale mal.

—Tana...

—Por fa —le suplico desesperada—. Al menos escucha lo que tengo que decirte.

Jaime se recuesta en su silla y me mira con curiosidad.

—A ver...

—El otro día pillé a Luci mirando una foto que tiene guardada en su escritorio. La miraba en plan melancólico y triste. Y he pensado que como casi nunca sale de su despacho, tú podrías distraerlo con alguna excusa mientras yo doy con la foto.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Solo serán unos minutos! —le prometo esperanzada—. Luci tiene su propia historia y estoy dispuesta a ayudarlo a reconciliarse con lo que sea que lo atormenta.

—No es asunto tuyo. Y te vas a meter en un lío.

—Lo es si tengo que trabajar con él, y no voy a meterme en un lío si no me pilla.

—De todos modos, me sigue pareciendo una locura.

—Vale, piénsalo de este modo —insisto, cambiando de estrategia—. Si tengo razón, conseguiré que Luci se ablande y será algo bueno para todos los que trabajamos aquí. La gente dejará de tenerle miedo y habrá un mejor ambiente de trabajo. Si no tengo razón, tampoco perderé nada por intentarlo. Y, definitivamente, hacer algo bueno por alguien no es un pecado.

—Vale.

Lo miro extrañada. ¿Acaba de aceptar?

—¿Vale?

—Sí, tú ganas. Pero luego no digas que no te lo advertí cuando te decepciones porque tu Luci no tiene remedio.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamo feliz, y me acerco a él para darle un beso.

Jaime se tensa cuando lo abrazo con la efusividad que me caracteriza y le doy un beso en la mejilla.

—¡Llámallo a mi señal! —le digo, corriendo hacia la puerta.

\*\*\*

Diez minutos después, le mando un WhatsApp a Jaime para que se invente alguna excusa para sacar a Luci de su despacho. Al poco tiempo suena el teléfono de la oficina de Luci y él descuelga para responder con su habitual sentido del humor.

—¡Qué! ¿Cómo? —un corto silencio—. Qué vaya otra persona. ¿Cómo dices? Nunca deja de sorprenderme la cantidad de imbéciles de la que estoy rodeado en esta oficina. Espero que sea tan importante como dice, porque de lo contrario...

Luci cuelga el teléfono con ademán furioso. Empiezo a arrepentirme de haberle pedido este favor a Jaime. Ahora será él quien tenga que lidiar con Luci, pero todo sea por una buena causa.

—No aproveches mi ausencia para escaquearte del trabajo —me dice, cuando pasa por mi lado.

—¡No, Señor! —me cuadro como si estuviera ante un sargento y Luci me mira de reojo como si fuera la horma de su zapato.

En cuanto sale por la puerta, corro hacia ella para cerciorarme de que se dirige hacia el despacho de Jaime. Cierro la puerta cuando lo veo entrar y me dirijo a toda prisa hacia su escritorio. Abro los tres primeros cajones y rebusco sin encontrar la dichosa foto. Cuando intento abrir el tercero, me sorprende encontrarlo cerrado.

—Tiene que estar aquí.

Como si me creyese en una película de 007, me quito una horquilla del pelo e intento forzar la cerradura. Me desespero cuando esta no cede y suelto una maldición. ¿Por qué en las películas hacen que todo parezca tan fácil? ¡Me siento estafada!

El móvil me vibra en el bolsillo y supongo que debe ser Jaime.

*Jaime: está perdiendo la paciencia. No podrá retenerlo durante mucho más.*

*Yo: ¡necesito más tiempo!*

*Jaime: ¡date prisa!*

Vuelvo a introducir la horquilla en la cerradura, respiro profundamente y me concentro. Entonces, la cerradura hace clic y consigo abrir el cajón. Está casi vacío, pero en su interior hay dos cosas que me llaman la atención. Un sobre y la fotografía de la discordia. La saco del cajón y la observo con un deje de decepción.

Solo es un paisaje. No lo entiendo. Pensé que sería una foto de una mujer, de un niño, de algún familiar... de alguien a quien echara de menos o le hubiera roto el corazón. Pero es una puesta de sol en una bonita playa con un faro enclavado en las rocas. Frunzo el ceño, ¿todo para esto? En ese momento, me llega otro mensaje de Jaime.

*Jaime: ¡se va!*

¡Ups!

Dejo la foto donde estaba, y justo cuando voy a cerrar el cajón, me lo pienso mejor y cojo la carta. Quizá tenga importancia. De no ser así, no la habría guardado en un cajón bajo llave. Consigo cerrar el cajón en el instante en el que escucho abrirse la puerta. Luci va a pillarme con las manos en la masa, o mejor dicho, arrodillada delante de su escritorio en actitud sospechosa con la carta en las manos. Y hago lo primero que se me ocurre para salvar la situación: tirarme al suelo con los brazos extendidos y fingir que estoy rezando.

—¡Alá es grande! —exclamo mientras beso el suelo.

Luci me observa con los ojos muy abiertos. Esto, desde luego, no se lo esperaba.

—¿Qué haces?

—Rezar —respondo con total naturalidad.

No se mueve del sitio. Aprovecho que se frota los ojos, como si le estuviera gastando una broma, para meterme con disimulo la carta dentro del jersey.

—¿Eres musulmana? —pregunta desconcertado.

—Estoy en una etapa de autodescubrimiento. ¿Cómo se cuál es la religión verdadera si no intento conocerlas todas? Este es el mes del islam.

Luci me observa como si estuviera como una cabra.

—Tarta de fresa... —dice apretando los dientes, y me temo que vaya a despedirme ipso facto —. Nunca dejas de sorprenderme.

—¿Sorprenderlo en plan bien? —pregunto con un deje de esperanza.

Luci pasa por mi lado y masculla una maldición. Va a ser que no. Me pongo de pie de un salto y vuelvo a mi puesto de trabajo. Durante el resto de la jornada, noto las miradas recelosas de Luci. Pero yo solo puedo pensar en la carta que llevo escondida dentro del jersey. Espero que hoy no le dé por abrir el cajón y la eche en falta. Estoy deseando que llegue la hora del cierre para abrir la carta y descubrir el gran secreto de Luci...

## La carta

Me tumbo en la cama con Gucci a mis pies y la carta en las manos. Es un sobre blanco sin remitente en cuyo anverso hay escrito con caligrafía femenina:

Para Fede.

Vaya, se me hace raro leer su nombre. Y dicha abreviación cariñosa me da a entender que quien ha escrito esa carta le tiene bastante confianza. Abro el sobre y me dispongo a saciar mi curiosidad de una vez por todas.

Querido Fede,

Te escribo desde mi playa. Lo sé, bautizarla con ese nombre no hará que sea mía, pero sabes que no te engaño si te digo que por fin he encontrado mi lugar. Mientras escribo esta carta, estoy tumbada en la arena y la espuma de las olas que rompen en la orilla me baña los dedos de los pies. Ojalá estuvieras aquí conmigo para disfrutar del paisaje. Hace un tiempo delicioso.

Todo es tan ideal que ni siquiera a ti —mi queridísimo estirado—, te importaría mancharte uno de tus carísimos trajes con un poco de arena. Me pregunto qué estarás haciendo ahora mismo, a parte de leer mi carta, claro está. Supongo que estarás en tu despacho porque eres un adicto al trabajo. ¡Ah, Fede! ¿Qué diantres he podido ver en ti? ¡No podemos ser más distintos! Y, sin embargo, siento que me completas. Lo sé, no te van estar cursilerías, pero te recuerdo que fuiste tú quien empezó con esto de las cartas. Dijiste que esta época estaba matando el romanticismo y que nosotros éramos demasiado clásicos para comunicarnos por

SMS.

Te echo mucho de menos. No es justo que le tengas más aprecio al trabajo que a mí. Bah, sabes que bromeo. Esta carta te llegará un par de días antes de que salgas de viaje para encontrarte conmigo. Mi playa y yo te esperamos con los brazos abiertos. Ella con un día soleado y yo con mi famoso pastel de nueces de pecan.

Mi queridísimo Fede, contrólate el colesterol, haz algo de ejercicio y sigue fingiendo que no me echas de menos. Sé que en el fondo eres un blando, pero tu carácter gruñón me derrite. Creo que no te lo he dicho

nunca, así que me atrevo a hacerlo ahora: ¡me alegro tanto de que llegases a mi vida! Para una vieja viuda como yo, aunque tú dirías que lo de vieja es discutible, inyectaste una dosis de vitalidad en esta rutina tan aburrida.

Nos vemos en unos días,

Siempre tuya;

Valerie.

## Tana la detective

Estaba deseando que fuera martes para hacer partícipe a Jaime de mi descubrimiento. La carta de la tal Valerie me dejó esperanzada y con más curiosidad que antes. ¿Quién es Valerie? ¿Por qué Luci guarda esa carta? Demasiadas preguntas sin resolver y una investigación por delante.

Jaime ya está en el bar cuando llego. Luci me ha tenido hasta las tantas en el trabajo, pero se lo perdono porque acabo de descubrir que tiene corazón. Las palabras de Valerie describen a un hombre hosco pero profundamente romántico.

—¡Hola! —saludo a Jaime.

—Yo que tú me empadronaría en la oficina.

—Ja, ja —le río la gracia—. ¿Quieres que te cuente lo que he descubierto?

—Me lo vas a contar de todos modos.

Intento sermonearlo con mi expresión, pero en seguida le tiendo la copia de la carta que he hecho antes de devolverla a su sitio. Jaime la lee en silencio y se toma su tiempo.

—Vaya...

—¿A qué sí? —respondo emocionada—. ¿No es increíble? ¡Luci sigue enamorado de ella! Por eso lo pillé observando esa foto. Seguro que la playa a la que ella hace referencia es la de la foto.

Saco mi teléfono y le enseño la fotografía que le he hecho a la foto.

—¿Y si está muerta?

—¡Oye! —le digo horrorizada—. No lo está.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez por eso guarda la carta. Es un recuerdo. Y si se entera de que lo has descubierto, abrirás viejas heridas.

Se me cae el alma a los pies. Tiene razón, no lo había pensado. Quizá Valerie falleció hace un tiempo y Luci sigue llorando su pérdida, aferrado a una antigua carta y una fotografía.

—¡No! —respondo convencida—. Tengo una corazonada. No sé por qué, pero creo que ella sigue viva y que se separaron por algún motivo. Luci no está triste... está...

—¿Amargado?

—Ajá —le doy la razón—. Una pérdida te vuelve triste, pero el paso del tiempo te obliga a convivir con la realidad. Sin embargo, si ella siguiera viva y él se hubiera visto obligado a separarse de ella...

—Tana, siento arruinar tu teoría, pero solo es eso, una teoría.

—No pierdo nada por investigar.

—¿Ahora eres detective?

—Si las circunstancias lo requieren...

—Muy bien, Agatha Christie, ¿y por dónde vas a empezar?

Saco las notas que llevo en el bolso. Por supuesto, ayer inicié mi propia investigación. Me lo estoy tomando tan en serio como lo del chino. Si es que, cuando yo me pongo con algo...

—Hay varias pistas —le digo, y él me observa con interés para mi deleite—. En primer lugar, la playa y la foto. Estoy segurísima de que es el mismo sitio. He buscado la imagen en Google y me ha llevado hasta un sitio que es idéntico. No es un pueblo costero muy grande, por lo que, si Valerie sigue allí, no me costará encontrarla. Y si no sigue allí, seguro que alguien podrá arrojar algo de luz. Por otro lado, sabemos que es, tal y como ella dice, una vieja viuda. ¡Ah, y no me olvidó del detalle del SMS! Ella le dice que se escriben por carta en lugar de por SMS. Ya nadie

se escribe por SMS, sino por WhatsApp. WhatsApp se lanzó en 2009, así que la carta debe ser anterior a esa fecha. Tú me dijiste que Luci vino de Alemania a España con un humor bastante cambiado hará cuatro años... así que seguro que la ruptura con Valerie y su traslado a la oficina están relacionados. Solo tengo que encontrarla a ella y preguntarle por Fedé.

—Guau —admite impresionado—. Pero por si acaso, no te hagas ilusiones. Podría estar muerta.

Lo observo con expresión airada. Me niego a creer eso. Valerie está viva y voy a hacer todo lo posible para que ella y Luci se reconcilien. ¡Qué viva el amor!

—Voy a encontrarla —digo muy decidida.

—Vamos —me corrige para mi sorpresa—. ¿No pensarás que voy a dejarte sola en esta locura?

—¿De verdad? —pregunto ilusionada.

—¿Te importa tener compañía?

—¡Para nada!

Jaime y yo terminamos hablando de los viejos tiempos, y de cómo han cambiado nuestras vidas. La conversación va de manera inevitable hacia mi relación con Max cuando él me cuenta que ha tenido un par de novias.

—No hables de él si no quieres —me tranquiliza, al ser consciente de mi incomodidad.

—No, da igual —le resto importancia—. Lo sigo queriendo, ¿sabes? Lo cual es una estupidez, porque sé que me traicionó y ahora se está acostando con otra.

—No creo que sea algo estúpido, sino más bien irracional. ¿Desde cuándo elegimos de quien enamorarnos? De ser así escogeríamos a una persona que sabemos que no va a hacernos daño. El amor no se escoge, te atrapa.

Sus palabras me oprimen el pecho porque ha dado en el clavo.

—Sí, pero me niego a elegir a alguien que no me valora.

—Haces bien —entonces se lo piensa mejor y añade—: ¿Lo has hablado con él?

—Nunca llegaremos a un entendimiento. Lo único que hacemos cada vez que nos vemos es discutir.

Omito lo que sucedió el otro día porque tampoco hace falta darle detalles tórridos.

—Lo siento, Tana.

—¡No pasa nada! —intento restarle importancia—. Ni siquiera debería habértelo contado.

—¿Por qué no? Somos amigos.

Le sonrío con franqueza.

—Un brindis por los amigos —propongo.

—Y por las chicas preciosas.

Recuerdo que así era como me llamaba en el campamento y me ruborizo sin poder evitarlo. Supongo que a pesar de los años algunas cosas no cambian. Jaime tiene razón, ojalá pudiera elegir de quién me enamoro. Entonces elegiría a ese chico del campamento que sé que nunca me rompería el corazón.



## ¿Me he equivocado?

A este paso aprenderé chino cuando las ranas críen pelo. Para colmo, Ming tampoco es que sea un profesor paciente y adulator.

—¿Tú me tienes halto! ¿Pol qué tan inútil?

—¡Oye! —me indigno, porque estoy poniendo todo de mi parte y no tengo la culpa de que este idioma sea tan complicado.

—No tiene oído... ¡no tiene! Caso peldido.

—Báichī! —lo insulto en chino.

Ming me observa impresionado.

—¡Más cosas! Tú no sabes más que cuatro palabras en mi idioma. ¿Qué más puede decirme? ¡Nada! ¡Nada!

Me estrujo el cerebro para darle en las narices. ¿Qué no sé decir nada? ¡Se va a enterar!

—Pigu de liǎn —acabo de decirle *cara de culo*. Lo sé.

—¡Mejor! Quizá no seas una alumna mediocre después de todo.

Supongo que viniendo de él me lo tengo que tomar como un halago. Después de una hora intensiva de clase de chino en el que temo que vayan a explotarme los sesos, salgo de la tienda con ganas de querer morirme. Como necesito desahogarme con alguien, voy a casa de Javi por que es la persona que me pilla más cerca. Lo último que espero encontrar cuando las puertas del ascensor se abren es a Max. Doy un respingo, y él me mira con ira antes de transformar su expresión en una máscara gélida e inexpresiva.

—Hola —musito.

Él no responde y tampoco se inmuta. Me quedo tan asombrada que alzo la voz.

—¿De verdad tienes el valor de hacerte el ofendido? —le recrimino airada.

—¿Me lo preguntas en serio? —su indiferencia da paso al enfado— Me dejaste con un dolor de huevos considerable y te largaste sin avisar. ¿Tienes idea de cómo me sentí?

Estoy a punto de sonreír al imaginármelo. Es lo mínimo que se merecía.

—No peor de como me sentí yo. Y sabes el porqué.

Me quedo de piedra cuando no lo niega.

—Por supuesto que lo sé.

—¡Y lo dices como si nada! —alucino, porque pensé que al menos estaría avergonzado o arrepentido.

—Sacas conclusiones precipitadas —dice con voz queda, y se echa a un lado para que pase. Cuando no me muevo, resopla y me mira como si estuviera agotándolo—. ¿Te importa?

Me echo a un lado.

—Sí, claro —me río secamente cuando consigo reaccionar—. Por eso no me has dado ninguna explicación, ni me has llamado, ni me has buscado. Venga ya.

—No lo he hecho porque no me ha dado la gana —responde ante mi sorpresa—. Lo de correr como un pelele detrás de ti se acabó. Llevo todo este tiempo buscando tu perdón y comportándome como un memo para poder pasar un minuto contigo. Me he cansado. Tú ganas, cielo. No te buscaré y no te llamaré. Es lo que querías, ¿no? Voy a ponerte las cosas fáciles.

No entiendo nada.

—¿Qué? —se me escapa con un hilo de voz.

Me mira con determinación. Sin deseo. Sin cariño. Con rabia.

—Se acabó.

—Tú no puedes decidir que se acaba, ¡eres quien tiene la culpa! —digo, como si fuera una niña a la que acaban de quitarle su juguete.

—Tiene gracia que digas eso cuando me miraste el móvil sin permiso —responde con ironía, y añade—: por segunda vez.

—Me alegro de haberlo hecho y descubrir que te acuestas con tu secretaria. No soy el segundo plato de nadie —le espeto con orgullo.

—Piensa lo que quieras.

Antes de que pueda darme cuenta, se da la vuelta y sale del portal.

—¡Max!

No me muevo. Me quedó allí parada, tan impresionada por su reacción que las puertas del ascensor se cierran conmigo dentro. Respiro de manera acelerada cuando me asaltan las dudas. ¿Y si me he equivocado? ¿Y si lo he juzgado mal? Nunca lo había visto tan frío. Quizá me dejé llevar por la rabia... no hay otra explicación para su comportamiento distante y orgulloso.

Pulso el botón de la planta de Javi y salgo corriendo del ascensor cuando se abren las puertas.

—¡Javi! —llamo a la puerta—. ¡Jaaaaavi!

—¿Qué? —me abre hecho una furia.

—¿Qué te ha contado Max? Dímelo ahora mismo —le exijo hecha una furia.

Javi se cruza de brazos y pone mala cara.

—Ha venido hecho polvo, lo he invitado a café y no hemos hablado de ti.

—Mentira —no me lo creo—. ¿Qué te ha contado? El otro día estuvimos a punto de acostarnos, pero lo dejé a dos velas y me largué cuando él buscaba un preservativo.

Javi me observa alucinado.

—Joder... eso no se hace.

—Descubrí que se está acostando con su secretaria, ¿qué querías que hiciera? ¡Vale! Quizá debería haberme quedado a escuchar sus explicaciones. Pero estaba cabreadísima y decepcionada.

—Uhm... ahora lo entiendo —dice en plan meditativo—. Por eso me ha dicho que va a dejar de insistir. Ha comentado que está harto de que siempre pienses lo peor de él.

—Pero le llegó un mensaje de ella —intento justificarme—. Lo llamaba cielo y quedaba con él.

—Tana... hasta tú sabes que eso no significa nada. ¿Leíste todos los mensajes?

—No, pero...

—Has sacado conclusiones precipitadas —me pone las manos sobre los hombros y sentencia—. Habla de una maldita vez con él. Sois un par de cabezotas, pero os queréis.

No sé qué decir. Jolines, Javi tiene razón. Por lo visto, parece que he metido la pata hasta el fondo. Ahora soy yo quien se ha equivocado, pero estoy dispuesta a dejar el orgullo a un lado para hablar con Max. Solo necesito un poco de valor para descolgar el teléfono.

## Una respuesta inesperada

Tres horas después y más tranquila, encuentro el valor necesario para llamar a Max. Me cuesta dejar a un lado el orgullo, pero entiendo que es lo mejor si resulta que lo he juzgado mal. Cuanto más lo pienso, más me hago a la idea de que Max no jugaría conmigo. Él no es así. Puede que ahora estemos distanciados y que las heridas nos impidan acercarnos, pero no es ningún mujeriego.

Doy vueltas por la habitación cuando suena el tercer tono. Me hago a la idea de que está muy cabreado conmigo y que tendré que insistir. Pero, al sexto tono, descuelga el teléfono y no dice nada.

—Hola —digo con voz débil—. Solo quería decirte...

—No soy Max —responde la inconfundible voz de Cristina.

Me quedo tan asombrada que no sé qué responder. Durante unos segundos, lo único que escucho es su risilla malvada.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Qué haces con el teléfono de Max? —le ladro.

—No, bonita. La pregunta es ¿qué haces tú llamándolo?

—Yo... —me tiembla la voz y de repente me siento como una estúpida—. Quiero hablar con él.

—Ay, Dios... —dice con tono disgustado, como si la estuviera importunando—. ¿De verdad te lo tengo que explicar? ¿Por qué crees que lo he cogido yo? ¡Déjalo en paz! No sigas arrastrándote, es penoso.

Me quedo tan hecha polvo que me cuesta sostener el teléfono contra mi oreja. No puede ser. Es decir... él y ella... ¿qué diablos hace con su teléfono? Una parte de mí quiere gritar de rabia. ¡Por supuesto que sé lo que está haciendo con su teléfono! Está clarísimo. ¿Por qué me sigo engañando? Soy una idiota. Peor aún. Una tonta enamorada que es capaz de justificar cualquier cosa.

—¿Sigues ahí? —hay tanta maldad en su voz que estoy convencida de que está disfrutando con esto—. Deja de llamarlo, ¿entendido? Ahora estamos juntos, y definitivamente, no os hacéis ningún bien el uno al otro. Hazte un favor y ten un poco de dignidad.

Cuelgo el teléfono porque me meterían en la cárcel si respondiera a esa víbora. No puedo llorar. No puedo ni hablar. Ni siquiera tengo ganas de salir de mi habitación y contarle a Malena lo que acaba de suceder. En lugar de ello, me tumbo bocarriba en la cama con la vista fija en el techo. No tengo ni fuerzas para odiar a Max. Estoy tan asombrada que simplemente me quedo tumbada, frunciendo el ceño, tras haber llegado a la conclusión de que los finales felices no existen y que la realidad me ha estallado por fin en la cara.

## Como si no hubiera pasado nada

Nos esperan más de cinco horas de coche hasta llegar a un pueblecito perdido de la Costa Blanca. Me alegro de no ir al volante porque estos últimos tres días no he pegado ojo. Malena está harta de preguntarme qué me pasa, pero he optado por fingir que estoy bien. O al menos lo he intentado, porque no se lo ha tragado. Supongo que las ojeras y el malhumor no han ayudado a engañarla.

Incluso Jaime sospecha que estoy fatal, pero una simple mirada amenazadora basta para que no se le ocurra preguntar. Después del shock inicial llegó la decepción. Y ahora, sencillamente, me siento como una imbécil. Lo último que necesito es tener que dar explicaciones.

—¿Pongo música?

—Me da igual —respondo con desgana.

—Si no te apetece escuchar nada, no la ponga.

—¿Qué parte de me da igual no has entendido?

Jaime me mira de reojo y no dice nada. Me arrepiento de inmediato de lo que acabo de decir. No me da tiempo a disculparme cuando él fija la vista en la carretera y dice:

—No lo pagues conmigo.

Está enfadado. Genial, acabo de tratar como el culo a la última persona que lo merece. Me siento tan avergonzada que observo el paisaje y me muerdo el labio.

—Siento haberte hablado así —me disculpo.

—No importa.

Por su tono de voz, es evidente que está disgustado. Pero es demasiado educado para no aceptar mis disculpas, así que va a dejarlo estar. Intento poner de mi parte y enciendo la radio para buscar una emisora de música. Ni siquiera Maroon 5 consigue distender la tensión que acaba de formarse entre nosotros.

—Cuando hagamos una parada, podemos cambiar de asiento —me ofrezco.

—Me dijiste que odias conducir.

—Es cierto, pero tampoco sería justo que hagas tú todo el trayecto.

—Deja que yo lo decida.

Me cruzo de brazos porque está empezando a resultar tan irritante como yo.

—Ya sé que no soy la compañía más agradable en este momento —le digo, por si se le ocurre echármelo en cara—. Pero tú también podrías poner de tu parte.

—Es lo que llevo haciendo todo el viaje —responde irritado—. Mierda, me prometí que no te lo preguntaría, pero ¿qué te pasa?

—Nada.

—Sí, ya...

Él sacude la cabeza sin dar crédito y yo pongo mala cara. Volvemos a quedarnos en silencio y ninguno de los dos lo rompe durante las siguientes dos horas. Entonces señalo un desvío.

—Vamos a estirar las piernas.

—Puedo seguir. Ya te he dicho que no hace falta que me releves.

—Insisto.

—Lo mismo digo.

—No se te da nada bien llevarme la contraria —respondo, porque es la pura verdad. Con Max podría pasarme horas y horas discutiendo, pero con Jaime es diferente. La situación me resulta

incluso surrealista—. Me estoy haciendo pis.

Jaime afloja una sonrisa y toma el desvío. Cuando regreso al coche diez minutos después, me está esperando con una coca cola cero y una media sonrisa que me contagia.

—¿Ya estás de mejor humor? —tantea el terreno.

—Ajá —doy un sorbo a la coca cola y lo miro encantada—. No te pega hacerte el duro, ¿lo sabías?

—¿Por qué soy un blando?

—Un buenazo —me coloco a su lado, echada sobre el coche, y apoyo la cabeza sobre su hombro—. Siento que tengas que aguantarme, lo digo de verdad. No te lo mereces. Te he arrastrado en esta locura, te obligo a conducir durante más de cinco horas, y a cambio recibes una mala cara y un puñado de respuestas cortantes. Soy lo peor.

—No lo eres.

Vuelvo el rostro hacia él y lo que veo me desarma. Es el hombre ideal. Guapo, divertido, amable. Estoy convencida de que nunca me haría daño. Sería muy fácil dejarme llevar. Inclinar me unos centímetros y besar su boca. Sé que él se mostraría receptivo y que yo lo disfrutaría. También sé que una parte de mí pensaría en Max cuando besara a Jaime. Y, justo por eso, reprimo el impulso de besarlo. No sería justo para ninguno de los dos. No quiero hacerle daño.

—¿Lo ves? —aprieto su mano con camaradería—. Incluso cuando soy mala contigo intentas convencerme de que no soy mala persona.

—No serías mala persona ni aunque lo intentaras con todas tus fuerzas.

Pienso en todas las mentiras que llevo acumuladas. Le he mentado a Malena, he mentado sobre lo del chino. ¿Cómo puedo mentir a mi mejor amiga y seguir viviendo bajo su techo? ¿Cómo he sido capaz de aceptar un puesto de trabajo para el que no estoy cualificada? Una buena persona no haría tales cosas.

—Hay cosas que no sabes de mí.

—Sé lo suficiente.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—No, qué va. Si supieras la mitad de...

Jaime me pilla desprevenida cuando me besa. Sus labios son suaves y es un beso corto. Tierno. Casi tímido. Se me acelera la respiración y le pongo las manos en el pecho para frenarlo justo cuando él se aparta.

—¿Nos vamos? —pregunta, como si no acabara de besarme.

Asiento tontamente y abro los ojos. Ya está montado en el coche y con las manos sobre el volante. Madre mía, ¿y ahora qué?

\*\*\*

Genial, vamos a hacer como si no hubiera pasado nada. Es lo ideal si queremos que la tensión entre nosotros aumente. Pero claro, tampoco sé qué decir. Él me ha besado, yo no lo he parado, y ahora ninguno de los dos se atreve a aclarar la situación.

Son tres horas eternas en las que apenas nos dirigimos la palabra salvo para cuestiones triviales. Respiro aliviada cuando después de recorrer una carretera polvorienta durante unos treinta kilómetros, llegamos a un precioso pueblo costero con unas cuantas casas desperdigadas.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —me mira expectante.

—No son muchas casas.

—¿Pretender ir puerta por puerta?

Me encojo de hombros.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

A regañadientes, Jaime me sigue hacia la que parece ser la calle principal. Justo cuando estoy a punto de llamar a una casa, a lo lejos diviso lo que parece ser el único hostel del pueblo.

—Podríamos empezar por allí —le digo esperanzada.

Estamos a mediados de marzo, hace bastante frío y el pueblo está casi desértico. Por eso no es de extrañar que la única empleada del hostel nos mire con asombro cuando cruzamos la puerta.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudaros? —nos saluda emocionada.

—Buenas tardes. Quizá le resulte un poco extraño, pero venimos buscando a una persona y tal vez usted la conozca.

—Es un pueblo pequeño, aquí nos conocemos casi todos.

—Sabemos pocas cosas de ella —le digo, sin entrar en detalles sobre el motivo que nos ha llevado hasta allí—. Se llama Valerie. Es una mujer viuda de mediana edad. Desconocemos si sigue viviendo aquí, pero aproximadamente seguía aquí en el dos mil nueve.

La mujer me mira con extrañeza.

—¿Por qué la buscáis?

—Tenemos a una persona en común. No es para nada malo, se lo aseguro. Solo queremos hablar con ella —intento convencerla.

—¿La conoce? —pregunta Jaime.

—Puede —responde con desconfianza—. No vienen muchos visitantes en esta época, es un poco raro...

—Tal vez le seamos de mayor confianza si alquilamos una habitación. Se nos está haciendo tarde y podríamos cenar y pasar la noche aquí —sugiere Jaime.

Ahora la mujer nos mira con más agrado.

—Sí que se les está haciendo tarde, vengan por aquí. Y luego intentaré ayudarles con su búsqueda.

\*\*\*

Media hora después y con cien euros menos en el bolsillo, caminamos hacia la casa más alejada del pueblo. Se llega por un camino repleto de verdina resbaladiza que da a parar justo a un acantilado donde se erige una casita de planta baja con unas vistas privilegiadas.

—¿Qué vas a decirle? —me para Jaime, antes de que llame a la puerta.

—No lo sé —respondo nerviosa—. La verdad suena un poco rara y no quiero asustarla. Voy a improvisar, sígueme la corriente.

Antes de que pueda detenerme, llamo a la puerta y espero con impaciencia. Respiro emocionada cuando escucho el sonido del pestillo. Cinco segundos después, la puerta se abre y una mujer de unos sesenta años nos mira con interés.



## Valerie

A primera vista, Valerie es tal y como me la había imaginado. Es una mujer de unos sesenta y tantos años que se conserva muy bien, atractiva y con una sonrisa amable en el rostro.

—Hola —digo con timidez.

—Hola, ¿en qué puedo ayudaros? —nos pregunta, con un acento francés de lo más seductor.

—Te resultará bastante raro, pero si me concedes unos minutos de tu tiempo, Valerie...

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta extrañada.

—Por Luci.

Jaime me da un codazo y Valerie frunce el ceño.

—Perdón, yo lo llamo así de manera cariñosa. Me refiero a Fede.

El rostro de Valerie se ensombrece.

—Oh.

—Sigue enamorado de ti.

—No sé quienes sois, pero de eso hace mucho tiempo y no me apetece charlar con un par de extraños —dice, y hace el intento de cerrar la puerta.

—¡Por favor! Hemos recorrido muchos kilómetros para llegar hasta aquí. No he venido a pedirte nada, pero necesito entender qué le sucede.

Valerie abre un poco la puerta y me observa asustada.

—¿Le ha pasado algo a Fede?

—Creo que sí. Es decir, yo ya lo conocí como el señor malhumorado sobre su silla de ruedas, pero sospecho que su carácter cambió cuando os separasteis.

—Oh, mon dieu! —exclama horrorizada—. ¿Silla de ruedas? ¿Ha tenido un accidente?

Jaime y yo intercambiamos una mirada compungida. Acabo de comprender lo que sucedió hace unos años sin necesidad de que Valerie me lo explique. De todos modos, acepto su invitación para tomar café.

\*\*\*

Valerie nos explica que ella y Fede se conocieron hace trece años. Ella iba con su bicicleta por la carretera de acceso al pueblo y un coche la rebasó a bastante velocidad.

—Aterricé sobre una zarza repleta de espinas y mi bicicleta pinchó una rueda. Entonces el coche que venía justo detrás se paró en el acto y un hombre de aspecto serio se bajó para preguntarme que si me encontraba bien. A pesar de mi insistencia, no se quedó tranquilo hasta que me trajo hasta mi casa. Jamás había conocido a un hombre tan encantador y considerado.

Intento reconocer a Luci en esa descripción. Vaya, por lo visto ha debido de cambiar mucho.

—Él estaba de vacaciones en el pueblo, pero la realidad es que nadie viene por aquí en febrero. Al día siguiente fui a agradecerle lo que había hecho por mí, y poco a poco fuimos trabando una bonita amistad. Él era un adicto al trabajo que vivía en Alemania, y acababa de llegar a este pueblecito perdido en busca de un poco de tranquilidad para librarse del estrés. Y yo una viuda que perdió a su marido cuando era muy joven y que llegó aquí para poner distancia al dolor. Nos enamoramos irremediamente. Sé que suena a película, pero es la pura verdad.

—Es precioso —le digo.

—¡Lo fue! —exclama con tono nostálgico—. Cuando sus vacaciones acabaron, Fede me prometió que necesitaba un año para dejar atado el trabajo y que entonces se mudaría a España.

Me visitaba siempre que podía y nos escribíamos por carta porque él era un clásico.

Valerie suspira emocionada, y entonces su rostro se llena de pesar.

—Faltaban un par de semanas para que Fede hiciera las maletas. Yo... no entiendo lo que pudo pasar. Sé que él sentía lo mismo. Cuando cortó el contacto sin ningún motivo, lo llamé miles de veces. Solo quería una explicación, una razón para su repentino cambio de opinión. Con el paso del tiempo dejé de buscar una respuesta, y de repente llegáis vosotros y removéis el pasado.

No puedo evitar sentirme culpable, así que le cojo las manos.

—Valerie, lo siento muchísimo. Pero creo que sé por qué Fede te dejó sin avisar.

—¿La silla de ruedas? —adivina con incredulidad.

—Supongo que sufrió un accidente y debió pensar que...

Valerie me suelta las manos y su rostro se contrae con rabia.

—¿Qué yo no le querría? Mon dieu! ¡Qué hombre tan memo! ¡No lo habría dejado solo cuando más me necesitaba!

—¿Y si te sigue necesitando?

—No es cierto. Si me quisiera, me habría llamado. Todos estos años...

—Ha guardado tu última carta y una foto de la playa.

Valerie me mira asombrada.

—La persona que describes ahora no tiene nada que ver con la que yo conozco. La silla de ruedas lo ha convertido en alguien solitario, triste y resentido. No voy a pedirte que vengas con nosotros porque es una decisión que debes tomar tú. Pero, si crees que tenéis una conversación pendiente, nos marchamos mañana a las nueve. Puedes venir si es lo que deseas.

## Una promesa

—¿Crees que vendrá?

Pienso la respuesta antes de darle un largo trago a mi cerveza. Debería parar, ya llevo cuatro.

—No lo sé —respondo apagada—. Tiene razones para sentirse herida, ¿no crees?

—El amor y el orgullo no son buena combinación. Tú y yo hemos visto a una mujer enamorada. Todo dependerá de hacia donde se incline la balanza.

—Es increíble que el paso de los años no haya apagado ni una piza de esa llama —le digo, y no puedo evitar dejarme llevar por mi vena romántica—. Luci sigue enamorado de ella, por eso se alejó cuando se quedó en silla de ruedas. Supongo que la amaba demasiado para querer que ella llevara esa carga. Y ella lo sigue queriendo. A pesar de todo, habla de él con tanto cariño...

—Un brindis por los románticos irredimibles —Jaime alza su copa.

Cojo la mía y la choco con la suya.

—Así que tú eres un romántico empedernido...

—Supongo.

—O lo eres, o no lo eres.

—Supongo que soy lo suficiente romántico para haberte acompañado hasta aquí.

—¿No lo hacías para que Luci dejara de ser un ogro?

—También.

Los dos nos reímos y él pide otra ronda.

—No sé si debería seguir bebiendo —le digo, cuando se me empieza a trabar la lengua.

—Venga, estamos de celebración. ¡Por tus locuras!

—¡Por nuestras locuras! —lo corrijo, y me parto de risa.

Me suena el móvil y rebusco dentro del bolso hasta dar con él. Se me cambia la expresión cuando aparece el nombre de Max en la pantalla.

—¿Es él?

—¿Quién?

—Tu ex.

Apago el móvil porque lo último que necesito es hablar con Max justo ahora. Estoy borracha y soy una presa fácil. Me confundiría con un par de palabras. Y lo odio. Bueno, no lo odio. No sería capaz de odiarlo ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Por esa razón no puedo cogerle el teléfono.

—Sí —respondo, porque empiezo a hartarme de tantas mentiras—. Pero no pienso cogerle el teléfono.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece hablar con él y porque me ha hecho mucho daño. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí —tuerce una sonrisa y se acerca a mí—. ¿Vamos a seguir fingiendo que no nos hemos besado antes?

Me pongo colorada y noto que su boca está a escasos centímetros de la mía.

—Me besaste tú.

—No te apartaste.

Lo miro a los ojos y sé que, si no lo paro, vamos a acostarnos. Y tal vez no sea una mala idea. Me gusta. No de la misma forma que Max, eso es imposible. Pero es atractivo, se preocupa por mí

y me hace reír.

—Me pillaste desprevenida —le digo en un susurro.

Jaime me acaricia la mejilla con delicadeza hasta que su mano se posa sobre mi nuca. Me cuesta respirar. Estoy algo mareada por el alcohol, tengo calor y empiezo a confundir mis sentimientos. De cerca es muy guapo. Y me mira de una forma tan bonita...

—Mentirosa —dice, casi rozándome los labios.

—No sé por qué no te frené —admito con la voz entrecortada—. No sé si esto es una buena idea.

—¿El qué?

—Lo que estamos haciendo.

—No estamos haciendo nada... —dice, antes de darme besos por el cuello.

Me muerdo el labio y apoyo una mano sobre su muslo. Mi pulso se dispara y sé que debería detenerlo. Pero no quiero. Me apetece muchísimo dejarme llevar y necesito quitarme a Max de la cabeza.

—Vamos a la habitación —me pide, y me arrastra con él hacia las escaleras.

Lo sigo con una mezcla de ganas y temor. Los dos estamos igual de borrachos, pero si sucumbo, mañana no podré echarle la culpa al alcohol. En cuanto entramos en la habitación, Jaime tira su chaqueta al suelo y me aprisiona contra la puerta. Apoya su cabeza contra la mía y cierra los ojos.

—Me muero de ganas de besarte —me confiesa con voz ronca.

—Lo sé.

—Me muero de ganas de desnudarte y hacerte el amor.

—Lo sé.

Se le escapa la risa y abre los ojos para mirarme a la cara con una intensidad que me desarma.

—¿Lo sabes?

Asiento porque de repente he perdido la voz. Jaime me acaricia los hombros y respira profundamente, como si tratara de controlarse a sí mismo.

—No, Tana, no lo sabes. Te hice una promesa la última vez que nos vimos. Te dije que si el destino volvía a unirnos no te dejaría escapar.

Lo miro asombrada. Sabía que no me veía como a una amiga, pero no que sentía eso por mí.

—Estoy enamorada de otra persona —le digo, y no para hacerle daño.

—Lo sé —dice con voz queda—. Joder, lo sé.

—No sería justo para ti.

—Deja que yo lo decida. Deja que sea yo quien elija si merece la pena.

—No quiero utilizarte.

Jaime parece no escucharme cuando comienza a desabrocharme la blusa. Me besa la barbilla, la mejilla y el hombro antes de mirarme a los ojos.

—Mierda... preciosa... déjate llevar por esta vez... conmigo...

Soy incapaz de frenarlo cuando su boca alcanza la mía. Mis propios sentimientos me confunden y su desesperación choca con la mía. El dolor, la confusión y las ganas se mezclan para crear una bomba que nos estalla en la cara. Y quizá sea un error, pero lo único que puedo hacer es aferrarme a Jaime y dejar que llene este vacío que siento. Porque cuando me besa siento que todo me duele menos. Y el rostro de Max se difumina hasta convertirse en un borrón en el que apenas reparo...



## Un error

No me sorprende encontrar a Valerie esperándonos en la entrada del hostel cuando vamos a marcharnos. A pesar de los años, he conocido a una mujer que sigue enamorada. Y una parte de mí sigue creyendo que el amor todo lo puede. O al menos, aparta al orgullo cuando manda el corazón.

El trayecto en coche es tranquilo y silencioso. A veces miro de reojo a Jaime, que también guarda silencio. No voy a decir que lo de anoche estuvo mal, pero me arrepentí en cuanto abrí los ojos por la mañana. ¿Por qué? Porque sigo enamorada de Max hasta las trancas. Porque me duele tanto quererlo que soy incapaz de tocar a otro hombre sin acordarme de él.

Ni siquiera se trata de él, sino de mí misma. Quizá sea hora de aprender a estar sola. No soy de las que creen que un clavo saca a otro clavo. Necesito espacio, distancia y tiempo para reflexionar. Y definitivamente, Jaime no se merece esto.

Cuando llegamos a Cádiz, Valerie se baja del coche visiblemente nerviosa. Le doy un abrazo antes de montarme en el coche y le deseo suerte. Me encantaría ser testigo de la expresión de Luci cuando la vea. Pero sé que Luci se pondría furioso si supiera que he hurgado en su vida, así que todos hemos acordado que mantendremos esta pequeña excursión en secreto.

Unos minutos después, Jaime aparca delante de mi portal sin decir nada. Apenas hemos cruzado unas palabras en todo el día. Me vuelvo hacia él sin saber muy bien qué decir.

—Oye...

—No digas nada.

Lo miro sorprendida.

—No te entiendo.

—Pues yo sí te entiendo a ti. Te conozco lo suficiente para saber que cuando estás callada es porque algo no anda bien.

Intento abrir la boca para decir algo, pero tampoco quiero mentirle.

—¿Lo ves? —dice con tristeza—. Será mejor que te bajes del coche.

—No te enfades conmigo, por favor.

—No estoy enfadado —responde sin mirarme—. No sé cómo me siento. Supongo que ya sabía a lo que me exponía si nos acostábamos, pero seguía teniendo la esperanza de que tú...

—Podríamos ser amigos. Como antes —le suplico.

Jaime sacude la cabeza y me mira con una mezcla de resentimiento y pena.

—Sabes que eso no es posible. Ya no.

—De verdad que lo siento. Fue un error. Es culpa mía. Debería haberte parado. Debería haber sabido que esto no solucionaría nada, sino todo lo contrario. Jolines, no soporto que me mires así... —le digo, hecha un flan.

—Fue una decisión de dos —dice con desgana—. No te culpo. Pero ya no puedo seguir fingiendo que soy el amigo de la chica de la que estoy enamorado.

Resisto el impulso de abrazarlo o darle un beso de despedida. Sé que lo que necesita es que le ponga las cosas fáciles. Debo alejarme de él. Y, aunque me duele en el alma, abro la puerta del coche y no digo nada cuando salgo.



## Ups, me han pillado

—¡Traidora!

Lo último que espero cuando entro en el apartamento es que me reciban de esa manera. Malena me está esperando con las maletas hechas y cara de querer asesinarme. Gucci está aterrizado en una esquina del sofá. No entiendo nada.

—¿Me lo explicas? —pregunto con los brazos en jarra.

—¡Explícame tú por qué estás trabajando para la competencia! ¡Anthony & James! ¿En serio? Me quedo muy pálida. Oh... Dios... mío... ¿cómo se ha enterado?

—¿Qué? —balbuceo.

—No lo niegas —dice hecha una furia—. O sea, que es verdad. Tenía la esperanza de que no fuese cierto.

—Te lo puedo explicar.

Malena pone las manos en alto cuando intento acercarme a ella. Está cabreadísima conmigo y no tengo ni idea de cómo solucionar esto.

—Eres... la persona... más... egoísta... del... puto... mundo... —dice jadeando y con el rostro congestionado por la ira.

—Vale, siéntate y hablemos las cosas como personas civilizadas.

—¡Me dijiste que estabas trabajando en una puta empresa de fotocopiadoras! ¿Cómo has podido mentirme?

—Sabía que te enfadarías conmigo si te contaba la verdad, y me daba miedo.

Malena suelta una carcajada repleta de asombro.

—¿Cómo te atreves! ¡Eres lo peor! Una maldita niña malcriada que está acostumbrada a salirse con la suya.

—No me hables así —le pido en un susurro.

Intento obviar sus palabras porque sé que está enfadada.

—Te hablo como me da la gana. Eres una puta egoísta. ¿Cómo has tenido la poca vergüenza de vivir bajo mi techo? ¡Joder! Creí que eras mi amiga.

—Y soy tu amiga. Me vine a vivir contigo porque tú me lo pediste y pensé que sería bueno para las dos.

Malena me fulmina con la mirada.

—¿Qué cara más dura! ¡Te hacía falta un sitio donde quedarte!

—¡Y a ti un inquilino porque no llegabas a fin de mes! —soy incapaz de quedarme callada, a pesar de que no quiero llevar la conversación por este lado. Intento serenarme para hacerla entrar en razón—. Sé que no debería haberte mentido. De hecho, quise contártelo varias veces. Pero me daba miedo tu reacción, y luego me vine a vivir aquí. Ya sé que no tiene justificación, pero lo hice sin maldad.

Ella se ríe secamente.

—Tú siempre haces las cosas sin maldad, eh. ¡Pobre Tana! ¡Pobrecita! No es más que una niña caprichosa que se largó de la empresa porque se cabreó con su novio. ¿Cuándo piensas crecer?

—No me fui por eso —digo con un hilo de voz—. Te estás pasando tres pueblos.

—No tienes que recoger tus cosas, ya lo he hecho yo por ti. Solo tienes que coger a tu chucho y largarte de aquí.

—Mi perro no tiene la culpa de que tú estés cabreada.

—Fuera.

Me tiembla todo el cuerpo cuando me dirijo hacia el sofá para coger a Gucci en brazos. Malena me persigue con la mirada y su expresión es asesina. No soy capaz de contenerme cuando llego hasta las maletas.

—¿Ves por qué no te lo dije? Sabía que esta sería tu reacción.

—Largo —dice, dando un paso hacia mí.

—¿Vas a pegarme? —pregunto alucinada.

Estoy a punto de caerme de culo cuando me da un empujón que me saca de su casa.

—¡No quiero volver a verte en la vida!

—¡Estás loca! —le grito, justo cuando me cierra la puerta.

Respiro de manera acelerada y sospecho que está a punto de darme un infarto. Me llevo la mano al pecho e intento tranquilizarme. Mierda, ¿y ahora dónde voy?

## Tenemos que hablar

Me niego a seguir dando tumbos de un lado para otro. No pienso invadir de nuevo la casa de Javi, y Tessa y Nati están descartadas. Como no sé donde descargar el equipaje y necesito un sitio con urgencia hasta que encuentre algo estable, me veo, muy a mi pesar, yendo a casa de mis padres. Al menos tienen la delicadeza de no hacer preguntas.

—Es algo temporal —les digo, porque tengo pensado irme de alquiler esta semana en cuanto encuentre un apartamento que me pueda permitir.

—Te puedes quedar el tiempo que quieras —me dice mi madre.

Mi padre se abstiene de hacer comentarios que estén relacionados con Max, cosa que agradezco. Por mi parte, estoy tan cansada por el viaje y lo sucedido que me tumbo bocarriba en la cama y me quedo dormida. Cuando me despierto, son las siete de la tarde y tengo algo claro. Voy a llamar a Max porque no quiero que él también piense que los he traicionado. Una parte de mí está furiosa con Malena por haberme tratado así. La otra la comprende y sabe que la culpa es mía por no haberle sido sincera desde el principio. Las mentiras nunca traen nada bueno. Nota mental para mí misma: decir la verdad de ahora en adelante.

Bueno, lo del chino es una excepción.

Salgo de casa de mis padres y voy hacia el jardín, el único lugar en el que no pueden espíarme mientras hablo con Max. Respiro profundamente antes de marcar su número. Me he hecho a la idea de que estará cabreadísimo. Seguro que piensa que trabajo en la competencia para cabrearlo o algo por el estilo. En fin, merezco que piense lo peor de mí por habérselo ocultado.

—Hola —titubeo, cuando para mi sorpresa me coge el teléfono.

—Hola, Aitana.

—Estaba pensando... tal vez podríamos... no sé... hablar. Seguro que Malena te lo ha contado.

—Sí, ya me lo ha dicho.

Su tono es frío. Me muerdo el labio y no sé ni por dónde empezar.

—A pesar de que ya no estemos juntos, siento que te debo una explicación.

—Podemos hablar en persona, estoy aquí.

Me doy la vuelta y no veo a nadie.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En la entrada.

—Vale —respondo nerviosa—. Voy.

¿Qué diantres hace aquí? ¿Está tan enfadado que ha venido a echarme la bronca? Lo veo a lo lejos y siento que el corazón se me va a salir del pecho. Jolines, es que es tan guapo que me parece injusto. Y tiene ese aire de protagonista atormentado de novela victoriana. La barba, las ojeras... sé que no está pasando un buen momento y me encantaría abrazarlo muy fuerte y prometerle que todo saldrá bien.

—Hola... —digo, y abro la puerta de entrada para salir a su encuentro.

—¿Te apetece dar un paseo?

Lo observo con una mezcla de curiosidad y recelo. No entiendo nada, pensé que vendría en plan belicoso.

—Claro —respondo, caminando a su lado.

Mantenemos la distancia y me resulta surrealista.

—Ya sé que la he fastidiado —comienzo a decir, y opto por ser sincera porque la verdad es lo único que tengo para ofrecerle—. No debería haber mentido sobre mi trabajo. Me asustaba vuestra reacción y no me atrevía a contaros la verdad.

Max, a mi lado, camina sin decir nada. Lo miro de reojo y me siento muy confundida.

—¿No estás enfadado? —pregunto sorprendida.

—No estoy enfadado por eso.

O sea, que sigue enfadado, pero no por haberse enterado de que trabajo para la competencia. Siento una punzada de alivio. No me lo esperaba.

—Pensé que te cabrearías.

Max se encoge de hombros.

—Me quedé descolocado cuando Malena me lo contó, pero después de la sorpresa inicial, entendí por qué lo hiciste. No estoy aquí para echarle leña al fuego, Aitana.

—Y entonces, ¿para qué has venido?

—Quería saber que tal estás —dice, mirándome a los ojos con cierta preocupación.

Dejo de caminar y le devuelvo la mirada. Se me escapa el aire y no sé ni lo que siento. Dios, ¿cómo he podido dejarlo escapar? Max está aquí, a pesar de todo, preocupándose por mí porque me quiere.

—Estoy mal —le soy sincera—. Muy arrepentida. Ya sé que no sirve de nada porque Malena no quiere ni verme. Pero necesitaba hablar contigo para decirte que no empecé a trabajar para Anthony & James porque quisiera vengarme de ti ni nada por el estilo. Me dieron una oportunidad y pensé que sería bueno para mí.

—Ya lo sé —responde muy tranquilo—. Ni por un segundo pensé que hubieras aceptado ese trabajo para molestarme.

—¿En serio?

—Tienes todo el derecho de trabajar donde quieras. A Malena se le pasará, dale tiempo.

Ni siquiera sé por qué me sorprende su reacción. Este es el Max del que me enamoré. El que jamás se enfadaría porque tuviese ambición profesional o quisiera cumplir mis sueños.

—Me alegro de que hayas conseguido ese trabajo.

—Gracias —digo, y añado con una tristeza que soy incapaz de camuflar—. Y yo... deseo que seas feliz con Cristina.

Max enarca una ceja y me observa ofuscado.

—¿Todavía sigues con eso?

—No hace falta que sigas fingiendo —le digo irritada—. Sé que estáis juntos. Tienes derecho a rehacer tu vida con quien tú quieras...

Max me observa muy furioso y yo no entiendo nada. La que debería estar furiosa soy yo, pero lo único que siento es tristeza.

—No entiendo esa fijación que tienes con Cristina.

—¡Deja de hacerte el tonto! —le pido desesperada—. Os vi cenando juntos aquel día.

—Porque se fue la luz en la oficina y estábamos hasta arriba de trabajo. Ella propuso ir a su casa, pero me pareció completamente fuera de lugar y decidí acabar el trabajo mientras cenaba. Insistió en acompañarme y, teniendo en cuenta que necesitaba ayuda, tampoco me pareció raro.

Lo miro a los ojos y no veo rastro alguno de que me esté mintiendo.

—¿Y qué hay de ese mensaje que te envió? ¿Te parece normal que una empleada te llame cielo y te proponga quedar?

—No —dice con total sinceridad—. Por eso le pedí que no volviera a hacerlo. Si quieres

puedo enseñarte la respuesta que le envié.

Saca el teléfono de su bolsillo, pero me da tanta vergüenza invadir su privacidad que sacudo la cabeza.

—No, no hace falta que...

—¡Insisto! —exclama cabreado, y me pone el teléfono delante de los ojos—. Total, ya me los has cotilleado un par de veces. Ahora te lo estoy enseñando yo.

—Max...

—Lee los mensajes.

Hago lo que me dice porque sé que no va a dejarlo estar.

*Cristina secretaria: hola, cielo.*

*Cristina secretaria: ¿nos vemos esta noche? 😊*

*Max: soy tu jefe y te agradecería que no me hablaras con tanta confianza. Como ya te dije el otro día, fuera del horario laboral no me parece apropiado que nos veamos.*

—Pensé que te estabas riendo de mí —le digo en un susurro.

Max me mira asombrado y dolido.

—¿Por quién me tomas? Ya sé que la cagué, pero no soy esa clase de hombre. Joder, Aitana...

—¡Te llamé para hacer las paces! —le explico agobiada—. Ella me cogió el teléfono. Me dijo que te dejara en paz, que estabais juntos...

Max está muy confundido.

—¿Qué? Joder... no me lo puedo creer. ¿Cuándo fue?

—Hará cuatro días.

—La despedí hace cuatro días —me explica, repentinamente furioso—. Supongo que cogió mi teléfono cuando la dejé a solas para que recogiese sus cosas. Mierda, no me lo puedo creer. Tenías razón, es...

—Una mala persona —digo, y estoy hecha un flan—. No me puedo creer que dejase que me engañara de esa forma. ¿Cómo he sido tan idiota?

—Si te soy sincero, a mí también me tuvo engañado hasta el último momento. Hasta que comprendí que quería algo más conmigo y me pareció poco profesional. Pero no la despedí por eso. No nos cuadraban las cuentas y teníamos que prescindir de alguien.

Y ella tuvo que cabrearse muchísimo al ver que sus planes no funcionaban y me mintió para hacerme daño. Me siento estúpida por haberla dejado ganar.

—Siento haber desconfiado de ti —me disculpo avergonzada.

Max aprieta la mandíbula y clava los ojos en el suelo.

—Estoy muy cabreado —me dice con resignación—. Pero no puedo negar que tenías motivos para desconfiar de mí.

Me abrazo a mí misma. Somos un par de idiotas que no paran de hacerse daño.

—Así que no tenemos remedio...

—No lo sé —admite de mala gana.

Mi corazón se resquebraja poco a poco y me aguanto las lágrimas como puedo.

—Ey... no llores... —me pide, acariciándome la mejilla para borrar el rastro de las lágrimas. Me estremezco por completo cuando me toca y comprendo que mi corazón siempre será suyo—. No he parado de pensar en ti ni un minuto... ni un solo segundo...

—¿Por qué tuviste que escribir ese maldito mensaje? —le recrimino con voz llorosa.

Max sostiene mi rostro con cariño y apoya su frente contra la mía.

—Joder... no lo sé. Porque tenía miedo. Me aterrorizaba la idea de perderte. Mierda, y te perdí justo por eso.

—Max... te echo de menos —le confieso.

Inclina su rostro para buscar mis labios y me besa con una ternura que me desarma. Si un beso pudiera hablar, con este me diría que me quiere, que me echa de menos, que me necesita... le devuelvo el beso con una pasión que me sorprende hasta a mí, y nos separamos jadeando cuando somos conscientes de que estamos en mitad de la calle.

—¿Quieres que lo intentemos? —me pregunta emocionado.

Asiento asustada y apoyo mis manos sobre su pecho.

—No va a ser fácil —me advierte.

—Ya...

—Los dos necesitamos tiempo y espacio para reflexionar.

—Me parece bien —digo, intentando sonreír.

Max me abraza con fuerza y siento, por primera vez en mucho tiempo, que mi vida empieza a enderezarse. Ahora solo necesito valor para dejar de mentir. Para contarle que, cuando creía que ya lo había perdido, me acosté con otra persona para intentar olvidarlo.

## Ha funcionado

Es como si a Luci lo hubieran absorbido los extraterrestres y hubieran devuelto una versión más amable. No me hace falta preguntar para saber que él y Valerie vuelven a estar juntos. Durante todo el día Lucifer deja de ser Lucifer. Todos en la empresa están alucinando con su cambio de actitud. Se muestra simpático y alegre e incluso tiene buenas palabras para mí.

—Hoy hace un día estupendo, ¿no crees, Tarta de Fresa?

Sonríó ante ese apelativo al que ya me he acostumbrado.

—Sí que hace un buen día. ¿Tiene planes?

—Sí —responde sin entrar en detalles, y sé que en esos planes se incluye Valerie—. Llevo un tiempo pensando que cuando se acabe tu periodo de prueba...

—¡No me despida, por favor! —le suplico desesperada.

Luci me observa desconcertado.

—Iba a decir que después de tu periodo de prueba, podrías incorporarte a la empresa como creativa.

—¿En serio? —pregunto sin dar crédito.

—Seguirías en periodo de prueba —me advierte, pero ya me he hecho ilusiones—. Dijiste que eres buena. Te dejo que lo demuestres.

—¡Oh, Dios mío! —doy saltitos de emoción—. ¡Muchas gracias! ¡No lo defraudaré!

Me agacho para darle un abrazo que lo deja estupefacto. Jamás me habría atrevido a hacer algo semejante, pero no lo reconozco y eso es buena señal. Contra todo pronóstico, Luci curva sus labios en algo parecido a una sonrisa y me da una palmadita en la espalda.

—Venga, ya está. O perderé toda mi reputación.

—Gracias, Luci. ¡Eres un sol!

—¿Cómo me has llamado?

Me quedo pálida como una estatua.

—Yo... eh... estoy tan nerviosa que no sé lo que digo, je, je...

Luci me observa extrañado, pero lo deja estar. Un par de horas después recibe un mensaje y por la cara que pone sé que es de Valerie. Es la primera vez que lo veo salir del trabajo antes de tiempo, lo cual es buena señal. Cuando me asomo para constatar que he hecho un buen trabajo, me encuentro con Jaime, que también lo observa asomado desde la puerta de su despacho. Lo saludo con la mano y él me devuelve el gesto. A pesar de que su expresión no tiene la misma amabilidad de siempre, me animo a acercarme para intentar arreglar las cosas.

—Parece que ha funcionado.

—Todos están alucinando. Has hecho un buen trabajo.

—Hemos hecho un buen trabajo —lo corrijo.

Nos quedamos en silencio y él hace ademán de meterse en su despacho, pero lo cojo del brazo. Nos miramos con incomodidad y él suspira.

—No hace falta que digas nada. Fue cosa de dos. Ya sabía a lo que me exponía.

—No me justifiques —le pido muy seria—. Sabía que sentías algo por mí. Lo siento mucho.

—Da igual —responde, a pesar de que en el fondo sé que no es así.

—Si algún día podemos volver a ser amigos... —me lo pienso mejor e intento enmendarlo—.

No sé si algún día podremos volver a ser amigos, pero tengo que darte las gracias por haber sido tan bueno conmigo. Ojalá pudiera quererte como tú te mereces.

—Vale.

Va a entrar en su despacho, pero entonces se detiene y me mira a los ojos. Sé que lo de ser amigos está descartado, al menos de momento, pero supongo que podemos tener una relación cordial.

—Espero que te vaya bien, Tana.

—Lo mismo te digo. Te lo mereces.

No sé ni cómo sentirme cuando cierra la puerta. Una parte de mí se siente en paz conmigo misma, pero la otra sabe que necesita ser del todo sincera con otra persona si quiere que las cosas funcionen.

## Malena

Tengo que insistir durante más de cinco minutos hasta que Malena abre la puerta. Me dedica una expresión asesina y se cruza de brazos en plan beligerante. Jolines, pensé que después de unos días estaría mejor, pero sigue igual de cabreada.

—Hola.

—¿Qué quieres? —me espeta.

—Hablar.

—Ya nos lo hemos dicho todo.

—¡Un momento!

Hace ademán de cerrar la puerta y meto el brazo dentro.

—¡Ay! —chillo de dolor cuando me pilla la mano con la puerta.

Malena la abre de golpe y me golpeo la cabeza con la puerta.

—¡Auch! —grito otra vez—. ¿Lo has hecho a propósito?

—Mierda —masculla horrorizada—. ¿Estás bien?

—Me has hecho daño —le digo con resentimiento, y me toco el bulto que se está formando en mi frente.

—¡Porque te has puesto en mitad de la puerta cuando la estaba cerrando!

—¡Quería que me escucharas!

—¡Uf! —gruñe, y ahora me mira con preocupación—. ¿Te duele? Voy a buscar hielo. Pasa.

—¿Me vas a pegar con la espumadera?

Malena pone los ojos en blanco y la sigo hasta la cocina. Envuelve un par de cubitos de hielo en un paño y los coloca contra mi frente.

—¡Ay! ¡No seas bruta!

—¡No seas quejica!

—Estás disfrutando, eh —me hago la víctima.

—Solo a ti se te ocurre meter la mano en la puerta. Enséñame la mano.

Hago lo que me dice sin rechistar. Tengo la mano hinchada, pero no parece nada grave. Malena la suelta de golpe y me observa con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho. He venido a arreglar las cosas.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero arreglarlo?

—Nadie —musito apenada—. Pero soy tu mejor amiga.

—Eres una traidora.

—Mi único error fue no contarte la verdad —me envalentono, y no me dejo intimidar por su expresión colérica—. Sé que debería habértelo contado, pero me daba miedo tu reacción. Y por cómo te lo tomaste, no puedes culparme...

—¡Justo tenías que trabajar para ellos! ¿No había otra empresa? —se queja, con lágrimas en los ojos.

Resisto el impulso de abrazarla porque sé que me daría un empujón.

—Fueron los únicos que me contestaron... —le digo, y añado con sinceridad—. Me gusta trabajar allí. Siento haberte mentado, pero creo que tengo derecho a trabajar donde me apetezca.

Malena no dice nada, y no sé si es buena o mala señal. Decido seguir mi instinto y me acerco a ella.

—No quiero perderte, eres mi mejor amiga. ¿Cuántas veces tengo que disculparme para que sepas que lo siento de verdad? ¡Lo siento muchísimo! Lamento no haber sido sincera, y si volviera atrás, te habría contado la verdad aunque te hubieras molestado. No sé qué más puedo decir.

—Nada.

Agacho la cabeza y dejo el hielo sobre la encimera.

—Vale, será mejor que me vaya.

—Espera, idiota. ¿A dónde vas? Sé que te mueres de ganas de darme un abrazo.

La miro sorprendida y se me escapa la risa floja cuando ella sonrío.

—¿Me perdonas?

—Sí —dice, cuando la abrazo con fuerza—. Siento haberte llamado niñata. Dije cosas que no sentía.

—Ya lo sé —digo, con los ojos vidriosos—. En el fondo no eres tan dura como aparentas, Maléfica.

Malena da un respingo.

—¿Cómo me has llamado?

¡Ups!

## El pinganillo...

No me sorprendió que Malena me contase que fue Cristina quien le reveló que yo trabajaba para la competencia. Por lo visto, después de que nos encontráramos en el bar, me siguió un par de veces hasta que averiguó dónde trabajaba. En fin, me alegro de que nos la hayamos quitado de encima.

Desgraciadamente, las buenas noticias nunca vienen solas, y hoy me han dado una muy mala. Mañana viene el inversor chino y todos esperan que haga de traductora. Estoy tan agobiada que no doy pie con bola en mi clase con Ming.

—¿Qué te pasa?

—No voy a ser capaz de decir ni una palabra.

—¡Tontelias! No daba un dulo pol ti, pelo me has demostlado que eles una alumna muy tozuda. Mañana lo halás bien.

—No es verdad. Todos se darán cuenta de que soy una impostora.

Escucho un ruido en la puerta de entrada y me vuelvo para constatar que no hay nadie. Habrá sido un golpe de viento.

—Ming... necesito que me hagas de traductor.

—No te entiendo.

Saco de mi bolsillo un pinganillo y le explico que estaremos conectados en todo momento y que él me dictará las respuestas. Ming me observa horrorizado y se niega en rotundo.

—¡Por favor! Pensé que éramos amigos.

—No lo necesitas, ¡tlamposa!

—¡Me van a despedir! —le digo desesperada.

Vuelvo a escuchar otro ruido detrás de la estantería de las horquillas y me levanto para echar un vistazo. No veo a nadie, así que regreso para encontrarme con la mirada censuradora de Ming. Sé que lo estoy decepcionando, pero estoy convencida de que no puedo hacerlo.

—Te ayudé si es lo que quieles —responde con desaprobación.

—¡Gracias!

Ming pone mala cara y estudia el pinganillo que le ofrezco. Ya sé que dije que lo de las mentiras se había acabado, pero...

## Hay algo que tengo que decirte...

—¡Max! —exclamo sorprendida cuando salgo de la tienda de Ming.

Lleva a Gucci atado con la correa y me sonrío en cuanto me ve.

—¿Qué tal tu clase de chino?

—Eh... bien —respondo sin entrar en detalles.

Le conté lo de la clase de chino porque estamos dándonos una oportunidad y nos prometimos sinceridad. Sí, ya lo sé.

—Al pequeñín le apetecía dar un paseo, y he pensado que podíamos pasar a recogerte. ¿Tienes hambre?

—Muchísima.

Sigo viviendo en casa de mis padres porque hemos decidido ir despacio. Me emociono un poquito cuando llegamos a su casa, pero al cabo de un rato comienzo a pensar que tal vez no es una buena idea.

—He preparado risotto.

Mi plato favorito. ¿Cómo no voy a quererlo?

Cenamos charlando sobre temas triviales hasta que Max recoge los platos y yo me ofrezco a lavarlos.

—Déjalo —me pide, y se pone más serio.

—Pero...

—Aitana —me dice, sosteniéndome por los hombros y mirándome a la cara—. Creo que deberíamos hablar sobre lo que leíste en mi teléfono.

—Max, no sé si me apetece...

—Fui un estúpido —me dice avergonzado—. Cuando me dijeron que te querían a ti para encargarte del proyecto me entró el pánico. Estuvimos separados durante el año que pasaste en Rusia, y si te lo contaba y aceptabas, te mudarías a Londres durante un tiempo indefinido. Joder, ya sé que fui un capullo egoísta.

—No te correspondía tomar esa decisión por mí.

—Lo sé —me da la razón—. No sé cómo fui capaz de hacer algo así. Te notaba distante y pensé que si te lo contaba te largarías y acabaríamos dejándolo.

—No estaba distante, es solo que... —si él ha sido sincero, también debo serlo yo—. No me sentía del todo valorada en la empresa.

—¿Qué?

—Tú y Malena nunca aprobabais mis decisiones. Me sentía como una intrusa que constantemente tiene que demostrar su valía.

—Cielo, eso no es...

—Y cuando surgió lo del proyecto de Londres, puse todo mi empeño porque quería demostraros que valía lo mismo que vosotros.

—Cariño, no hacía falta que demostraras nada. Tenemos una forma diferente de enfocar el trabajo, eso es todo.

Se me escapa un suspiro.

—Ahora ya lo sé —admito, porque la culpa de sentirme inferior es solo mía—. ¿De verdad tenías miedo de que te abandonara?

—Sí.

Le cojo la mano y la aferro con fuerza. Deberíamos haberlo hablado antes, pero me dejé llevar por mi orgullo.

—No sé si me hubiera ido a Londres, pero lo que sí sé es que independientemente de la decisión que tomara, jamás me habría alejado de ti.

—Joder, lo sé. Te prometo que me arrepiento con toda mi alma. No pretendía infravalorarte cuando les dije que no te irías a Londres. Debería habértelo contado. Si pudiera dar marcha atrás...

—No puedes —le digo muy tranquila—. Y ya no me importa, porque te perdono.

Max me mira sorprendido y con un hálito de esperanza.

—Necesito saber que lo dices en serio. Escribir ese mensaje fue el peor error de mi vida, pero no soportaría que lo intentásemos mientras tú sigues dolida por lo que hice.

—Te perdono —le digo sin rastro de duda.

Y lo hago no solo porque lo eche de menos, sino porque he descubierto que Max me valora como siempre quise que lo hiciera. Me da igual si cometió un error, porque no puedo negar que yo también he cometido muchos errores. Juzgarlo mal, por ejemplo. Y es hora de que sea completamente sincera con él.

—Max, hay algo que tengo que decirte...

—Ahora no —decide, antes de empujarme contra la encimera y subirme la falda—. Aitana, te necesito. No te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos.

—Pero tengo que contarte una cosa...

Me pone un dedo sobre los labios y me mira con determinación.

—No voy a permitir que lo que sea que vayas a decir se interponga entre nosotros.

—Pero...

—Por una vez en tu vida, no me llesves la contraria. Dios, me vuelves loco. ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo separado de ti?

Antes de que pueda hablar, Max captura mi boca y me besa de una manera que me desarma. Me derrito como el caramelo cuando me agarra de la cintura y me lleva a rastras hacia el dormitorio. Se me escapa la risa floja cuando me besa el cuello y me deshace la coleta para enterrar una mano en mi pelo.

—Aitana... —gruñe mi nombre mientras me besa la piel—, vida mía...

Estoy tan mareada por el deseo que intento quitarle la ropa, me tropiezo y me caigo sobre la cama. Sus ojos me devoran por completo antes de arrancarme la ropa sin delicadeza. Me acaricia los hombros y me besa por todas partes hasta que los dos nos quedamos sin aliento.

—Esta vez no vayas a salir corriendo.

—Vale —musito con un hilo de voz.

Le quito la camisa y le acaricio el pecho con manos trémulas. Mi mente recuerda cada porción de su cuerpo, pero aún así me sobrecojo cuando lo toco. Él cierra los ojos y me besa en la frente. Se mantiene quieto durante unos segundos en los que permanecemos abrazos.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca —responde, antes de recuperar el control.

Me baja la falda y me acaricia por encima de la ropa interior hasta que me arranca un puñado de jadeos. Entonces sonrío satisfecho y se abre la bragueta. Soy más rápida cuando lo empujo para tumbarlo bocarriba y me siento a horcajadas encima de él. Max me mira impresionado y satisfecho. Le gusta cuando me pongo encima y llevo la iniciativa. Me desabrocha el sujetador y me agarra los pechos con una fiereza que me encanta.

Me muerdo el labio y gimo cuando se mete un pezón en la boca. Juguetea con él, lo succiona... hasta que una mezcla de dolor y placer me recorre todo el cuerpo. Le clavo las uñas en los hombros y me restriego contra su erección. Lo escucho jadear y eso me pone a cien.

—Hazme lo que quieras —me pide con un susurro ronco.

Me lo tomo al pie de la letra y meto la mano dentro de su bragueta para acariciar su polla con los dedos. Está completamente duro y eso me vuelve loca. Comienzo a masturbarlo hasta que emite un gruñido. Va a ser rápido e intenso, pero supongo que ya tendremos tiempo de explayarnos.

Me siento sobre su miembro y los dos gemimos a la vez cuando me penetra. Nos quedamos quietos durante unos segundos, hasta que comienzo a cabalgarlo y él me agarra las caderas.

—Aitana... joder...

Me muevo de esa forma que sé que lo vuelve loco y Max me da una cachetada. Busca mi boca y me besa como un verdadero salvaje hasta que los dos nos corremos a la vez y me dejo caer sobre su pecho, completamente exhausta.

## ¡Es una impostora!

Estoy hecha un manojo de nervios cuando entro en la oficina. Tengo que hacer acopio de valor para cruzar la puerta y llegar hasta el ascensor. Estoy a punto de vomitar cuando las puertas se abren y ni siquiera sé cómo consigo llegar hasta el despacho de Luci.

—Buenos días —me saluda de buen humor—. Los inversores están a punto de llegar.

—Genial —sonrío con debilidad.

Me llevo la mano a la oreja de manera instintiva y me tapo el pinganillo con el pelo. Dios mío, no me puedo creer que esté a punto de caer tan bajo. Me estrujo las manos con nerviosismo e intento serenarme.

Lo vas a hacer bien, me digo. Al fin y al cabo, es Ming quien está al otro lado del pinganillo.

Pero está mal. Y he pasado más de un mes dando clases de chino para hacer trampas en el último momento. Estoy a punto de quitarme el pinganillo y explicarle la verdad a Luci cuando llaman a la puerta. Me levanto como un resorte y abro con la mejor de mis sonrisas.

— Zǎo ān huānyíng lái dào Anthony & James —les doy la bienvenida a la empresa.

— Zǎo ān —me devuelven el saludo.

—Puedes hacelo —me anima por el pinganillo Ming—. Confía en ti.

— Wǒ xīwàng nǐ xǐhuān zhè cì lǚxíng —acabo de decirles que espero que hayan disfrutado el viaje.

— Mǎncháng de lǚchéng.

Creo que acaba de decir que el viaje ha sido muy largo. Me quedo en silencio durante unos segundos y todos me observan con impaciencia.

—Tlanquila, lecuelda lo que te enseñé. Tú eres mi mejor alumna —me dice Ming.

Y, justo en ese momento, no sé lo que se apodera de mí. Les ofrezco algo de beber y les presento a Luci. ¡Dios mío! No me lo puedo creer. ¡Estoy hablando en chino! Traduzco la conversación entre Luci y los inversores sin ayuda de Ming. Al principio me cuesta hablar con fluidez, pero a medida que voy centrándome en la conversación le pierdo el miedo. Una hora y media después, los inversores se marchan y Luci me observa impresionado.

—Reconozco que no me esperaba tal dominio de idioma. ¿Dónde lo aprendiste?

Estoy a punto de responderle cuando la puerta del despacho se abre de golpe.

—¡Es una impostora!

Me vuelvo con cara de asombro hacia Cristina. Luci la observa confundido.

—¿Quién demonios eres?

—Eso no importa —responde ella, y puedo notar la rabia que la carcome—. Es una farsante. No sabe hablar chino.

—Voy a llamar a seguridad si no se marcha ahora mismo —le advierte Luci.

Justo cuando descuelga el teléfono, pongo una mano sobre la de él y respiro profundamente. No puedo seguir mintiendo. Ya no. Cristina me observa de manera triunfal y resoplo.

—Señor Losantos, ella tiene razón —digo, y me quito el pinganillo ante su cara de estupefacción—. Mentí en el currículum porque temí no estar cualificada para el puesto.

—Señorita Guzmán...

A mi espalda, Cristina suelta una risilla maligna. Seguro que el ruido que escuché el otro día en la tienda de Ming fue ella. Es una mala persona, pero no puedo seguir ocultando la verdad.

—Durante este último mes he estado aprendiendo chino con Ming, mi otro jefe. Creí que no sería capaz de hacer de traductora, así que le pedí que me chivara la traducción por este

pinganillo. Pero le juro que no he necesitado su ayuda. Supongo que no va a creerme, pero Ming solo me ha dado ánimos a través del pinganillo.

Luci me observa contrariado y se rasca la barbilla.

—Fuera.

—De acuerdo —musito avergonzada—. Siento haberlo defraudado.

—Tú no, la de las horribles mechas. ¡Largo!

Cristina da un respingo.

—¿No creerá nada de lo que le ha dicho? ¡Es una farsante! —se queja ella.

Lucifer la observa con expresión desaprobadora.

—No sé quién diantres es, pero como no se largue en este momento, llamaré a seguridad para que la echen tal y como se merece. ¡Fuera!

Cristina balbucea algo incoherente antes de echar a correr. Me quedo tan impresionada que no sé qué decir. Luci me mira y pone los ojos en blanco.

—Tarta de fresa, ¿se puede saber en qué estabas pensando?

—Yo... no lo sé... tenía miedo de no dar la talla. No lo entiendo, ¿no estoy despedida?

Luci parece pensárselo durante unos segundos que se me hacen eternos, hasta que afloja una sonrisa y sacude la cabeza.

—Tendrás que echar horas extras durante una semana.

—Quiere decir que...

—Sigues trabajando para mí. ¿Cómo iba a poder prescindir de una metomentodo que además ha aprendido chino en menos de un mes?

—¡Oh, señor Losantos! ¡Deje que le dé un abrazo!

—Ni se te ocurra —me advierte, volviendo a ser el mismo gruñón de siempre—. Perderé toda mi reputación.

Aflojo una sonrisa y contengo las ganas de darle un achuchón. Ay, si en el fondo es un amor. Entonces, reparo en lo que acaba de decir y me quedo completamente pálida.

—¿A qué se refiere con lo de metomentodo?

Luci me lanza una mirada asesina y me hace un gesto para que me acerque.

—No será una bronca muy grande porque Valerie me ha pedido que no sea muy duro contigo...



## Toda la verdad

Max me recibe sorprendido cuando llamo a su puerta. Se alegra tanto de verme que me odio todavía más por lo que estoy a punto de contarle. Pero no puedo seguir mintiéndole. Si quiero que lo nuestro funcione, debemos comenzar una relación que no esté cimentada sobre mentiras.

—¡Hola! ¿Qué tal ha ido la traducción?

—Mejor de lo que me esperaba.

—Eso es genial, ¿no? ¿Por qué traes esa cara?

—Yo... tenemos que hablar...

A él se le cambia la expresión y se echa a un lado para que entre.

—Aitana, esas palabras me asustan —se teme lo peor.

—Es que... —mis ojos se vuelven vidriosos y le doy la espalda para limpiarme las lágrimas

—. No sé ni por dónde empezar. El otro día intenté decírtelo, pero no fui capaz. Y no quiero que me odies por ello, pero no puedo estar contigo sin ser del todo sincera.

Max se acerca a mí y me abraza por la espalda. Me da un beso en la nuca y me estrecha con fuerza hasta que logra tranquilizarme.

—Eh... ya está. No pasa nada, puedes contármelo.

—Te vas a cabrear.

—Eso no lo sabes.

Me vuelvo hacia él y contengo un hipido. Ya está, voy a perderlo. Justo cuando por fin hacemos las paces. Pero no puedo seguir viviendo con este secreto. Hago acopio de valor y lo miro a los ojos sin vacilar.

—Me acosté con otro cuando creí que tú y Cristina teníais algo. Ni siquiera sé por qué lo hice. Bueno, supongo que fue porque pensaba que nunca volveríamos a estar juntos, estaba dolida e intentaba olvidarte.

Max se queda callado y solo me mira. Trago con dificultad cuando no sé discernir lo que hay en sus ojos. ¿Decepción? ¿Rabia? ¿Tristeza?

—Por favor, di algo, lo que sea —le pido asustada.

—¿Eso es todo?

Lo miro con incredulidad.

—Max, acabo de decirte que...

Me pone un dedo sobre los labios para que no diga nada. Creo que intenta que no lo estropee más. Pero entonces me mira con esa ternura que lo caracteriza y sé, por increíble que parezca, que esto no va a separarnos. Me siento tan culpable que rompo a llorar y me tapo la cara con las manos.

—No pasa nada.

Sus palabras solo consiguen hacerme llorar más.

—Lo siento muchísimo. No quería hacerte daño.

—¿Lo quieres?

Su pregunta me deja tan sorprendida que dejo de llorar y lo miro aterrorizada.

—¿Qué? ¡No!

—Vale —dice muy tranquilo, a pesar de que sé que en el fondo está dolido.

—Solo te quiero a ti. Eres el único hombre del que me he enamorado, y nunca podría querer a nadie más.

—Lo sé —dice confiado, antes de agarrarme por la cintura—. Y por eso te perdono.

—Max... ¿cómo eres tan bueno conmigo?

—Porque te quiero. Con toda mi alma, sin remedio y para siempre. Y sé que si no hubiera enviado ese mensaje, nada de esto habría pasado. No imagino mi vida sin ti. Cuando no estás los días son grises y siempre estoy de malhumor. Te quiero, Aitana. Se acabaron las mentiras y las dudas, ¿entendido?

Asiento ilusionada y me aferro a él con todas mis fuerzas. No voy a volver a soltarlo. Max es el amor de mi vida. Mi ancla. Puede que nuestra relación no sea perfecta y que tengamos que trabajar mucho para que todo vuelva a la normalidad, pero él es mi final de este cuento imperfecto y seremos felices para siempre.

## Epílogo

### Tres meses después...

A pesar de las dudas y el dolor, Max y yo estamos mejor que nunca. No voy a decir que fuera fácil, pero los dos nos perdonamos mutuamente y empezamos desde cero. Volví a mudarme con él porque estar separados me resultaba una estupidez cuando siempre nos echábamos de menos.

Lo quiero. Me quiere. Se acabaron las mentiras. Y, lo más importante, siento que me respeta y me valora.

Estamos en las Islas Griegas, ese viaje que en su día no llegamos a hacer, porque los dos necesitábamos unas vacaciones. Él está algo estresado con su trabajo, y yo intento sobrevivir en Anthony & James ahora que trabajo como creativa. Nadie dijo que fuera fácil, pero merece la pena.

—¡Gucci! —lo llamo desesperada—. No me lo puedo creer, se ha vuelto a escapar.

—Creo haberlo visto olisqueando detrás de esa roca —me dice Max.

Voy a buscarlo y me pongo nerviosa cuando no lo encuentro. Jolines, qué travieso es. La culpa es mía por haberlo malcriado.

—¡No lo encuentro! ¿Y si se ha perdido? No pienso irme de aquí hasta que lo encuentre. Max, ¿por qué sonríes?

Max da un silbido y Gucci, que estaba detrás de la nevera de playa, echa a correr y se planta delante de él. Frunzo el ceño.

—No tiene gracia —les digo aliviada.

—Llámalo.

Estoy a punto de decirle que esta broma no me parece divertida cuando me doy cuenta de que Gucci lleva algo colgado del collar.

—Ven aquí, pequeñín.

Gucci viene trotando hacia mí y desato el paquetito. Respiro de manera acelerada y miro a Max, que acaba de arrodillarse a mis pies.

—Ay... Dios... —me emociono.

—Ábrelo —me pide con una sonrisa.

Cuando lo abro, descubro una alianza de oro blanco y diamantes que me deja sin palabras. Me tapo la boca y ahogo un chillido de emoción. Max se ríe y Gucci comienza a ladrar.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿No será una broma? —me temo lo peor.

—Se supone que tienes que decir sí.

—¿Qué? —siento que mi ropa interior se cae al suelo—. Oh... Max, ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Él me pone el anillo y salto a sus brazos. Max me abraza con fuerza, de esa forma tan posesiva y suya en la que me hace sentir segura y la mujer más afortunada y amada del mundo.

Gucci comienza a ladrar y a dar saltitos a nuestro alrededor. Los dos nos reímos y él lo coge en brazos porque sigue siendo el mismo bribonzuelo celoso de siempre.

—Puede llevar los anillos —sugiere Max.

—Me parece bien, le encanta ser el centro de atención.

—Tú eres el centro de mi mundo.

—Ay... Maximiliano... ¿por qué has tardado tanto en pedírmelo?

Max pone los ojos en blanco.

—No me llames así, sabes que lo detesto.

—De acuerdo, mi amor. ¿Mejor así?

Se le enciende la mirada cuando la posa sobre mis labios.

—Ven aquí —me ordena.

Este es mi final feliz. Con anillo, chihuahua y el hombre perfecto. Y cuando me besa, estoy convencida de que estamos hechos el uno para el otro.

## Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo Twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: [beccadevereuxautora@gmail.com](mailto:beccadevereuxautora@gmail.com) ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

Y si te ha gustado este libro...

Tienes en Amazon la historia de Tessa: [Querido plan b](#)

La historia de Nati: [¿por qué no?](#)

Y la historia de Javi: [La pareja imperfecta](#)

¡Qué las disfrutes!